

DIVERSIDAD FEMINISTA

Metodología de la investigación feminista

**Martha Patricia
Castañeda
Salgado**

Fortalecimiento de la Cooperación entre
Organizaciones de Mujeres de C.A.
Guatemala, 2007-2008



MARTHA PATRICIA CASTAÑEDA SALGADO



Tiene una Maestría en Antropología Social con especialidad en el área de Antropología feminista, de la Universidad Iberoamericana. Licenciada en Antropología Social en el Colegio de Antropología Social de la Universidad Autónoma de Puebla.

Actualmente es la **Coordinadora del Programa “Investigación Feminista”** del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Coordinadora del Diplomado Internacional de Actualización Profesional “Feminismo, Desarrollo y Democracia” 4ta. Promoción.

Ha publicado **“Identidad femenina y herencia. Algunos cambios generacionales”**, Ma. Eugenia D’Aubrterre y Gloria Marrioni (coords.), Cuesta arriba, mujeres rurales de los 90, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. **“Las Mujeres Católicas en las Organizaciones Religiosas: Fiestas, Poderes e Identidades”**, la cual fue su tesis de doctorado en antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México.



METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN FEMINISTA

MARTHA PATRICIA CASTAÑEDA SALGADO

Fundación Guatemala

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México

Antigua Guatemala, abril de 2008

COLECCIÓN DIVERSIDAD FEMINISTA

TÍTULO: METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN FEMINISTA

Editado por:

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades –
CEIHC- de la Universidad Nacional Autónoma de México – UNAM-
México, DF, México

Fundación Guatemala
Guatemala, Guatemala

Autora

MARTHA PATRICIA CASTAÑEDA SALGADO

Coordinación

María Teresa Rodríguez Blandón
Irma Chacon

Diagramación e Impresión
Imprenta evolution

**Esta publicación ha sido financiada por la Cooperación Austriaca para el
Desarrollo y el Apoyo de HORIZONT 3000, en el marco del Proyecto
“Fortalecimiento de la Cooperación entre Organizaciones de Mujeres de
C.A.”**

Primera Edición
2008

ISBN: 970-32-4018-6

Impresión: Guatemala, Guatemala, marzo de 2008

**Se autoriza citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y
cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la Fundación
Guatemala y al CEIHC/UNAM.**

ÍNDICE

Agradecimientos

Introducción

1. La investigación feminista

Investigación feminista y teoría feminista

Características de la investigación feminista

Críticas a la investigación convencional

El retorno de las brujas, de Norma Blazquez Graf. Un ejemplo de investigación feminista.

2. La epistemología feminista

La influencia del género en el conocimiento

La influencia del género en el sujeto cognoscente

La influencia del género en las prácticas de investigación, indagación y justificación

La crítica a la objetividad

Tendencias teóricas en la epistemología feminista

Feminismo y conocimiento, de Carmé Adán. Un ejemplo de revisión crítica de la epistemología feminista.

3. Las mujeres como sujetas de la investigación feminista

El sujeto del feminismo

Las mujeres como sujetas cognoscentes

Las mujeres como sujetas cognoscibles

Pluralidad y diversidad de las mujeres

Cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, presas, putas y locas, de Marcela Lagarde. Un ejemplo de construcción teórica de las mujeres como sujetas de género.

4. La metodología feminista

Las mujeres en el centro de la metodología feminista

Claves epistemológicas de la metodología feminista

Reflexiones en torno a los métodos de investigación

Los posicionamientos en torno a las técnicas de investigación

Las mujeres católicas en las asociaciones religiosas. Fiestas, poderes e identidades, de Martha Patricia Castañeda Salgado. Un ejemplo de metodología feminista centrada en las mujeres.

5. Conocimientos feministas

Los conocimientos situados

Los conocimientos implicados

Conocimiento, valores y ética

El diagnóstico “Mujeres organizadas en organizaciones de mujeres: avances, logros y limitaciones en su trabajo por la formación en género, salud, alternativas económicas y ciudadanía de las mujeres”. Un ejemplo de contribución guatemalteca al conocimiento feminista.

Comentarios finales

Bibliografía

Agradecimientos

La elaboración del presente texto responde a la amorosa invitación que me formuló la licenciada María Teresa Rodríguez Blandón para compartir, por escrito, los contenidos de los cursos sobre Metodología Feminista que he impartido en varias de las modalidades académicas que impulsa Fundación Guatemala, en esta ocasión en particular en el marco del proyecto “Fortalecimiento de la Cooperación entre Organizaciones de Mujeres en Centroamérica”, financiado por Horizont3000.

Agradezco con toda sororidad a Maité, así como a Raquel Blandón, Yolanda Núñez e Irma Chacón, colegas y amigas de Fundación Guatemala, haberme confiado la escritura de esta síntesis, la cual se apoya en su respaldo constante, así como en las sabias enseñanzas de mis maestras, cercanas y vitales, que me permiten reconocermé dentro de una genealogía epistémica con incuestionable autoridad académica. Es en sintonía con sus aportaciones invaluable que me he atrevido a presentar esta síntesis.

Antigua, Guatemala y Ciudad de México, México
Invierno-primavera 2008

Introducción

Todo libro encierra una historia. En este caso, se trata de una historia de aprendizajes, complicidades, paciencia y vívidas imágenes de las mujeres que lo atraviesan. Puedo remontarme a los años iniciales de mi formación como antropóloga social, cuando con la guía de la doctora Marcela Lagarde, mi maestra de tantos años, incursioné en el estudio de la metodología feminista. Combinar ese estudio con su puesta en práctica en las investigaciones que he realizado y con mi desempeño como docente, me ha llevado a leer con pasión libros y artículos especializados en el tema, junto con publicaciones de investigación cuyas autoras trazan las rutas que siguieron para crear los conocimientos que nos ofrecen sobre la situación de mujeres ubicadas en distintos contextos culturales.

Sin embargo, transitar de ser lectora a escribir sobre el tema ha sido una experiencia ardua y reveladora de mis propias orientaciones teóricas, posicionamientos académicos y valoraciones respecto a las aportaciones de autoras de distintas latitudes que han venido conformando el campo de la investigación feminista. Ahora más que antes, soy consciente de la vastedad de éste, así como de su complejidad y sus contradicciones internas, las cuales han sido y seguirán siendo el principal impulso para profundizar en las líneas de trabajo que ya están trazadas y enriquecerlo con las que día a día se abren a las especialistas, ofreciéndoles nuevas opciones de desarrollo, tanto personal como dentro de la conformación de esta comunidad epistémica.

El documento que ahora tiene en las manos no aspira a ser más que una síntesis que sirva de punto de partida para las reflexiones, las búsquedas, las exploraciones de quienes cursan procesos de formación académica feminista. En cada uno de sus cinco capítulos bosquejo algunas líneas generales que han apuntalado mis propias incursiones en la investigación feminista, por lo que están asentadas en mi experiencia personal: si ellas contribuyen a alentar el interés por

conocer más y mejor este campo conceptual habrán cumplido su propósito con creces.

Debo aclarar que el orden de los capítulos es, como suele suceder, un tanto arbitrario, puesto que sus contenidos se traslapan y se suponen mutuamente. Inicio por una delimitación de la investigación feminista que es efímera, pues incluye cada uno de los aspectos que presento en el resto del libro. Así, la intención de los capítulos 2 al 5 es profundizar en ellos. En el correspondiente a la Epistemología Feminista abordo con mayor detenimiento las consecuencias que trajo consigo el sesgo androcéntrico a la ciencia para mostrar la transformación de puntos de vista que ha aportado la crítica feminista a esa expresión cultural, así como las propuestas novedosas que impulsan las especialistas en torno a la producción de conocimientos no sexistas.

El capítulo 3 está dedicado a explorar la característica distintiva de la investigación feminista: su interés por conocer a partir de las mujeres, conceptualizadas como sujetas cognoscentes y cognoscibles. Está íntimamente vinculado con el capítulo 4, en el que exploro más la metodología pero, como se verá, tanto los temas como su desarrollo se superponen en ambos capítulos.

En el último capítulo pongo mayor atención a las cualidades del conocimiento que se produce desde la perspectiva feminista, enmarcando en él los resultados de la investigación de la cual forma parte este libro.

En las Consideraciones Finales retomo algunas de las líneas de discusión señaladas a lo largo de las páginas que las anteceden, así como la reflexión acerca de la incorporación desigual de la teoría feminista y la perspectiva de género en la academia latinoamericana, enfatizando sus particularidades en relación con los aportes de las epistemólogas, metodólogas y filósofas de la ciencia europeas, estadounidenses, canadienses y australianas, pioneras en la delimitación de la investigación feminista.

A manera de método, recorro a la inclusión de referencias más o menos extensas a algunos textos que considero ejemplifican el contenido de cada capítulo, pensando que pueden ser un recurso pedagógico de apoyo a estudiantes

que se pregunten cómo se concretan las consideraciones teóricas en investigaciones feministas específicas.

Baso mi exposición en una selección de textos que para mí han sido esclarecedores, por lo que no tengo ninguna pretensión de exhaustividad y mucho menos de exclusión de autoras y obras que las especialistas consideran fundamentales para la constitución de este nuevo campo epistemológico, cuya bibliografía es cada vez más vasta y difícil de abarcar. Para las personas interesadas en el tema, es recomendación vital establecer cadenas bibliográficas amplias.

Reconozco que este libro está centrado en los argumentos que se han elaborado desde las ciencias sociales. En ello influyen mi formación como antropóloga feminista y la experiencia de contribuir a la especialización de investigadoras que provienen casi siempre de alguna de las disciplinas comprendidas en esa delimitación del conocimiento.

Como señalé en los Agradecimientos, el origen de este libro está en los cursos de metodología de la investigación feminista que he impartido para Fundación Guatemala en tres modalidades: como parte del Diplomado de Especialización en Estudios de Género, en los cuales apoyo la formulación de protocolos de investigación y tesinas de las egresadas; en los cursos de actualización para Asesoras de las estudiantes de dicho diplomado y, en esta ocasión en particular como asesora, junto con la Dra. Norma Blazquez Graf, en el diseño y desarrollo del proyecto “Fortalecimiento de la Cooperación entre Organizaciones de Mujeres en Centroamérica”, financiado por Horizont3000. Por esa razón, orienté la ilación de los temas y su presentación con base en los requerimientos de dicha investigación, para la cual el equipo que la llevó a cabo asumió la propuesta de colocarla en el marco de los derechos humanos de las mujeres, convertido en un punto de referencia para dar sentido a uno de los intereses básicos de la investigación feminista contemporánea: “abordar los problemas sociales que las mujeres quieren y necesitan” (Sandra Harding, 1998b: 24).

1. La investigación feminista

El feminismo académico constituye la revolución epistemológica del siglo veinte, hecho que podemos constatar en los pocos años que han transcurrido del siglo veintiuno. Su campo conceptual es abarcativo, complejo e interdisciplinario debido a que centra su atención en comprender, explicar, interpretar y desmontar los conocimientos que han sustentado el androcentrismo en la ciencia. Para ello, ha elaborado teorías, conceptos y categorías que develan los sesgos de distinta índole que han ignorado, invisibilizado, negado o distorsionado la desigualdad de todo orden que subordina a las mujeres y lo femenino en el contexto de la dominación patriarcal.

Para hacer estas contribuciones, las intelectuales feministas han debido modificar sustancialmente las formas convencionales de hacer investigación en prácticamente todas las áreas del conocimiento. Haber interrogado a los paradigmas científicos androcéntricos establecidos respecto a la ausencia –o presencia relativa- de las mujeres y lo femenino en sus postulados y procedimientos fue, y sigue siendo, el punto de partida para plantear problemas de investigación inéditos, crear procedimientos innovadores, replantear categorías epistemológicas, así como para volver a reflexionar en torno a la relación entre filosofía, ciencia y política.

Las investigadoras feministas han llegado a estos puntos de inflexión a través de varios procesos, entre los cuales me interesa destacar: la incorporación de las mujeres a la epistemología, la reelaboración de las consideraciones epistemológicas en torno al sujeto cognoscente, la reflexión constante respecto a las características y la viabilidad de una metodología feminista, así como la multidireccionalidad del conocimiento que se produce a través de ella. Cada uno de ellos constituye un eje articulador de este texto. Para desarrollarlos, partiré en primer término de caracterizar a la investigación feminista.

Investigación feminista y teoría feminista

La investigación feminista está anclada en la teoría feminista¹, con la cual establece una relación de mutuo enriquecimiento. La *teoría feminista* es un vasto campo de elaboración conceptual cuyo objetivo fundamental es el análisis exhaustivo de las condiciones de opresión de las mujeres. El centro de su reflexión es la explicación de la multiplicidad de factores que se concatenan para sostener la desigualdad entre mujeres y hombres basada en el género, la cual está presente en todos los ámbitos de desempeño de las personas que formamos parte de sociedades marcadas por la dominación patriarcal². Al mismo tiempo, se trata de una elaboración que reconoce ampliamente su intencionalidad: contribuir, desde el pensamiento complejo³ e ilustrado⁴, a la erradicación de dicha desigualdad a través de la generación de conocimientos que permitan concretar el proyecto emancipatorio de éstas.

¹ Aunque pueda parecer una tautología, es necesaria la aclaración de este vínculo puesto que las acepciones del feminismo que lo circunscriben a su carácter político ofrecen resistencia a aceptar que se ha constituido en un campo conceptual, priorizando sus aportes en materia de políticas de gobierno.

² La noción de patriarcado tiene partidarias y detractoras dentro del feminismo. Las primeras la suscriben en tanto permite identificar el conjunto de relaciones sociales que sustentan la dominación de los hombres sobre las mujeres a través de los pactos que ellos establecen, orientados por la interdependencia y la solidaridad (véase Celia Amorós, 2005: 113-114), mientras que las segundas afirman que está históricamente asentada en las sociedades antiguas y que, por lo tanto, su aplicación a sociedades contemporáneas es un anacronismo. Optan por el concepto de dominación masculina, considerándolo más pertinente para el análisis del carácter de las relaciones entre los géneros (véase Teresita de Barbieri, 1997: 52). Como es evidente, me coloco entre las primeras.

³ Mabel Burin plantea que la noción de complejidad supone "...flexibilidad de utilizar pensamientos complejos, tolerantes de las contradicciones, capaces de sostener la tensión entre aspectos antagónicos de las conductas y de abordar, también con recursos complejos, a veces conflictivos entre sí, los problemas que resultan de tal modo de pensar." (1995: 86).

⁴ Celia Amorós explica de forma erudita los vínculos históricos entre el feminismo y la Ilustración en varias dimensiones, de las cuales conviene destacar, primero, que debemos en muy buena medida a los pensadores ilustrados la consolidación del pensamiento androcéntrico basado en la utilización de El Hombre como medida de todo, paralela a la exclusión de las mujeres de sus discursos, a excepción de los casos en que era necesario ejemplificar las vías que seguía el oscurecimiento de la Razón. Segundo, que las mujeres intelectuales han debido llevar a cabo sus propios procesos de ilustración, entendiendo en toda su complejidad las implicaciones de la exclusión de las mujeres como género en la conformación del pensamiento de la modernidad. Derivado de esto, el feminismo constituye, entre otras cosas, una radicalización de la Ilustración y la modernidad en su vertiente de "...radicalización del proyecto democrático en el sentido de que se constituye en un parámetro inobviable de su coherencia y, en esa misma medida, de su legitimidad..." (1997: 25).

Lograr una empresa de tal magnitud supone incursionar en todos los campos del conocimiento para identificar aquellos hechos científicos, sociales, culturales y políticos a través de los cuales se conocen aspectos particulares de la constitución y reproducción de la desigualdad genérica. De ahí derivan numerosas teorías feministas que dan cuenta de esas particularidades (como las teorías feministas sobre la evolución, sobre el estado, sobre la constitución psíquica de los sujetos o sobre las concepciones del mundo, por citar algunos ejemplos), entre las cuales es fundamental la *teoría de género*, entendida como “...una teoría amplia que abarca categorías, hipótesis, interpretaciones y conocimientos relativos al conjunto de fenómenos históricos contruidos en torno al sexo...” (Marcela Lagarde, 1996: 26)⁵. En esta teoría se sintetizan los hallazgos de las investigadoras feministas, especialistas en las más diversas disciplinas, con los cuales han demostrado que la transformación de la diferencia sexual en desigualdad social obedece siempre a los procesos histórico-culturales que contextualizan la conformación de los géneros

A través de la teoría de género, las investigadoras feministas han contribuido a la comprensión integral de la dominación, la subordinación y la opresión de las mujeres, al demostrar que cada una de ellas se basa en la articulación del género con otros referentes de organización y diferenciación social. En este sentido, el *género* es una construcción social, cultural, política e histórica que atañe al “...conjunto de atributos asignados a las personas a partir del sexo” (Op. Cit., p. 27). Por ello, es una categoría relacional de mutua

⁵ Marcela Lagarde explica que con esta construcción teórica, hemos transitado del planteamiento del género como una categoría de análisis a la conformación de un campo epistemológico, constituido por la teoría y la perspectiva de género, en el que “...cabe destacar la creación de conocimientos nuevos sobre viejos temas, circunstancias y problemas, así como la creación de argumentos e ideas demostrativos, recursos de explicación y desde luego, de legitimidad de las particulares concepciones de millones de mujeres movilizadas en el mundo con el objetivo de enfrentar ese orden.” Y continúa. “El enriquecimiento de la perspectiva de género se ha dado como un proceso abierto de creación teórico-metodológica, de construcción de conocimientos e interpretaciones y prácticas sociales y políticas. Década a década, año tras año, mujeres de una gran diversidad de países, culturas, instituciones, organizaciones y movimientos, se han identificado entre sí y han contribuido a plantear problemas antes inimaginados. Han propuesto conceptos, categorías e interpretaciones y las han convertido en una *lingua franca* (cursivas en el original) entre quienes hoy asumen la democracia de género como su propia causa. Esta *lingua franca* no es cerrada, sigue en movimiento y se ha nutrido significativamente de la experiencia de las mujeres al abordar problemáticas particulares y compartir vivencias, conocimientos e interpretaciones.” (1996: 16).

diferenciación que ha ido más allá de ésta para fincar la escisión de la humanidad en categorías sociales exclusivas y excluyentes.

La investigación feminista busca desentrañar esta construcción en toda su amplitud y, al mismo tiempo, en su particular localización espacio-temporal. Desde esa perspectiva, es fundamentalmente cualitativa (independientemente de que eche mano de instrumentos cuantitativos), pues pretende documentar, a partir de distintos campos de conocimiento, cómo la ciencia ha hecho aportes sustantivos al sostenimiento de la desigualdad entre los géneros. Al mismo tiempo, propone nuevos acercamientos teóricos y metodológicos para desmontar los sesgos de género de la investigación convencional, abriendo también líneas de indagación sobre temas no explorados desde esa misma perspectiva.

Características de la investigación feminista

La investigación feminista es, entonces, una manera particular de conocer y de producir conocimientos, caracterizada por su interés en que éstos contribuyan a erradicar la desigualdad de género que marca las relaciones y las posiciones de las mujeres respecto a los hombres. En ese sentido, está orientada por un interés claramente emancipatorio en el que se pretende realizar la investigación de, con y para las mujeres. Tal como lo propone Teresita de Barbieri (1998: 105-106), se trata de producir una teoría o los conocimientos necesarios para liquidar la desigualdad y subordinación de las mujeres: por ello, esta teoría contempla referentes más o menos inmediatos para la acción política feminista.

Dadas las consideraciones anteriores, podemos retomar la síntesis que presenta Mary Goldsmith Connolly de la investigación feminista como "...contextual, experiencial, multimetodológica, no replicable y comprometida..." (1998: 45)⁶. A ellas habrá que agregar su orientación interdisciplinaria. Desmenuzando estos términos, significa que se trata de procedimientos cuya

⁶ Mary Goldsmith plantea este punteo a partir de Joyce MacCarl Nielson, quien en sentido estricto retoma la descripción de Shulamit Reinharz de la investigación feminista como "...contextual, incluyente, experiencial, comprometida, socialmente relevante, multimetodológica, completa pero no necesariamente replicable, abierta al medio ambiente e incluyente de las emociones y eventos en tanto que experiencia..." (1990: 6). La acepción de Mary Goldsmith es indicativa para iniciar la caracterización de la investigación feminista, pero no pierdo de vista la relevancia de todas las particularidades mencionadas por Joyce MacCarl Nielson, mismas que abordo en distintos momentos del texto.

selección de unidades de observación, métodos y resultados no responden a las necesidades de la ciencia en abstracto, sino a los vacíos e insuficiencias de conocimientos que se hacen evidentes al adentrarnos en la explicación de la desigualdad genérica, misma que conduce a la emergencia de las mujeres como sujetos de conocimiento, cuya condición⁷ y situación de género⁸ se pretende transformar. De ahí que la investigación feminista sea *contextual* en varios sentidos:

- a) Porque intenta responder a las necesidades de conocimiento que plantea la vida de las mujeres en una circunstancia específica;
- b) Porque plantea problemas de investigación que sólo pueden ser abordados en sus mutuas y múltiples determinaciones, y
- c) Porque coloca a quien investiga en un contexto compartido con la/el sujeto u objeto de estudio, de tal manera que, aún cuando en otras esferas de la vida no se desempeñen en el mismo ámbito, para los fines de la indagación el contexto se delimita como un espacio común de interacción.

El carácter *experiencial* de la investigación feminista refiere a la incardinación de la desigualdad en los cuerpos y las vidas de las mujeres, trayendo consigo la conformación de experiencias vitales siempre significadas por el poder. En ese sentido, la experiencia⁹ deviene un concepto fundamental que coloca a las mujeres en *ubis*¹⁰ hetero y autodesignados. Pero la experiencia tiene una dimensión más, igualmente importante: la prolongación de los prejuicios

⁷ El término *condición de género* se refiere al conjunto de elementos que definen la forma de ser y de estar en el mundo de los sujetos con base en su cuerpo sexuado. En las sociedades patriarcales, para las mujeres esta condición está definida por la opresión, mientras que para los hombres se define por la dominación y el supremacismo. Véase Marcela Lagarde, 1006.

⁸ La *situación de género* en la categoría que permite explicar la concreción de la condición de género de mujeres y hombres en contextos y circunstancias particulares.

⁹ Varias son las definiciones feministas sobre la experiencia. Sin embargo, para los fines de este documento considero útil la aclaración que establece Maria Mies cuando afirma: "...La experiencia es frecuentemente equiparada con la experiencia personal, con la atmósfera, con los sentimientos que una mujer experimenta en una situación determinada. A mi juicio, sin embargo, el valor de la experiencia reside en tomar la vida real como punto de partida, tanto en su dimensión subjetiva concreta como en sus implicaciones sociales." (1998: 73).

¹⁰ El *ubi* es, en términos de Celia Amorós (1994), el lugar que ocupa el sujeto en el mundo, lugar construido ontológica y políticamente, por lo que incluye el espacio concreto junto con la construcción filosófica y política que le da sentido.

sexistas a todo lo que se considera femenino o masculino, transfiriendo los sesgos de la experiencia vital a unidades de observación objetuales y animales. Así, el carácter experiencial atañe tanto a las investigadoras que desarrollan sus pesquisas inmersas en comunidades epistémicas las más de las veces suspicaces (por decir lo menos) respecto a la relevancia académica del feminismo, como a las mujeres –u hombres- con quienes llevan a cabo investigación empírica o, incluso, con quienes se relacionan virtualmente a través de las fuentes de documentación.

Por otra parte, en la experiencia intervienen también las emociones, las decisiones y la resolución de disyuntivas, hablando del plano personal, así como las formar colectivas de vivir una condición y situación de género enmarcadas en la historia, pasando al plano social. De esta manera, es tanto una categoría intrapsíquica como intersubjetiva, por lo que contribuye de manera decisiva a la constitución teórica de la categoría mujeres, como veremos más adelante.

La afirmación del carácter complejo con que son elaborados los problemas de investigación desde la perspectiva feminista, se expresa en la pertinencia de diseñar aproximaciones *multimetodológicas* para abordarlos. Antes de avanzar, habrá que precisar que la metodología se refiere a dos niveles de abstracción: el primero la coloca como la “teoría y análisis de los procedimientos de investigación” (Sandra Harding, 1998b: 10; Capitolina Díaz, 1996: 310), y el segundo, que la remite tanto “...a las prácticas de la acción feminista como a las formas de generación del conocimiento...” (Teresita de Barbieri, 1998: 103).

La última autora citada nos advierte sobre la improcedencia de hablar de metodología, en singular:

“Si bien en la vida cotidiana que transcurre en la academia es frecuente hablar de metodología como si fuera única y sólo se refiriera a los aspectos de procedimientos a seguir para producir conocimientos, en sentido estricto no existe una metodología única en las ciencias sociales ni aun en cada disciplina. Porque la metodología no puede desvincularse de la teoría.” (Op. Cit., p. 113)

Sirva este señalamiento para explicitar que cuando utilizo la expresión “metodología feminista” lo hago desde la perspectiva de delimitar un ámbito de reflexión a nivel teórico, pues en la práctica científica se impone, como lo subraya la autora, la definición de procedimientos a seguir orientados por el carácter del

problema de investigación seleccionado y la elaboración teórico conceptual con que se le define y aborda. Así, en el plano concreto de la investigación feminista lo que prevalece es la adopción de la multimetodología, la cual supone, primero, que no hay una normatividad metodológica que se aplique acríticamente a las investigaciones y, segundo, que las elecciones metodológicas son contingentes a los factores ya mencionados: la contextualidad, el carácter experiencial y la orientación teórica.

La relación entre estos tres rasgos distintivos se refleja en el cuarto, referido a la *replicabilidad* o no de la investigación feminista. Este campo es polémico pues se vindica como abierto e inacabado, lo que abre la discusión en torno a las posibilidades de replicar las investigaciones. Los posicionamientos al respecto se derivan, en buena medida, de la aceptación o cercanía con alguna de las tres tendencias básicas de la epistemología feminista: el empirismo feminista, la teoría del punto de vista feminista y el posmodernismo feminista¹¹. Así, las autoras de la primera corriente se decantan por la replicabilidad para demostrar que la investigación feminista es rigurosa, metodológicamente sólida y, por lo tanto, científica, mientras que las representantes de las dos últimas tienden a destacar la originalidad de cada diseño metodológico debido a su carácter situado.

Complementa estas distinciones el *carácter comprometido* de la investigación feminista. Cuando las investigadoras feministas la definen como una indagación de, por y para las mujeres, delimitan su cualidad distintiva respecto a otras posturas epistemológicas que también se reconocen emancipadoras, pues es la única que se propone producir conocimientos atingentes a las mujeres. En este sentido, el compromiso de las investigadoras feministas recorre varias direcciones:

- Contribuir a la producción de los conocimientos que las mujeres “quieren y necesitan” (Sandra Harding, 1998b: 24), dirección en la que se alude a las mujeres como colectivo social.

¹¹ Desarrollo las especificidades de cada una en el capítulo 2. Por el momento, sirva apuntar que el empirismo feminista se propone corregir los sesgos de género presentes en la actividad científica, mientras que la teoría del punto de vista y el posmodernismo feminista se dirigen a la innovación radical en la materia. Véase Sandra Harding, 1996; Carmé Adán, 2006; Norma Blazquez Graf, 2008.

- Impulsar el reconocimiento de las actividades científicas realizadas por las investigadoras feministas dentro de sus comunidades disciplinarias o interdisciplinarias.
- Impulsar la consolidación de la investigación feminista como un campo epistemológico riguroso.
- Vindicar el vínculo entre ciencia, política y aportación social contenido en el feminismo académico.
- Realizar investigaciones incluyentes que demuestren las múltiples interacciones que sostienen las mujeres y lo femenino con otros sujetos sociales y con el medio ambiente, así como la pertinencia de analizar con perspectiva de género la condición, la situación y la posición¹² de otros sujetos de género, junto con los contenidos de género presentes en todos los ámbitos institucionales y las prácticas sociales.
- Mantener una actitud crítica dentro y fuera de la comunidad epistémica feminista basada en un profundo compromiso de cambio social, respetuoso de la ecología e irrenunciablemente ético.

Es importante destacar, entonces, que la investigación feminista lleva consigo una orientación interdisciplinaria derivada de proponer problemas de investigación que se basan en la pluralidad, la diversidad y la multiplicidad de experiencias de las mujeres. Asimismo, descansa también en la falta de consenso normativo que prescriba “un” método feminista, girando, por el contrario, en torno a la combinación crítica de métodos de investigación y de perspectivas de análisis. Por otra parte, la interdisciplina refiere también a la importancia de abordar dichos problemas con enfoques integrales que requieren el concurso de distintos puntos de vista para arribar a una explicación que abarque las múltiples dimensiones que los conforman.

Al proceder de esta manera, la investigación feminista puede incidir de manera amplia en los campos disciplinares, lo cual, planteado en palabras de

¹² Al hablar de posición me refiero al lugar que ocupan las mujeres dentro de estructuras de diferenciación/desigualdad social, determinado por la imbricación de su condición de género, su situación de género y el poder.

Shulamit Reinharz, significa que “...contribuye a las disciplinas, atrae a las disciplinas y reacciona contra las disciplinas en términos de datos, métodos y teoría.” (1992: 246. Traducción libre). Esto significa que también es transdisciplinaria, cruzando las fronteras de las disciplinas, trabajando en ellas y, al mismo tiempo, fuera de sus límites. De ahí deriva una notable capacidad de las investigadoras feministas: ser sujetas cognoscentes que “...vivimos en dos mundos y encontramos las formas para puentear o mezclar disciplinas. Las feministas no parecemos sentirnos alienadas en campos distintos a aquellos en los cuales hemos sido formadas...” (Op. Cit.: 250. Traducción libre).

Una particularidad de la investigación feminista es que se la puede caracterizar, mas no necesariamente definir. Se reivindica como un campo en formación, flexible, dinámico y libre. En esa perspectiva, aún cuando se centra en las mujeres, establece una clara demarcación con la investigación *sobre mujeres*¹³, la cual, a decir de Marcia Westkott (1990), termina por explotar a las mujeres en tanto que objetos de conocimiento, pues indaga sobre sus vidas y determinaciones sin contribuir con propuestas de transformación de la subyugación a la que han estado expuestas¹⁴. Y uno de los indicadores claros de esta distinción, además del uso diferenciado de las preposiciones (la investigación feminista es *para* las mujeres, no *sobre* ellas), es la descripción de su situación con tiempo verbales que privilegian el pasado y el presente, pero no usan el futuro. Con ello, afirma la autora, la investigación convencional sobre las mujeres justifica su situación presente, sin aportar perspectivas para erradicar la desigualdad de género.

La investigación feminista, por el contrario, se inserta en las tendencias que privilegian los horizontes de futuro, procurando que sus resultados apoyen el cambio social indispensable para erradicar la opresión de las mujeres. En ese

¹³ En el ámbito del feminismo estadounidense, esta diferencia fue destacada de manera sobresaliente por las feministas marxistas, quienes desde la década de 1970 alertaron respecto a que, de no hacer esta precisión ética y política, se corría el riesgo de repetir las dinámicas androcéntricas de la ciencia, haciendo a las mujeres susceptibles de ser explotadas por parte de quienes las investigaran al colocarlas, de manera análoga a su situación de género en la sociedad, como *objetos* de estudio. Esta posición es desarrollada ampliamente por Shulamit Reinharz (1992).

¹⁴ Esta autora plantea como una expresión inmediata de dicha explotación el recurrir a las mujeres solamente para obtener información, manteniendo su atractivo en tanto no surja otro sujeto novedoso sobre el cual investigar. Véase Marcia Westkott, 1990: 63.

sentido, dice Shulamit Reinharz (1992), las investigadoras feministas desarrollan una “doble mirada”: la propiamente científica y la política. Mirada que lleva consigo también una doble responsabilidad: con la comunidad científica y con las mujeres. Como lo subrayan Judith A. Cook y Mary Margaret Fonow, “...Esto significa que la investigación debe ser diseñada tanto para proveer una visión de futuro como para ofrecer una fotografía estructural del presente...” (1990: 80. Traducción libre).

El conjunto de estas características hace que la investigación feminista sea socialmente relevante, para las mujeres y para toda la humanidad, pues aporta elementos sustantivos de transformación social centrados en la erradicación de todas las formas de opresión, empezando por la de género.

Críticas a la investigación convencional

Estas características configuran la especificidad de la investigación feminista en cuanto a la delimitación de su posicionamiento. Sin embargo, en el nivel epistemológico la riqueza e innovación introducida por ella se centra en la crítica – al mismo tiempo deconstructiva y propositiva- que lleva a cabo de los núcleos de la dominación defendidos implícita o explícitamente por la ciencia. Estos núcleos constituyen los *sesgos de género* de la ciencia, los cuales se expresan en forma de androcentrismo, sexismo, binarismo, etnocentrismo, eurocentrismo, clasismo y estatocentrismo¹⁵.

Desde la perspectiva feminista, el *androcentrismo*¹⁶ constituye, sin duda, el mecanismo por excelencia de la segregación de las mujeres de la ciencia y del conocimiento científico. Cimentado en la diferenciación social basada en el género, el *androcentrismo* coloca a los hombres y lo masculino en el centro de la elaboración conceptual, de la investigación y de la presentación de resultados. En ocasiones lo hace de manera explícita, a través de afirmaciones como: “la

¹⁵ Retomo esta enumeración de Andrée Michel (1983), añadiendo algunos rasgos en los que abundan Diana Maffia (2005), Norma Blazquez Graf (2008) y Sandra Harding (1996).

¹⁶ Si bien la crítica feminista al androcentrismo se generalizó en diversas disciplinas, la antropología es un buen ejemplo del doble movimiento que tal descolocación supuso pues, como señala Marcela Lagarde (2002), se trata de una disciplina que revisó ese núcleo de los sesgos de género en el quehacer científico, al tiempo que se revisaba a sí misma como disciplina que enarboló ese sesgo en su propia definición como la “ciencia del hombre”. Con ello, al revisar el concepto, las antropólogas feministas reconocieron el posicionamiento conceptual que esa definición incluía, desmontándolo.

antropología es la ciencia del Hombre”, “la racionalidad masculina” o “entre los individuos entrevistados” (generalizando los resultados aunque la muestra haya sido mixta o, más aún, conformada sólo por mujeres). En otras ocasiones, en cambio, lo hace a través del uso de expresiones con pretensiones de neutralidad que, en los hechos, homologan toda la experiencia humana a la experiencia masculina: “el modelo cazador-recolector”, “la condición humana”, “la ciencia”.

Desde el punto de vista epistemológico, el androcentrismo sintetiza el éxito de la modernidad en su empresa de deslindar a la ciencia de la teología, humanizando la producción científica, fuente proveedora del conocimiento “verdadero” que negaría el carácter revelado del conocimiento de origen religioso:

“Después de la religión, el varón occidental adoptó progresivamente a la ciencia como principio de vida, como explicación de su existencia, como otorgadora de fines. Se inició el primado de la razón científica, la cual muy pronto se orientó hacia el campo técnico y tecnológico. Fue el dominio de la razón práctica, el dominio de la razón instrumental pragmática.” (Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, 2005: 653-654).

Asimismo, el androcentrismo se asoció de manera indiscutible con la consolidación del pensamiento racional, concebido como la culminación de la separación entre el cuerpo y la mente, separación en la que la existencia del ser humano se objetivaría a través de sus productos, en especial de los de corte intelectual.

En las extensiones de la mente se cifrarían las posibilidades de trascendencia y, por tanto, de surgimiento del individuo, que así se liberaría de los nexos corporativos adquiridos por nacimiento para pasar a formar parte de colectividades constituidas por la libre voluntad de sus miembros. Tal sería el caso de la comunidad científica que, a su vez, impondría requisitos de cumplimiento obligatorio para aceptar la pertenencia. Entre esos criterios, el primero e inexcusable sería el sexo: ser hombre, acompañado de una educación estricta, que desembocaría en la formación del “espíritu científico”, misma que se constataría con la aprobación de las capacidades adquiridas por parte de maestros iniciadores y la producción de obras que reflejaran el riguroso ejercicio de la lógica junto con la observación de los pasos prescritos por lo que llegaría a

consolidarse como método científico, sintetizan el encadenamiento sujeto-formación-ejercicio profesional, paradigmático de esa pertenencia.

En la conformación de ese modelo operaría de manera clara la escisión de género propia de la sociedad occidental, misma que identifica a los hombres con lo social y lo cultural y a las mujeres con lo natural. En esa medida, se postularía la disociación entre el cultivo de la mente, propio de los hombres, y el cultivo del intelecto, asignado a las mujeres en tanto que aludía al desarrollo de capacidades artísticas, asociadas con la creatividad y las emociones.

De ahí se nutrirían muchas de las oposiciones constitutivas del pensamiento binario presentes en el discurso científico: verdad/falsedad, objetivo/subjetivo, sujeto/objeto, teórico/empírico, cultural/natural, social/biológico, real/ideal, humano/divino. Estas oposiciones se desprenden de la idea de Hombre para trasminar lo humano y reflejarse en lo no humano, significándolo. Con ello, el lenguaje científico construye metáforas que habrán de asentarse en el lenguaje común, dando cuenta con ello de que el androcentrismo se conforma como una manera de pensar, como un elemento central de las mentalidades modernas¹⁷.

Uno de los aportes fundamentales de la perspectiva feminista ha sido mostrar el carácter histórico de esta elaboración, tan profundamente arraigada en el sentido común que se asume con naturalidad que lo masculino es la medida de lo humano. Este principio ha demostrado ser devastador para las mujeres, que de ser el elemento opuesto a los hombres en esos juegos de dicotomías, terminan invisibilizadas y excluidas de la humanidad para ser colocadas en el ámbito de lo que no es plenamente humano.

Varios son los puntos críticos a partir de los cuales se estructura el desmontaje del androcentrismo en la ciencia desde la perspectiva feminista. Entre ellos está la crítica a su pretensión de neutralidad, el considerarlo parte de un pensamiento generalizante y totalizador, el abordaje de temas, problemas, procesos, concebidos como “objetos de estudio”, invisibilizando con ello a los

¹⁷ En una acepción más amplia, el androcentrismo está presente en el conjunto de la vida social contemporánea, siendo el referente principal a partir del cual se despliegan segregaciones cada vez más radicales de las mujeres y lo femenino, llegando a conformar expresiones tan extremas como el sexismo – discriminación con base en el sexo- y la misoginia –odio violento hacia las mujeres-.

sujetos que los protagonizan lo mismo que a quienes ejercen en ellos la actividad cognoscente, el esgrimir la universalidad del punto de vista masculino y patriarcal, ubicar a “El Hombre” en el centro del mundo, la parcialización/especialización del conocimiento, la lógica formal, centrada en el binarismo, las relaciones causales, el distanciamiento sujeto/objeto y la linealidad; la pretensión de objetividad, la producción de un conocimiento pretendidamente “desinteresado” y la naturalización de lo social, lo cultural y lo humano.

¿A qué remite la crítica al *sexismo* en la ciencia? Básicamente, a la develación del carácter *generizado* de la misma, esto es, a la constatación de que el *simbolismo de género*¹⁸ opera como el referente básico a partir del cual se asocian atributos femeninos o masculinos con las características diferenciales entre las ciencias (“duras” y “blandas”, por ejemplo), las diferentes orientaciones de sus procedimientos (ciencias naturales “rigurosas” frente a ciencias sociales “flexibles”), el establecimiento de metáforas (“la fuerza de penetración del argumento”, “ideas seminales”) y la insinuación de que, tanto en calidad de objeto de la reflexión científica como en su desempeño como especialistas de la misma, las mujeres y lo femenino suelen ser sexualizadas mucho más que los hombres y lo masculino. De hecho, una expectativa latente en el sentido común es que los hombres que se dedican a la ciencia experimenten una suerte de asexualización debida a su inmersión en los procesos mentales que paulatinamente los separen de los procesos corporales (Sandra Harding, 1996).

El *sexismo* en la ciencia tiene consecuencias decisivas para la vida de mujeres y hombres. Para ilustrarlas, me permitiré citar en extenso a Sandra Harding, quien apunta a sus manifestaciones cuando presenta los puntos nodales que aborda en los capítulos de su libro titulado *Ciencia y feminismo*:

“..., los estudios sobre los usos y abusos de la biología, las ciencias sociales y sus tecnologías han revelado de qué forma se utiliza la ciencia al servicio de proyectos sociales sexistas, racistas, homofóbicos y clasistas: políticas reproductivas opresoras; gestión de todas las labores domésticas de las mujeres a cargo de los

¹⁸ Sandra Harding emplea esa expresión para referirse a “...el resultado de asignar metáforas dualistas de género a diversas dicotomías percibidas que no suelen tener mucho que ver con las diferencias de sexo...” (1996: 17).

hombres blancos (sic); la estigmatización de los homosexuales, la discriminación en su contra y la 'curación' médica de los mismos; la discriminación por el género en los centros de trabajo. Todas estas situaciones se han justificado merced a la investigación sexista y mantenido mediante tecnologías, desarrolladas a partir de esa investigación, que traspasan a los hombres del grupo dominante el control que las mujeres tienen sobre sus vidas...

"... La selección y definición de problemas –decidiendo qué fenómenos del mundo necesitan explicación y definiendo lo que tienen de problemático- se han inclinado con claridad hacia la percepción de los hombres sobre lo que les resulta desconcertante..."

"..., la preocupación por definir y mantener una serie de dicotomías rígidas en la ciencia y en la epistemología ya no parece un reflejo del carácter progresista de la investigación científica, sino que está inextricablemente relacionada con las necesidades y deseos específicamente masculinos –y quizá exclusivamente occidentales y burgueses. Objetividad frente a subjetividad; el científico, como persona que conoce (*knower*) frente a los objetos de su investigación; la razón frente a las emociones; la mente frente al cuerpo; en todos estos casos, el primer elemento se asocia con la masculinidad y el último, con la feminidad. Se ha sostenido que, en todos los casos, el progreso humano exige que el primero consiga la dominación sobre el segundo." (1996: 20-23).

Una de las peculiaridades del sexismo es que se le pretende hacer pasar subrepticamente, sobre todo en contextos como la ciencia en los que las expresiones "políticamente correctas" sirven de contención a sus expresiones directas. Para ello, explica Diana Maffía (2005), el sexismo se vale de los estereotipos para velarse a sí mismo, empleando expresiones lingüísticas que esconden su verdadero contenido:

"Argumentos de este tipo no dicen 'no, porque es una mujer'. El estereotipo sirve para ocultar el sexismo: dicen 'no' porque tiene un rasgo (emocionalidad, particularidad, subjetividad) que es inferior. Un rasgo que se define como femenino y que culturalmente consideramos como un rasgo no valioso..." (2005: 627).

El sexismo es una expresión acotada de una lógica de pensamiento mayor que es el *binarismo*, base de las mentalidades patriarcales. El binarismo presenta al conjunto de elementos existentes y conocidos no en su unicidad sino en su

contraste, sosteniendo la ilusión de que son opuestos y complementarios. En lo que toca a mujeres y hombres, actúa como una legitimación ideológica para justificar las posiciones diferenciadas e irreductibles de unas y otros, presentándolas como indispensables para la continuidad de la vida humana, de su relación con el entorno, de sus relaciones sociales y de las posibilidades de reproducción de la sociedad y la cultura. La epistemología feminista visibiliza este binarismo para romper con la estructura mental que posiciona a los hombres como sujetos de conocimiento y a las mujeres como objetos del mismo. En este punto, la lógica binaria entraña una contradicción, pues en términos estrictos el sujeto no podría existir en su unicidad sino a partir, por lo menos, de una dupla de sujetos opuestos, lo que en términos de filosofía entrañaría una relación de alteridad: el Sujeto y el Otro. Sin embargo, como efecto de la prolongación del pensamiento androcéntrico, a ese par se le asocian rasgos que terminan por conducir a la connotación de las mujeres como No Sujetos, tanto en el plano social como en el filosófico y en el epistemológico, pues del Sujeto y el Otro se pasa a las dicotomías actividad/pasividad, objetividad/subjetividad, realidad/ilusión, hombre/mujer, sujeto /no sujeto.

En esa perspectiva, el androcentrismo expresa de forma contundente el carácter binario del pensamiento occidental aplicado a la condición de género de mujeres y hombres, al tiempo que justifica ideológicamente el valor intrínseco de la dicotomía que les separa y escinde. En esta línea de reflexión, Diana Maffía explicita que el término “dicotomía” coloca a los elementos que se hacen intervenir en ella en posiciones de apariencia exhaustiva y excluyente, enmascarando que se trata de pares sexualizados que producen estereotipos y jerarquización. Ello se traduce en la identificación de la ciencia con los atributos masculinos (universalidad, abstracción, racionalidad),

“con lo cual no les van a decir a las mujeres que no hagan ciencia, no hagan derecho o ustedes no sirven para la política. Nos van a decir, la ciencia es así (como si no fuera una construcción humana, sino el espejo cognitivo de la naturaleza), requiere unas condiciones privilegiadas de acceso (que casualmente son las masculinas), y si ustedes tienen otras condiciones no encajan en esto.” (2005: 628).

En otro texto, la misma autora nos ilustra respecto a que, a pesar de este enunciado general, al interior del feminismo hay tres posiciones clave en cuanto a la discusión sobre el carácter epistemológico y político de la dicotomía. El feminismo de la igualdad "...discute la sexualización del par, discute que algo sea sólo para varones y algo sólo para mujeres, pero no discute la jerarquización del par...". El feminismo de la diferencia exalta la parte femenina de la dicotomía reforzando el estereotipo correspondiente, con lo que llega a "discutir la jerarquización, pero aceptando la sexualización del par". En cambio, el feminismo crítico discute ambas posiciones y plantea "una relación compleja de conceptos y dentro de esa complejidad hay una interacción muy complicada, una remisión de sentidos unos a otros que hace que de ninguna manera uno pueda separar los conceptos en dos grupos antagónicos..." (Diana Maffía, s.f.: 3-4)¹⁹

Desde otra perspectiva, Margrit Eichler (1997) destaca que el sexismo es complejo, por lo que su erradicación también lo es. Sin embargo, dice, ayuda a esta tarea identificar algunas de las formas más comunes en que se presenta en la investigación. Estas son: el *androcentrismo* (asumido aquí como la adopción de una perspectiva masculina abarcadora); la *insensibilidad de género* (ignorar al sexo como una variable social importante en contextos en que sí lo es); el *dicotomismo sexual* (adjudicar a los sexos el carácter de entidades totalmente constituidas, sin considerar sus traslapes); el *familismo* (tratar a la familia como la unidad de análisis básica); la *sobregeneralización* (referida a la prolongación de conclusiones válidas para un sexo como aplicables a ambos); el *doble estándar* (a la inversa de la tendencia anterior, aplicar estándares diferenciados para cada sexo aún cuando se trata de situaciones compartidas) y la *aplicación sexual* (usar las descripciones de la diferencia sexual como prescripciones o como

¹⁹ Vale la pena destacar que Diana Maffía (Ídem) ubica al feminismo de la igualdad en "la lucha por la igualdad legal, por la igualdad formal, por que haya leyes equitativas para varones y mujeres, por acceder a los mismos lugares", al feminismo de la diferencia en la exaltación de "la diferencia de las mujeres" y al feminismo crítico en "el impacto entre el feminismo y el posmodernismo". Estas acepciones simplifican demasiado las propuestas de cada una de estas tendencias dentro del feminismo, pero le resultan útiles a la autora para colocar su propuesta en la línea de la última y así plantear su crítica contra el binarismo que percibe se genera en los posicionamientos de las dos primeras.

asignaciones de condiciones ontológicas. Estas afirmaciones toman la forma de “propias de su sexo”)²⁰.

El *etnocentrismo*, por su parte, refiere a la tendencia a que quien investiga “traduzca” lo observado a los términos de su propia cultura. Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara señala al respecto:

“El *yo pienso* fue una consecuencia del *yo domino*. A partir de la dominación se construyó el discurso teórico de esa dominación: el método científico, sin que apareciera claramente la vinculación. El sujeto portador de esa epistemología era el varón conquistador. El método científico fundado en la razón, se presentó como un lugar de neutralidad, cuyo fin era el progreso humano, cuando, en realidad, se trataba del progreso de un grupo. El hombre europeo se elevó a la categoría universal y con ello, se convirtió en el sujeto de la historia a partir de un acto de dominación sobre una parte del mundo, a la cual occidentalizó.” (2005: 653).

Este hecho está en la base de las pretensiones de universalidad con que se erige el complejo ciencia- método científico- conocimiento científico. Pero las implicaciones del etnocentrismo no se agotan en ella. Se pueden señalar algunas otras consecuencias importantes que se agregan a la anterior. La primera es que supone una serie de traslapes, proyecciones e interpretaciones que tergiversan los resultados, pues éstos son expresados en las claves culturales propias de quien investiga. Ejemplo de ello es la tendencia recurrente a categorizar de acuerdo con los términos lingüísticos propios del idioma en el que se realiza la investigación, sin adoptar o aceptar los términos en que el fenómeno se expresa en el contexto en el que es analizado. Al hacerlo así se ha configurado un lenguaje científico, especializado y muchas veces críptico, que al mismo tiempo que transmite la concepción del mundo a la que se adscribe excluye a quienes son incapaces de entenderlo.

Esto es particularmente notable en la aplicación de la ideología de género a la exposición de los hallazgos a través de metáforas y conceptos ajenos a lo

²⁰ Véase Margrit Eichler, 1997: 20-21 (traducción libre). Debo aclarar que la autora interpreta al androcentrismo como parte del sexismo, a diferencia del orden en que yo he expuesto ambos como formas de expresión de los sesgos de género. Considero que se trata de diferencias de énfasis en cuanto a que coloco al sexismo como una práctica social y al androcentrismo como un elemento de la concepción del mundo y de la cultura patriarcal que dota de significación al primero.

observado²¹, por ejemplo cuando se explica el comportamiento animal de especies con dimorfismo sexual en términos análogos a las experiencias humanas (baste mencionar la famosa y recurrente metáfora del “macho dominante”). Esta situación ha sido develada tanto por las estudiosas de las ciencias experimentales como por las antropólogas feministas, quienes han hecho minuciosos análisis del tema que permiten hablar actualmente de un *etnocentrismo de género* para subrayar cómo las construcciones genéricas de las cuales procede quien investiga se reflejan en su interpretación de lo investigado.

Otra consecuencia importante es que la mirada etnocéntrica ha conducido a una jerarquización de los conocimientos, estableciendo distinciones como la que diferencia a éstos de los saberes (considerados conocimientos espontáneos, derivados de la experiencia, por lo que no satisfacen los cánones de obtención a través de procedimientos analíticos rigurosos), así como la separación entre conocimiento científico y conocimiento tradicional. En esta jerarquización actúan de manera simultánea los prejuicios científicos, raciales y de género, pues como lo explica la autora antes citada,

“La invención del método científico basado en la razón, subalternizó otras formas de conocimiento, en primer lugar las formas de conocimiento portado por las mujeres, los indios, los orientales, los otros. Esos conocimientos fueron considerados como formas subalternizadas de conocimiento, inferiores al estatus del conocimiento científico.” (Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, 2005: 655).

Ahora bien, dado que la ciencia es una aportación moderna y occidental, hasta bien entrado el siglo veinte este etnocentrismo fue, en los hechos, un *eurocentrismo* que, a la vuelta de la segunda mitad del siglo pasado y lo que ha transcurrido del actual, bien puede denominarse *euronorteamericanocentrismo*²². Esta es una localización geopolítica del conocimiento, habida cuenta de que es hasta épocas relativamente recientes que el desarrollo de la ciencia se ha convertido en planetario. Aún así, es evidente que los centros hegemónicos de producción del conocimiento científico siguen siendo europeos y estadounidenses.

²¹ Véase Andrée Michel, 1983; Carmen Gregorio Gil, 2006.

²² Este término es una adaptación del utilizado por Sandra Harding (1996), quien a su vez retoma a Vernon Dixon, para referirse a la construcción del conocimiento en el contexto del colonialismo, la expansión imperialista europea y la hegemonía estadounidense en relación con las sociedades africanas.

La expresión de esa hegemonía se observa, además, en la transmisión de los estilos de investigación, las normas de validación de los hallazgos y los estándares tanto de divulgación como de evaluación de las prácticas investigativas. En esta última línea, el término remite también a una dimensión específica del colonialismo, el colonialismo científico, basado en la objetivación permanente de los otros:

“La separación euronorteamericana fundamental entre el yo y la naturaleza y las demás personas se traduce en la objetivación de ambos. La presencia de un espacio perceptivo vacío que rodea al yo y lo separa de todo lo demás, extrae al yo de su medio social y natural y pone a todas las fuerzas del universo aptas para satisfacer los intereses del yo dentro del círculo del espacio perceptivo vacío –es decir, en el yo mismo-. Fuera del yo sólo hay objetos sobre los que puede actuarse o que pueden medirse; o sea, conocidos...” (Sandra Harding, 1996: 146-147).

“La epistemología fundadora del conocimiento científico estuvo permeada por el colonialismo. La construcción del objeto, (como dotado de leyes inmanentes) y del sujeto (que se acerca, aprehende al objeto y enuncia leyes), fue creación de la modernidad marcada por la experiencia colonial. La construcción del lugar del sujeto que observa, se convirtió en un punto fijo que no es observado. Se convirtió en el punto distante en que se encuentra el nuevo dios que observa y por lo tanto, nombra y clasifica. A partir de ese punto de observación en que se instala el sujeto, se inventa una forma de observar de ese sujeto. Observar como génesis y desarrollo, como evolución, como principio y fin.” (Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, 2005: 654).

Dado este asentamiento de las formas modernas de conocer en la dominación, otra línea de expresión de la construcción de la desigualdad asociada con ésta es el *clasismo*, esto es, el acceso diferenciado a los estudios profesionales y al desempeño en el ámbito científico derivado de la adscripción de clase de quienes investigan, misma que suele concentrarse en las clases altas y medias. Andrée Michel agrega al análisis de esta situación el *estatocentrismo*, esto es, “...tomar las normas de la propia clase social por la norma y... ocultar todo lo que de ellas difiere.” (1983: 12).

Estas tendencias hegemónicas han sido denunciadas y confrontadas por las científicas feministas tanto de los países no hegemónicos como por las

investigadoras locales que por su situación de clase, étnica o racial han estado permanentemente excluidas de las formas legitimadas de hacer ciencia. El punto nodal de sus críticas radica en evidenciar que en las formas convencionales de hacer ciencia se amalgaman elementos de dominación en los que se articulan los sesgos de género con otros marcadores de diferenciación/desigualdad social que los invisibilizan. De ahí que propongan, como un objetivo fundamental de la investigación feminista, acabar con la *ceguera de género*²³ que subyace a estos mecanismos: para cumplirlo es necesario elaborar metodologías pertinentes.

Autoras como Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara van más allá, y afirman que esta prolongada conformación de la ciencia ha tenido lugar como una forma de violencia epistémica mediante la cual se amalgamaron todos los procesos de objetivación, partiendo de las mujeres para abarcar poblaciones, conocimientos e historia, de tal manera que, añadido, la historia de la ciencia puede leerse, en clave feminista, como la historia de la exclusión de las mujeres y de todos los Otros objetivables. Dicho en palabras de la autora,

“La violencia epistémica no es sólo un acto académico fundante de teorías sobre la sociedad. Es sobre todo la colonización de las formas de saber, es construcción de sentido contenidas en diversas formas de dominio esparcidos en múltiples lugares sociales que se refuerzan mutuamente.” (Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, 2005: 656).

Siendo así las cosas, ¿por qué habría de interesar a las mujeres acceder a la ciencia, convertirse en científicas y producir conocimientos que, en el corto o largo plazo, podrían serles adversos? Sin duda, el feminismo ha dado respuesta a estas preguntas, señalando que la inclusión de las mujeres en la ciencia (que no ha sido de buen modo, ciertamente²⁴) responde a múltiples procesos de ampliación de la participación social y política de las mujeres, así como a la

²³ El término “ceguera de género” es la castellanización de *gynopia*, término propuesto por Shulamit Reinharz para referirse a “la inhabilidad para percibir a las mujeres” (1992: 272, nota 21. Traducción libre).

²⁴ Sandra Harding (1996) describe con amplitud todas las adversidades que las mujeres estadounidenses debieron enfrentar para ser aceptadas en los ámbitos académicos y científicos, vinculando estos avatares con las dificultades estructurales que trajo consigo el capitalismo para el proletariado y los sectores más depauperados de esa sociedad durante el siglo diecinueve. Reportes semejantes para los contextos español y latinoamericano se pueden consultar en Virginia Maquieira, et.al. (2005), María Antonia García de León (1994), UDUAL (S.f.) y Norma Blazquez Graf (2008).

concreción de proyectos libertarios que ellas mismas vislumbraron –y siguen haciéndolo-.

El tópico central es que este acceso junto con la activa participación que ha supuesto, así como la amplitud cualitativa que ha traído consigo la presencia de feministas en la academia y en la ciencia es, además, una clara expresión de la intención de las mujeres de descolocarse de la posición de No Sujetos para afirmarse como Sujetos –epistémicos en este caso-. Visto con la mirada contemporánea, condensa una de las múltiples vías por medio de las cuales, además, vienen concretando sus intereses como sujetos de derecho que se posicionan como interlocutoras válidas y autolegitimadas de todas las instancias a partir de las que se generan o reproducen las condiciones que sustentan la opresión de género. En ese sentido, podemos afirmar que se trata de un grupo de mujeres que se han autorizado, a sí mismas y entre ellas, reconociendo mutuamente su autoridad epistémica.

El retorno de las brujas, de Norma Blazquez Graf. Un ejemplo de investigación feminista.

Las afirmaciones que cierran el apartado anterior remiten necesariamente a pensar en el proceso del que forma parte esta constitución de las mujeres como sujetas epistémicas. En esta línea de reflexión cabe destacar el libro de Norma Blazquez Graf cuyo título da nombre a este acápite. En él la autora detalla distintos momentos en los que el desempeño de las mujeres como productoras-transmisoras de conocimientos se ha encontrado y desencontrado con la historia de la ciencia, explicitando que, desde su punto de vista, la participación científica de las mujeres ha traído consigo modificaciones cualitativas de enorme importancia. Puesto en sus propias palabras, aclara:

“...Mi propósito es mostrar que la presencia femenina en la ciencia constituye en sí misma un cambio de gran trascendencia en los centros generadores de conocimientos, lo cual se traduce, además, en modificaciones en los puntos de partida, las metodologías, la interpretación de resultados y las teorías para la comprensión de la realidad; por tanto, tiene una influencia en el proceso de creación de conocimientos.” (2008: 9-10).

Suscribiendo los posicionamientos críticos que he desarrollado en páginas anteriores, y en congruencia también con la vinculación entre teoría feminista e investigación feminista, Norma Blazquez Graf desarrolla su análisis partiendo de la perspectiva de género, considerando que ésta

“...es un elemento con la potencialidad de unir las concepciones históricas, sociales y filosóficas de la ciencia. Constituye un cambio significativo sobre la visión de las ciencias, pues permite explorar si en la producción del conocimiento científico intervienen elementos como los valores y esquemas socioculturales de género, y amplía el espectro de factores biológicos, psicosociales y culturales que pueden contribuir a entender y redefinir los propósitos y metas de la ciencia, obteniendo así nuevos elementos de análisis y métodos diferentes para entender la realidad.” (Op. Cit.: 12)

La autora ubica su investigación en el contexto del surgimiento, definición y desarrollo de la ciencia, explicándonos que, a diferencia de lo que se afirma desde el sentido común portador de sesgos de género androcéntricos, las mujeres sí han estado interesadas en la creación de conocimientos, en su transmisión y en la ampliación de sus alcances desde los inicios más tempranos de las prácticas científicas. Por esa razón, remite su disquisición a un análisis detallado de las mujeres poseedoras de conocimientos que en el paso del Medioevo europeo a la Edad Moderna serían consideradas “brujas”. Con este término surgió una categoría social de mujeres sometidas a procesos de persecución, exclusión y exterminio cuya justificación ideológica fue su demonización, lo cual ocultó la verdadera razón de la llamada “cacería de brujas”:

“...partiendo de la perspectiva que han dado los estudios de género, sobre todo desde los años setenta, han surgido trabajos que sostienen que la persecución de brujas fue ante todo una persecución de mujeres y, por tanto, el género es una cuestión central. En ellos se muestra la persecución en calidad de fenómeno multicausal donde existen elementos como la misoginia –presente tanto en el pueblo como en las élites-; las tentativas legales de controlar el cuerpo y la sexualidad de las mujeres; el deseo de controlar a las mujeres independientes; el enfrentamiento y conflicto generacional entre mujeres; la lucha en el plano económico para apoderarse de sus propiedades; la violencia sexual contra las mujeres por parte de los jueces y torturadores –todos en un contexto de

supremacía de las relaciones sociales masculinas-; finalmente, la falta de comprensión del patriarcado como categoría histórica y como factor interventor en el desarrollo del fenómeno de la persecución.” (Ibid: 25).

La persecución de las brujas tenía como objetivo su exterminio, mismo que podemos considerar paradigmático de la exclusión de las mujeres del conjunto de espacios constitutivos de la modernidad, incluyendo la ciencia. Norma Blazquez sintetiza este proceso en los siguientes términos:

“La cacería de brujas coincide en el tiempo con el periodo en el que surge la ciencia, abarca el final de la Edad Media, el Renacimiento, y se extiende hasta el siglo XVII, periodos clave en la edificación de la ciencia moderna. Esto significa que ocurrieron simultáneamente dos fenómenos. Por una parte, la destrucción de una línea de conocimiento: el de las mujeres y, por otra, el nacimiento de otra forma de conocimiento que acompañaría el desarrollo de la civilización occidental, que surge como una marca distintiva: la ausencia de las mujeres.” (Ibid: 32)

A pesar de ello, señala la autora, ni el exterminio fue absoluto ni la exclusión de las mujeres fue impedimento suficiente para que éstas no fueran incorporándose a la ciencia de manera paulatina. Por ello, analiza también esa incorporación en el tiempo y en sus características, mostrando tanto las líneas de análisis de la historia de las mujeres en la ciencia, como las formas mediante las cuales han accedido a las instituciones científicas, sus aportaciones, sus biografías, las tareas que han desempeñado, su relevancia cuantitativa y cualitativa en puestos de investigación, desarrollo de proyectos, publicación de resultados, presencia de científicas en todos los campos del conocimiento y las diferentes áreas geográficas (con especial énfasis en América Latina y México), así como los nuevos retos que las mujeres científicas han traído consigo en términos de la organización patriarcal de las instituciones científicas, las brechas pendientes de eliminar en materia de equidad entre ellas y sus colegas hombres, así como la necesidad de modificar las políticas de gobierno a fin de incorporar la perspectiva de género a las instituciones científicas y, con ello,

“..., adoptar medidas que promuevan el ingreso de las mujeres a estos campos [ciencia y tecnología], el fortalecimiento de las que ya se desempeñan en ellos, y el surgimiento de una conciencia como colectivo. Esto se justifica por legítimas

razones de equidad social, de optimización y aprovechamiento de recursos, así como también por la necesidad urgente de integrar sus perspectivas, modos de conocimiento y actuación, en la construcción de paradigmas científico tecnológicos inclusivos, enriquecidos por la diversidad de enfoques y comprometidos con el logro de una real integración social.” (Ibid: 53).

Atendiendo a la propuesta que nuclea la especificidad de la metodología feminista, en el sentido de poner a las mujeres en el centro de la reflexión y retomar sus experiencias como referentes prioritarios a partir de los cuales reconstruir sus conocimientos, Norma Blazquez Graf expone la visión que tienen las científicas de ellas mismas, los factores que potencian o dificultan el desempeño de las mujeres en las áreas para las que se han formado o en la que aspiran a formarse, así como la influencia del género en la situación que viven cotidianamente.

En cuanto a la dimensión epistemológica, la autora propone una relación de ida y vuelta entre los conocimientos científicos que producen las mujeres y los conocimientos que produce la ciencia respecto a ellas. En esta última línea, coloca las aportaciones de la epistemología feminista a la modificación sustantiva de los valores, estereotipos y aplicaciones nocivas de los resultados científicos y tecnológicos en la vida de las mujeres. Por ello, titula “¿Cómo afectan las mujeres a la ciencia? El retorno de las brujas” al capítulo en el cual analiza las aportaciones feministas a la generación del conocimiento científico en cuanto a los errores de interpretación que introducen los sesgos de género, los nuevos parámetros desde los cuales interpretar o proponer teorías, la formulación de métodos y metodologías que pretenden corregir las distorsiones que introduce la ideología de género en el abordaje de los problemas de investigación, los equívocos e incompletudes en que ha incurrido la formación de conceptos, así como la formulación crítica de distintas posturas dentro de la epistemología feminista. El resultado es que, en la actualidad, se puede reconocer el “retorno” de las mujeres al campo de la producción de conocimientos:

“Si la ciencia moderna surge como un fenómeno en el que se perseguía y condenaba el conocimiento de las mujeres, al iniciarse el siglo XXI, la presencia feminista en la ciencia revela un cambio dado no simplemente por una

incorporación numérica sino por un retorno pleno de las mujeres que se empoderan y dan poder al conocimiento.” (Ibid: 120).

En su conjunto, *El retorno de las brujas* es un libro clave para aprehender el significado concreto de realizar una investigación feminista de, con y para las mujeres. Ejemplifica el conjunto de características descritas a lo largo de este capítulo, ubica con claridad la incorporación de cada una de las pretensiones críticas del feminismo académico y estimula la formulación de nuevas indagaciones en cada una de las líneas de análisis que su autora aborda punto por punto. La perspectiva que presento sobre el libro no agota su riqueza: sólo pretende colocarlo en la tesitura de mostrar la potencia crítica, propositiva y ampliadora de horizontes que trae consigo una investigación feminista seria, rigurosa, bien fundamentada y orientada a propiciar “...un cambio real en el conocimiento mediante la intervención de una perspectiva que favorezca a las mujeres.” (Norma Blazquez Graf, 2008: 130).

La densidad de este libro me da pie para enlazar la exposición de las características de la investigación feminista con las propias de la epistemología feminista que le es pertinente, tema de reflexión en el siguiente capítulo.

2. La epistemología feminista

La epistemología es la rama de la filosofía que estudia la definición del saber y la producción de conocimiento. Con esa perspectiva, sus líneas de trabajo buscan dar respuesta a qué conocemos, cómo conocemos y qué tipo de conocimiento producimos a partir de lo que conocemos. De manera específica, la *epistemología feminista* remite a

“...las investigaciones que entran en diálogo con la tradición filosófica sobre la ciencia abordando los problemas clásicos como el de racionalidad, evidencia, objetividad, sujeto cognoscente, realismo o verdad y, al tiempo, utilizan la categoría analítica de género para articular una nueva forma de encarar los temas...” (Carmé Adán, 2006: 39).

Dadas esas consideraciones, la epistemología feminista se distinguirá por abocarse al estudio profundo de

“...la manera en que el género influye en el conocimiento, en el sujeto cognoscente y en las prácticas de investigación, indagación y justificación. El concepto central es que quien conoce *está situado* y, por lo tanto, el conocimiento refleja las perspectivas particulares del sujeto cognoscente...” (Norma Blazquez Graf, 2008: 15).

La primera reflexión que se desprende de la afirmación citada es que el conocimiento no se produce de manera incontaminada: para su justa valoración, requiere que sean tomadas en cuenta las condiciones en las cuales se le ha producido. De ahí que el sujeto cognoscente adquiera particular relevancia, pues además de ser activo en términos de ser quien lleva a cabo la investigación que desemboca en la producción de conocimientos, también es un sujeto que se conduce con base en un conjunto de elementos constitutivos de su propia perspectiva sobre el problema, entre los que vale la pena destacar sus posicionamientos en relación con las propuestas teóricas, la institución en la que

realiza sus actividades de investigación, la orientación académica y política de ésta y, como lo van a demostrar las epistemólogas feministas, su género.

Una vez más, es en relación con la condición de género del sujeto cognoscente que encontramos la especificidad feminista respecto a otras posturas epistemológicas críticas de las pretensiones de objetividad, neutralidad y universalidad con las que se constituyó la ciencia. Antes de continuar, no está de más subrayar que el paradigma sometido a cuestionamiento es el *positivismo*, cuyos postulados, procedimientos, conclusiones y difusión han estado firmemente asociados con formas específicas de hegemonía en el ámbito científico. Teresita de Barbieri nos ofrece una síntesis útil del positivismo:

“...Por tal se entiende una forma particular de hacer ciencia, casi exclusiva de las ciencias físico-naturales, que en su formulación original busca desentrañar y formular de manera precisa las leyes que rigen la vida natural y social. Fiel al racionalismo, da por supuesta la existencia de un sujeto cognoscente y un objeto conocido (o posible de serlo) que constituyen dos entes separados y sin interferencias entre ellos. La verdad descansa en la prueba empírica, en los hechos y, para asegurar que no existe contaminación entre sujeto y objeto de conocimiento, hace hincapié en el desarrollo de técnicas que aseguren la objetividad de los resultados. Se trata de un procedimiento racional, de deducción e inducción. El conocimiento producido se supone verdadero y de validez universal. La derivación más frecuente del positivismo es el empirismo, forma de proceder por medio de la cual las categorías de análisis se vacían de contenido teórico y se llenan de acrítico sentido común.” (1998: 106).

Las críticas a esta postura aluden a su carácter esquemático, normativo, inhibidor de la creatividad individual, formalista y empirista, universalista, jerarquizante y excluyente. Como hemos visto, las investigadoras feministas añaden a la lista su orientación androcéntrica y sexista. Desde esta perspectiva se desarrollan análisis enunciados en la cita del texto de Norma Blazquez Graf que referí al inicio de este capítulo. Revisemos cada una de ellas.

La influencia del género en el conocimiento

Aun cuando en el capítulo anterior afirmé que la teoría de género ocupa un lugar destacado en la configuración de la investigación feminista pues, tal como lo expresa Rosi Braidotti, "...la noción de género desafía la pretensión de universalidad y objetividad de los sistemas convencionales de conocimiento y de las normas aceptadas del discurso científico..." (2000: 208), es importante precisar que no hay un concepto normativo del género, pues aunque se reconoce como un elemento básico su alusión a la distinción respecto al sexo y la diferencia sexual²⁵, así como al carácter de construcción social, cultural e histórica que le da contenido, también es cierto que distintas autoras subrayan algunas de sus implicaciones y no otras. Estas distintas connotaciones están en el núcleo de la epistemología feminista, puesto que el género actúa, al mismo tiempo, como concepto creado a partir del desenvolvimiento de ésta y como punto de referencia para las elaboraciones conceptuales subsecuentes. En este sentido, actúa como elemento de inflexión, de articulación y de despliegue para la formación de nuevos conceptos²⁶.

A partir de la profundización en el tema que ofrece Norma Blazquez Graf, se destacan dos niveles de la relación entre género y ciencia. El primero remite a la fuerza del concepto de género como cuestionador de "...la naturalización de la diferencia sexual..." (2008: 111). Es a partir de este cuestionamiento, profundo y deconstructivo, que se ha podido desarrollar una de las características distintivas de la investigación feminista, ya mencionada en el capítulo anterior: su orientación interdisciplinaria. El segundo nivel destaca la relevancia de la introducción de la perspectiva de género en la ciencia, puesto que ésta

²⁵ Conviene destacar que en las apreciaciones que fundamentaron la definición del concepto de género se establecía la diferenciación radical entre éste y el sexo, acuñándose la fórmula género=cultura, sexo=biología, tratando con ello de demarcar claramente los referentes y alcances de cada uno. La complejización del análisis feminista ha traído consigo la necesidad de señalar que esta distinción es artificial, con fines explicativos, pues la evidencia muestra que género y sexo se relacionan de manera dialéctica, se suponen mutuamente y ambos son objeto de elaboraciones de toda índole. Con ello se ha puesto en entredicho la relación de causalidad, el binarismo que entraña la formulación inicial y se han abierto múltiples vías de investigación feminista interdisciplinaria compleja que enfatiza las determinaciones mutuas y el carácter holístico de la conformación de uno y otro.

²⁶ Recomiendo ampliamente la revisión del "Capítulo 5. 'Géneros' para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra", en el que Donna J. Haraway (1995) ofrece un brillante deslinde de posturas, implicaciones y propuestas de feministas que suscriben distintas posturas teóricas, mostrando la complejidad del campo conceptual en el que se ha convertido la discusión sobre el género.

“...ha surgido como herramienta teórica y metodológica que permite plantear una crítica a las áreas del conocimiento tradicionales, mostrando la necesidad de una mayor profundidad en el examen de conceptos y supuestos que todavía existen en los distintos campos del saber. Esta perspectiva no busca únicamente el examen de la población de las mujeres o de la condición femenina para eliminar la subordinación, proporciona, además, una óptica diferente para reconocer la realidad y propone que si el conocimiento se construye, al menos en parte, desde la propia realidad social, es parcial si no toma en consideración las relaciones sociales fundamentales y especialmente las que se reproducen en términos de desigualdad y dominación, como la existente entre los géneros.” (Op. Cit.: 11).

La argumentación recorre, entonces, los caminos por los cuales el género influye en la producción de *conocimiento*, en su acepción particular de *conocimiento científico*²⁷. En su acepción más popular, el conocimiento científico es el resultado de la aplicación rigurosa del método científico, mismo que comprende pasos obligados y subsecuentes para cuyo cumplimiento quien investiga se despoja de todo juicio apriorístico sobre las características del objeto a estudiar con el fin de poder entenderlo en su esencia, sin permitir que haya interferencia subjetiva en su comprensión ni en las conclusiones a las que arribe una vez concluido el proceso.

La epistemología feminista insiste una y otra vez en el carácter falaz de esta separación entre sujeto cognoscente y objeto cognoscible, puesto que, como expuse en el capítulo 1, la investigación en la que se sustenta dicho conocimiento está cargada de sesgos de género que no alcanzan a ser contenidos por el procedimiento aplicado. Esos sesgos están presentes en la selección de temas a investigar, en las decisiones metodológicas, en el desarrollo de la investigación, así como en la interpretación de los datos y la exposición de los hallazgos. En cada uno de ellos, el género actúa como un “filtro cultural” y epistemológico²⁸ que enfatiza la coherencia entre ciencia y sociedad. Esto es, en tanto que la sociedad

²⁷ En este apartado me centraré en exponer cómo el género está presente en el conocimiento científico derivado de perspectivas no feministas. Como se puede apreciar en el índice, dedico el último capítulo de este libro a la reflexión en torno a las particularidades del conocimiento feminista.

²⁸ Esta caracterización es expuesta por Marta Lamas (2003) para enfatizar que la lógica del género no es ajena ni paralela a la lógica social, por lo que es coherente, desde el punto de vista patriarcal, que interfiera en la lógica científica.

está cimentada en la desigualdad generalizada, particularmente de las mujeres respecto a los hombres, y que la ciencia forma parte de la argamasa que sustenta la hegemonía de las élites, no puede esperarse menos que el género contribuya a orientar la percepción y la práctica científica.

La demostración de esta influencia del género en el conocimiento puede hacerse retomando ejemplos de prácticamente todas las áreas científicas y humanísticas. Baste citar algunos de ellos: la caracterización de las mujeres como históricas; la afirmación de que en las sociedades cazadoras recolectoras hay una distinción irreductible entre los hombres como cazadores y las mujeres como recolectoras; la teoría moral de la diferenciación en la toma de decisiones entre unas y otros, o la asociación del óvulo con la parte pasiva y los espermatozoides con los elementos activos en la fecundación²⁹. Ante estas expresiones de la fusión entre prejuicios de género y explicaciones científicas, Sandra Harding hace una afirmación contundente:

“...Si no estamos dispuestos a tratar de contemplar las favorecidas estructuras y prácticas intelectuales de la ciencia como artefactos culturales, en vez de cómo mandamientos sagrados entregados a la humanidad en el nacimiento de la ciencia moderna, será difícil que podamos entender cómo han dejado su huella en los problemas, conceptos, teorías, métodos, interpretaciones, ética, significados y objetivos de la ciencia el simbolismo de género, la estructura social *generizada* de la ciencia y las identidades y conductas masculinas de los científicos individuales.” (1996: 36).

La alternativa que proponen las epistemólogas y filósofas de la ciencia feministas se centra en la crítica de ambos referentes: las concepciones dominantes sobre la ciencia y las teorías de género “inadecuadas”, esto es, aquellas que se traducen en un sexismo invertido que en apariencia actúa a favor de las mujeres. En esa vía, se trata de identificar las distintas formas de generización de la ciencia para revertir la asimetría inherente al supuesto de que ésta se exenta del análisis crítico al que somete a sus objetos de estudio. Por esa

²⁹ Para la argumentación de éstos y otros ejemplos, véase Norma Blazquez Graf (2008), Sandra Harding (1996), Donna J. Haraway (1995), Norma Blazquez Graf y Javier Flores (2005), Ester Massó Guijarro (2004).

razón, el foco de la crítica feminista a la intersección entre género y ciencia se desplaza al desmontaje de la condición generizada del sujeto cognoscente.

La influencia del género en el sujeto cognoscente

La convocatoria que se desprende del punto anterior es reparar en el peso e influencia que tienen las características del sujeto cognoscente en la investigación, poniendo de relieve factores como su formación académica, su orientación teórica, su adscripción de clase o sus preferencias políticas. Las epistemólogas feministas, sin embargo, han subrayado un factor que consideran determinante: la carga valorativa que trae consigo la constitución de quien investiga como sujeto de género.

La existencia generizada del sujeto cognoscente orienta sus acciones. Esto es, la condición de género de quien investiga se convierte en el bagaje cultural y político desde el cual transmite una concepción del mundo, asociada a una posición social que le ha permitido acceder con mayor o menor dificultad al ámbito de la actividad científica. Por añadidura, esa condición le otorga significación al lugar que ocupa dentro de la estructura laboral institucional, su acceso a recursos para la investigación y a posiciones de dirección-reconocimiento-jerarquía, tanto al interior de la institución en la que trabaja como en la comunidad académica a la cual pertenece.

Las implicaciones de esa condición de género son muchas. La literatura especializada nos presenta las dificultades que debieron sortear las primeras científicas para acceder, primero a los estudios universitarios, después a los espacios institucionalizados de investigación. Nos ilustran también respecto al arduo camino que han debido recorrer para ampliar su presencia en el desempeño profesional, así como para obtener el reconocimiento a sus contribuciones. Como un flujo de continuidad, en estos estudios se define esta situación diferenciada en términos de *segregación* institucional de las mujeres, misma que obedece a la que Marta I. González García y Eulalia Pérez Sedeño llaman una

“...norma doble: la mujer es admitida en la actividad científica prácticamente como igual hasta que dicha actividad se institucionaliza y profesionaliza; y el papel de

una mujer en una determinada actividad científica es inversamente proporcional al prestigio de esa actividad (según el prestigio de una actividad aumenta, disminuye el papel de la mujer en ella).” (2002: 7)

La reflexión profunda sobre esa segregación requiere desmontar la acepción del sujeto cognoscente como una abstracción que pasa, de manera simbólica, por el encadenamiento de todas las tendencias a la universalización con el androcentrismo y el sexismo que sustentan la identificación de la ciencia con el pensamiento masculino y del científico con el hombre que lo ejerce. Las epistemólogas feministas, por el contrario, sostienen que el sujeto cognoscente es concreto e histórico, contando con un referente de constitución primario que es el cuerpo y el conjunto de experiencias que se desprenden de él, atravesándolo debido a la desigualdad de poderes que da sentido a posiciones sociales segregadas y jerárquicas a las cuales la organización científica no es ajena.

En las consideraciones sobre el sujeto cognoscente generizado hay un campo fértil para el desarrollo de posturas constructivistas enfrentadas a posiciones esencialistas. En la crítica amplia que supone este campo, se descentra la acepción de la subjetividad como síntesis de ideologías de género que “hacen” a las mujeres y a los hombres con una perspectiva identitaria fija. Se plantea, en cambio, una acepción del género que incluye la organización genérica del mundo, las relaciones inter e intragenéricas, las orientaciones de género de las instituciones y su carácter de ordenador social de poder. En esa medida, destacan que el conocimiento lleva la impronta de ser el resultado de las actividades científicas llevadas a cabo por hombres o mujeres circunstanciados por su condición, situación y posición de género.

La influencia del género en las prácticas de investigación, indagación y justificación

Si el sujeto cognoscente es simultáneamente un sujeto generizado, es comprensible que su desempeño en el conjunto de procedimientos que supone la investigación estén sesgados por su situación específica. Ejerciendo el recurso

epistemológico de la sospecha³⁰, pueden estudiarse estos sesgos tanto en las preguntas de investigación y en las hipótesis, como en los elementos que parecerían más ajenos a la subjetividad, como son la elección de métodos de investigación, la clasificación de la información, la selección de los datos que se utilizan como soporte probatorio y, por supuesto, las interpretaciones que el sujeto cognoscente generizado deriva de la puesta en relación de la elaboración conceptual con los hallazgos.

El método para probar la presencia de estos sesgos de género en la investigación de corte androcéntrico está provista por la propia ciencia, cuando se logra demostrar que, siguiendo los mismos pasos metodológicos desde una situación de género distinta, hombres y mujeres pueden llegar a conclusiones divergentes sobre el mismo fenómeno.

Investigadoras feministas con distintos entrenamientos disciplinares han abonado el campo de estas comprobaciones. Para el caso de la antropología, por ejemplo, Carmen Gregorio Gil (2006) describe con amplitud la tendencia prevaleciente hasta hace muy poco tiempo a que los etnógrafos entrevistaran sólo a hombres y, a partir de sus respuestas, recrearan el complejo cultural en el que se desenvolvían. Formando parte de una organización genérica del trabajo de investigación, muchos de los etnógrafos considerados “clásicos” se hicieron acompañar por sus esposas para que ellas entraran al mundo de las mujeres, sin que esta información se considerara relevante. Muchos de los supuestos más firmes de la disciplina, como la regularidad de la división sexual del trabajo que asigna la producción a los hombres y la reproducción a las mujeres, de la escisión entre los espacios público y privado, o de la participación de los hombres en las estructuras de prestigio con exclusión de las mujeres, fueron contradichos por los hallazgos de las etnógrafas que se propusieron, de manera deliberada, estudiar la experiencia de las mujeres, incluso dentro de los mismos grupos que fueron

³⁰ Teresa del Valle vindica “...a la sospecha como contribución desde la antropología feminista, {que} se desarrolla en la tarea del feminismo de desentrañar las falacias de los discursos naturalistas, de las argumentaciones excluyentes y actuar como conciencia crítica para resaltar las tensiones y contradicciones inherentes a dichos discursos...” (2002: 18).

estudiados por sus colegas hombres. Sus conclusiones aportaron conocimientos novedosos basados en sacar a la luz la soterrada vida de las mujeres.

En otras áreas de conocimiento se han aportado pruebas análogas de las distorsiones introducidas por los sesgos de género. Quizás el problema paradigmático al respecto sea la asignación a la diferencia sexual de un carácter heurístico que ha sido acogido por la ciencia desde sus inicios hasta la fecha. El objetivo central ha sido demostrar que esa diferencia es la base de la inferioridad e incapacidad “natural” de las mujeres. A esa demostración han contribuido la historia, la biología, la psiquiatría, las neurociencias, la filosofía, las ciencias sociales, las matemáticas o la química. Las interpretaciones han recorrido el amplio abanico de la teoría de los humores, la nefrología, la lateralización cerebral, la teoría moral, la teoría política, el análisis del trabajo o las teorías reproductivas.

Ante ello, ¿cuál es la propuesta feminista? De nueva cuenta recurro a Norma Blazquez Graf para explicitarla:

“...La crítica feminista a la ciencia se interesa por descubrir y defender la viabilidad de las teorías no sexistas alternativas sobre los fenómenos en cuestión. Cuando operan de este modo, las críticas no señalan que las teorías sexistas y androcéntricas sean falsas, sino que no se han probado, debido a que hasta el momento del desarrollo de la evidencia, existen rivales legítimas o al menos igualmente viables. Para tener claro el papel cognitivo que tienen los sesgos de género, es útil la evaluación de la relación entre la evidencia disponible sobre la hipótesis de estudio, es decir, si la evidencia tiende a confirmarla o no, así como la comparación de la teoría del proyecto con teorías rivales en términos de su adecuación empírica y de otros valores epistémicos.” (2008: 102).

Como se puede apreciar, la propuesta es confrontar procedimientos e interpretaciones sesgadas con los propios parámetros de los que derivan. Ésta es una de las posibilidades vislumbradas por las estudiosas del tema; sin embargo, como veremos más adelante, las epistemólogas feministas advierten otras vías para develar esos sesgos y, al mismo tiempo, conocer de otra manera.

La crítica a la objetividad

La piedra de toque de la crítica feminista a la epistemología convencional es el énfasis que ésta pone en la *objetividad* como criterio de cientificidad. Como señalé antes, en ella se deposita buena parte de la calificación de un conocimiento como científico, en tanto supone la clara separación entre sujeto y objeto. Entre ambos se presume una relación unidireccional en la que hay un solo sujeto cognoscente (quien investiga), que actúa sobre un objeto por conocer. Desde la perspectiva feminista, esta relación se cuestiona y replantea³¹: en el campo de las ciencias sociales y las humanidades, se afirma que la investigación se convierte en el espacio de una relación dialógica entre sujetos que simultáneamente son sujetos de conocimiento, sujetos sociales y sujetos generizados, cuya responsabilidad, posición y participación en el proceso es diferente. En lo que respecta a las ciencias exactas, experimentales y de la vida, se propone reconocer que el objeto es siempre cambiante, por lo que el sujeto cognoscente debe mostrar su disposición a dejarse interpelar por el carácter escurridizo y mutable de la entidad que pretende conocer.

La noción positivista de la objetividad está dotada del precepto de *neutralidad valorativa*, entendida a su vez como la característica central de la actitud científica. Las filósofas de la ciencia feministas han reflexionado profundamente en torno a esta asunción. Así, Eulalia Pérez Sedeño aclara que la acepción de neutralidad valorativa involucra la distinción entre distintos tipos de valores: objetivos, cognitivos o constitutivos, y subjetivos, no cognitivos o contextuales. La crítica a estos supuestos afecta su distinción "...pues hace hincapié en el carácter social de los valores epistémicos, a la vez que presenta la posibilidad de identificar ciertos aspectos cognitivos en algunos no epistémicos." (2005: 565). De esta suerte, se va evidenciando que en la investigación intervienen todos esos valores, sea de forma explícita o implícita.

Para esta autora, la riqueza contemporánea de la ciencia no radica en el control de los valores objetivos y la ponderación de los subjetivos, sino en la ampliación de los valores que se hacen intervenir en la investigación. Es decir,

³¹ Vale la pena reparar en que la epistemología feminista hace clara sintonía en este punto con las epistemologías deconstructivistas que también critican este supuesto positivista, aunque sin centrar su análisis en el carácter generizado del proceso.

“...cuanta mayor variedad de valores intervengan, podremos obtener mejor conocimiento allá donde se produzca su intersección...” (Op. Cit.: 568).

Sin embargo, resulta imprescindible traer a colación la alerta que nos ofrece Margrit Eichler en cuanto a que no existe consenso entre las investigadoras feministas respecto a qué es la objetividad. La autora señala, en primer lugar, que el concepto de objetividad remite, por lo menos, a dos contrapartes: la subjetividad y los sesgos. Además, se le atribuyen distintos significados: neutralidad valorativa; negación de la subjetividad tanto de quien conoce como de lo conocido; objetivación del sujeto de investigación derivada de la separación entre quien investiga y el investigado; medio de control patriarcal; la asunción de que hay un mundo social externo a la conciencia de los individuos que puede ser observado; la remoción de los puntos de vista del investigador respecto al proceso de investigación de tal forma que los resultados no estén sesgados por su subjetividad; separación emocional; métodos cuantitativos; la imposición de una relación jerárquica en la díada investigador-investigado; descontextualización (1997: 14. Traducción libre).

A pesar de esta polisemia, Margrit Eichler identifica una regularidad: cualquiera que sea la acepción de objetividad, la mayoría de las autoras la identifica como opuesta al énfasis de la investigación feminista en la subjetividad, asumiendo como un rasgo característico de este punto de vista la elaboración de alternativas respecto a lo que se piensa como una evidencia de la perspectiva epistemológica dominante, orientada por el *statu quo*. Ahora bien, también hay autoras que no aceptan esta noción y conciben que objetividad y subjetividad no son perspectivas opuestas sino formas distintas de conocimiento que invitan a la reconceptualización de la primera a través de su radicalización, pasando, como señala Sandra Harding, de una objetividad “débil” a una “fuerte”, basada en la reflexividad:

“...las creencias y comportamientos del investigador forman parte de la evidencia empírica a favor (o en contra) de los argumentos que sustentan las conclusiones de la investigación. Y esta evidencia tiene que ser expuesta al análisis crítico tanto como debe serlo el conjunto de datos que suele definirse como evidencia relevante. La introducción de este elemento ‘subjetivo’ al análisis incrementa de

hecho la objetividad de la investigación, al tiempo que disminuye el 'objetivismo' que tiende a ocultar este tipo de evidencia al público. Esta forma de relación entre el investigador y el objeto de investigación suele denominarse como la 'reflexividad de la ciencia social'. Yo me refiero a ella en este texto como un nuevo objeto de investigación con el fin de subrayar la fuerza inédita (inusual) de esta recomendación en torno a la reflexividad (*reflexivity recommendation*)..." (1998b: 26).

En estas consideraciones se plantea un desplazamiento de la garantía de objetividad centrada en la distancia de quien investiga (en la que descansa lo que Sandra Harding llama "objetivismo"), a la reubicación del sujeto cognoscente en relación con la investigación y el objeto de estudio:

"Los mejores estudios feministas trascienden estas innovaciones en la definición del objeto de estudio de una manera definitiva: insisten en que la investigadora o el investigador se coloque en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio, recuperando de esta manera el proceso entero de investigación para analizarlo junto con los resultados de la misma... Así, la investigadora o el investigador se nos presentan no como la voz invisible y anónima de la autoridad, sino como la de un individuo real, histórico, con deseos e intereses particulares y específicos." (Sandra Harding, 1998b: 25)

Helen Longino, en cambio, deposita la responsabilidad de la objetividad en la comunidad científica, más que en los individuos que realizan la investigación de manera independiente. Desde su perspectiva, la objetividad es, de hecho, "propiedad" de la comunidad científica, íntimamente ligada a las condiciones sociales en las que se realiza la investigación, de tal suerte que se establecen relaciones de intersubjetividad a través de las cuales se verifican las observaciones y se establece consenso en torno a éstas y a las posibles inferencias que se expresen en ellas como remanentes de las preferencias de quien investiga, quedando sujetas al escrutinio crítico de la comunidad científica:

"...La objetividad es, entonces, el resultado del empiricismo contextual y requiere la satisfacción de al menos cuatro criterios para que sea posible:

"1. Caminos reconocidos para el criticismo...

"2. Respuesta de la comunidad...

"3. Estándares compartidos...

“4. Equidad en la autoridad intelectual...” (Helen Longino, citada por Margrit Eichler, 1997: 16-17)

Eulalia Pérez Sedeño comparte esta apreciación sobre la objetividad, a la luz de las evidencias respecto a que la perspectiva del sujeto cognoscente afecta el abordaje de la investigación y sus resultados. Pero también remite a ella para delimitar otra de las tendencias que, en la crítica a la objetividad positivista, han optado por el relativismo, negando con ello de manera absoluta la posibilidad de elaborar un conocimiento que no sea subjetivo.

El eje articulador de las posiciones de Helen Longino y Eulalia Pérez Sedeño es la vindicación de las relaciones intersubjetivas como expresión de las condiciones sociales en que se realiza la investigación contemporánea, cuya potencia radica en el consenso y no en la hegemonía de un punto de vista sobre otros. Estas relaciones introducen el reconocimiento de la diversidad como otra de las líneas de coherencia entre la vida social y la vida científica, es decir, si en el mundo contemporáneo, marcado por los flujos, la movilidad, la globalización y el multiculturalismo, han eclosionado sujetos marcados por la más amplia diversidad, ¿por qué no habrían de interactuar sujetos semejantes en la producción de conocimiento? Tanto política como profesionalmente, la imagen monolítica del investigador-científico-hombre-blanco-clase media o alta se ha venido desmoronando para dar paso al reconocimiento de la pluralidad de elementos constitutivos de los sujetos cognoscentes, las mujeres incluidas. Así, la ciencia por la que pugna la epistemología feminista es amplia, plural, diversa, crítica e igualitaria:

“...La objetividad viene dada por la práctica de la comunidad, de la cual forma parte, precisamente, la crítica intersubjetiva, que debe evaluar los supuestos implícitos en las observaciones, en los razonamientos, en la consideración de plausibilidad de cierta hipótesis y no otra o en la consideración de que ciertos métodos, y no otros son los adecuados para resolver ciertos problemas (teniendo en cuenta que la influencia de valores externos o contextuales a veces distorsiona la actividad científica y a veces no).

“Para ello nuestra ciencia debe ser sensible a contexto y a los sesgos culturales en el trabajo científico, debe estar alerta ante el antropomorfismo y el etnocentrismo.

Tiene que respetar la naturaleza y desarrollar una ética de la cooperación con ella, a la par que tiene que alejarse del reduccionismo. Sólo así se logrará una comunidad científica diversa, accesible e igualitaria que efectúe sin trabas la crítica intersubjetiva que nos proporcione un conocimiento fiable. Si queremos descubrir esos supuestos deberemos contar con tantos puntos de vista como sea posible y la ciencia occidental no puede lograr esta interacción completa, no puede lograr esa 'objetividad', si deja de lado a la mitad de la humanidad." (Eulalia Pérez Sedeño, 2005: 574).

Dadas estas características, la epistemología feminista enfrenta varios retos importantes que se centran en el cumplimiento de los compromisos que se derivan de cada una de ellas. Sin embargo, destaca como un reto fundamental su consolidación como una opción reconocida en el campo científico, así como su inclusión en diferentes campos de conocimiento. A partir de aquí se abre un conjunto de posibilidades dirigidas a enfatizar el lugar que las propias investigadoras asignan al feminismo, sea como un campo conceptual interdisciplinar a partir del cual se pueden desarrollar enfoques disciplinarios (por ejemplo, feminismo filosófico, feminismo antropológico, etc.); incidir en cada disciplina o campo de conocimiento particular incorporando a la investigación la perspectiva de género; o bien desarrollar especializaciones feministas dentro de cada una/uno de ellos (historia feminista, biología feminista, etc.). No planteo que debamos elegir entre alguna de ellas, pues ello sería contrario a reconocer la influencia del contexto en la investigación feminista. Por el contrario, asumo que podemos desarrollar estas perspectivas y las que se vayan formulando en el camino, en respuesta tanto a la dinámica científica como a los cambios sociales y, sobre todo, en atención a contribuir a generar los conocimientos "que las mujeres quieren y necesitan".

Tendencias teóricas en la epistemología feminista

Ahora es el momento de señalar que la epistemología feminista es un campo conceptual en elaboración en el cual se han desarrollado varias perspectivas teóricas. Entre las especialistas hay cierto acuerdo en reconocer al menos tres

grandes tendencias cuyos puntos de distinción están dados por la forma como plantean la relación entre mujeres y ciencia.

Para adentrarnos en estas tendencias, conviene abordar una de las propuestas centrales que sirve de punto de referencia para todas ellas: el valor epistemológico que otorgan a la *experiencia de las mujeres*. Carmé Adán establece una analogía entre este concepto y el de género, pues ambos tienen como cualidades que son difíciles de definir, devienen inestables y no remiten a referentes fijos ni esenciales (sea en sentido biológico, sea en sentido cultural). Además,

“...No describe una realidad sociológica sino que da forma a las vivencias personales de una multiplicidad de sujetos buscando puntos de contacto. Es una narrativa, de carácter semiótico y corporal, que instancia al género. Esto es, sitúa en un punto espacial y temporal la función género. Pero, al mismo tiempo que concreta, también tiene un efecto multiplicador porque en el espacio donde se configura el género se da un proceso de interrelación del género con otras muchas variables –clase, raza, naturaleza- que supera la unidireccionalidad de una única variable...” (2006: 242).

Este carácter polimorfo permite hacer de la experiencia una posibilidad heurística dada su inesencialidad y su inevitable referente en la subjetividad, recreada por las propias mujeres o por otros sujetos. La particularidad que resulta especialmente cara al feminismo es su carácter *situado*, es decir, ser experiencia de las mujeres. Esta *experiencia genérica situada* permite los tránsitos y las confluencias entre lo personal y lo colectivo, entre el yo y otras como yo, sin perder de vista que en sus expresiones concretas se articula, también, el sustrato común que permite hablar de ella en singular: la dominación de las mujeres. Volvamos a nuestra autora para explicitar esta relación entre experiencia y género:

“...La experiencia de las mujeres y el género no son dos conceptos contrapuestos, sino que están de algún modo subsumidos uno en el otro y tienen una relación de significación recíproca. Si el género opera como una función, la experiencia es una forma de instanciación de esta función. Sin embargo, aunque, hablando en estos términos, el género es más general que la experiencia, ésta goza de un estatuto más amplio porque explica lo que es ser mujer cuando el género intersecciona con

toda la multiplicidad de variables en una geografía social concreta. La experiencia es una simplificación del género, de ahí su situacionalidad...” (Carmé Adán, 2006: 251).

La experiencia deviene, así, en un constructo teórico, cuyo estatuto epistemológico es motivo de reflexión para las tendencias que describo a continuación.

La teoría del punto de vista feminista o standpoint. Buena parte de las afirmaciones que he planteado a lo largo de este capítulo fueron expuestas por autoras que contribuyeron a delimitar esta perspectiva crítica respecto a la epistemología convencional, como Nancy Hartsock, Evelyn Fox Keller y Sandra Harding³². Su propuesta es deconstructiva de esa forma de plantear las cualidades de la ciencia y los requisitos para que un conocimiento se considere científico. En esa tesitura, cuestionan la objetividad y la neutralidad, la separación sujeto-objeto, y vindican el privilegio epistémico que tienen las mujeres para comprender una realidad que las ha negado e invisibilizado. Proponen que las mujeres están situadas en posiciones que les permiten tener una mejor perspectiva o punto de vista en el proceso de crear conocimientos libres de valores androcéntricos y sexistas, caracterizándolas como sujetas condicionadas por el entorno social, sujetas cuyas experiencias son portadoras de valores epistémicos. Asimismo, plantean que las mujeres tienen estilos cognitivos propios:

“El estilo cognitivo masculino es abstracto, teórico, distante emocionalmente, analítico, deductivo, cuantitativo, atomista y orientado hacia valores de control y dominación. El estilo cognitivo femenino es concreto, práctico, comprometido emocionalmente, sintético, intuitivo, cualitativo, relacional y orientado hacia valores de cuidado. Estos estilos cognitivos se refuerzan a través de los distintos tipos de labores asignadas a hombres y mujeres. Los hombres tienen el monopolio de las ciencias teóricas, la guerra y las posiciones del poder político y económico que llaman a la distancia y el control. En este sentido, se propone que el estilo

³² La obra de las autoras más representativas de cada una de estas tendencias es muy amplia. En este libro me restrinjo a citar sólo sus textos más importantes, invitando a quienes lo lean a que profundicen en el conocimiento de la bibliografía tomando como guía inmediata los libros de Carmé Adán (2006) y Norma Blazquez Graf (2008) que aquí cito de manera recurrente.

cognoscitivo femenino puede superar las dicotomías entre el sujeto y el objeto de conocimiento, porque la ética del cuidado es más fuerte que la ética de la dominación.” (Norma Blazquez Graf, 2008: 113-114).

Esta tendencia considera que las mujeres poseen un *privilegio epistémico* debido a su posición de subordinación, lo que les permite comportarse al mismo tiempo como “propias” y “extrañas” (“insiders” y “outsiders” para las autoras de habla inglesa) respecto a los grupos a los que pertenecen y a aquéllos que las dominan. En ese sentido, son capaces de tener de una “doble mirada”, una “mirada dual” o una “doble visión” de todo aquello que las afecta:

“...la epistemología del punto de vista inicia con la idea de que los miembros menos poderosos de la sociedad tienen el potencial para desarrollar una visión de la realidad social más completa que otros, precisamente debido a su posición desventajosa. Esto es, con el fin de sobrevivir (social y en ocasiones hasta físicamente), las personas subordinadas tienden a estar atentas o a armonizar la perspectiva de la clase dominante (por ejemplo, blanca, masculina, rica) con la propia. Esta actitud vigilante les da el potencial para lo que Annas (...) llamó la “doble visión”, o doble conciencia –conocimiento, vigilancia de, y sensibilidad hacia ambas perspectivas, {es decir}, la visión del mundo dominante en la sociedad y la de su propia minoría (por ejemplo, femenina, negra, pobre)...” (Joyce MacCarl Nielsen, 1990: 10. Traducción libre).

En pocas palabras: las mujeres, debido a su posición de subordinación, han debido aprender a manejar su propia cultura y la dominante, incluyendo la de los hombres que las dominan dentro de su propio grupo, mientras que quienes ejercen dominación sobre ellas sólo requieren conocer su propia cultura. La experiencia de las mujeres estaría marcada, pues, por esta doble mirada, misma que las potencia a tener visiones del mundo más amplias, e incluso más complejas pues ven a lo dominante desde los márgenes.

Las autoras del punto de vista feminista destacan por conducir la atención hacia esa experiencia de las mujeres en tanto que ámbito a partir del cual producir conocimientos, así como por ocuparse de forma decidida por la conceptualización de la marginalidad en tanto que referente socioconceptual que permite explicar una parte sustantiva de dicha experiencia. Con base en la comprensión de la

marginalidad, proponen un giro epistemológico decisivo: recolocar a las mujeres, trasladándolas de la periferia al centro de la investigación científica. Así, su fuerza en términos de producción de conocimiento radica, en buena medida, en llevar este principio a la epistemología, dando lugar a la que Joyce MacCarl Nielsen llama “epistemología del punto de vista” (1990: 10).

Por otra parte, es útil referir que las autoras de esta tendencia suelen optar por elaboraciones teóricas fundamentalmente constructivistas, al tiempo que en la relación entre ciencia y política buscan dar fuerza al argumento del carácter político de la primera, llamando a luchar por asentar condiciones democráticas tanto en el ámbito académico como en el social. De esa manera, el conocimiento será, además de esclarecedor, liberador.

Desde esta perspectiva, me remito a la síntesis que presenta Carmé Adán sobre las ideas de Sandra Harding, en particular porque ésta precisa que el feminismo no es un correctivo o una corriente de pensamiento escéptica respecto a la ciencia; su alcance excede estos acercamientos pues “...lo que posibilita es un cambio de marco conceptual que permite formular nuevas cuestiones sobre el conocimiento...” (Carmé Adán, 2006: 134).

La teoría del punto de vista feminista no ha estado exenta de cuestionamientos pues, como se puede colegir, lleva consigo el riesgo latente de re-esencializar a las mujeres, atribuyéndoles cualidades de género positivas, de contraste y oposición con las cualidades negativas de que se hace depositarios a los hombres. En su versión más extrema, aunque no se sostiene en las apreciaciones de sus principales autoras, puede conducir a prácticas sexistas inversas que, lejos de contribuir a la construcción de la equidad en el ámbito científico, devenga en un “mujerismo” que actúe en detrimento de las propias mujeres. Sin embargo, es justo precisar que con el paso de los años sus autoras han incorporado ideas de otras tendencias, particularmente del posmodernismo feminista, para pasar a reconocer la pluralidad de experiencias de las mujeres y, por lo tanto, concebir que se trata de experiencias situadas más allá del género.

Haciendo un balance del carácter pionero de las reflexiones de esta tendencia, mismas que sirvieron para asentar la epistemología feminista como un campo teórico-filosófico innovador, conviene

“...reconocerle el mérito de haber sido capaz de ofrecer una expresión teórica para las reivindicaciones de los movimientos de mujeres. De esta forma, nociones como la necesaria visibilidad de las mujeres, la revisión histórica de los saberes y prácticas olvidadas, la reconceptualización de lo femenino y su expresión social, o la crítica al concepto de producción y la consiguiente revalorización de la reproducción son, entre otras, el resultado de todo un esfuerzo analítico y de acción política de los feminismos contemporáneos. El punto de vista feminista, empleado como una poderosa lente para amplificar imágenes difusas, ha sido desarrollado con éxito notable en las revisiones históricas de la presencia y participación de las mujeres en la ciencia.” (Carmé Adán, 2006: 158).

El posmodernismo feminista. La crítica al privilegio epistémico de las mujeres abrió paso a otra tendencia dentro de la epistemología feminista: la influenciada por el posmodernismo y el posestructuralismo. Las representantes de esta tendencia refutan el concepto “mujer” para vindicar la pluralidad de las “mujeres”, la cual lleva consigo una pluralidad de perspectivas, misma que se convierte en un ámbito epistémico fundamental pues permite disociar la relación naturalizada entre sujeto y perspectiva que persiste en la teoría del punto de vista feminista. Sin embargo, es necesario focalizar que esa pluralidad dimana de una orientación observable en las sociedades contemporáneas desarrolladas: la definición de los sujetos por sus identidades fragmentadas. Desde esas consideraciones, sus autoras ofrecen como nociones básicas las de sujetos situados (a diferencia de la noción de condicionamiento que ofrecía la teoría del punto de vista feminista) que producen conocimientos situados, la de deconstrucción y la de *cyborg*. Estos términos quizás sean los más claramente asociados con esta tendencia, así como su creadora, Donna J. Haraway.

Dentro de esta corriente destaca también Judith Butler, quien problematiza la asociación que se ha hecho de los conceptos mujer, género e identidad, al tiempo que cuestiona la validez de colocar a las mujeres como el sujeto del

feminismo. Desde su perspectiva, la clave epistémica se encuentra, más que en la deconstrucción, en la *resignificación* de las identidades (en plural) y la política, poniendo el acento en el discurso, la actuación (o performatividad) y la agencia. En palabras de Carmé Adán, "...Butler aboga por una proliferación de identidades subversivas a modo de práctica política..." (2006: 210).

Sin embargo, la autora que se coloca a sí misma como posmoderna y desde ahí ejerce una crítica radical a la epistemología en su conjunto, incluidas la convencional y la feminista, es Susan Hekman, quien afirma:

"...Una epistemología que define a las mujeres como no completamente racionales, morales o incluso humanas no puede ser simplemente parcheada para dar a las mujeres un nuevo status. Debe ser rechazada rotundamente." (Susan Hekman, citada por Carmé Adán, 2006: 216).

Sobre el posmodernismo feminista se extiende la alerta por su proclividad a dar pie a planteamientos relativistas. En sus posturas más radicales, termina no sólo por despersonalizar a las mujeres en la búsqueda de mostrar su pluralidad sino que, incluso, retira su atención del propio sujeto cognoscente –cualquiera que sea su género- para reparar en el discurso, su deconstrucción y resignificación, aislándole del entorno social y, en consecuencia, de la posibilidad política proactiva.

Por otra parte, es interesante hacer notar que en la crítica a esta tendencia se explicita la línea de discusión contemporánea más fuerte dentro y fuera de la teoría feminista: la de la tensión entre objetivistas y relativistas que, a decir de Joyce MacCarl Nielsen (1990) ha desplazado el énfasis en la oposición entre objetividad y subjetividad. Esta discusión es particularmente álgida en lo que toca a la pretendida "desaparición del sujeto" en la posmodernidad puesto que, a decir de Celia Amorós (1996, 2005), afirmarla desprovee de propósito al feminismo dado que el sujeto de éste ni siquiera ha terminado de constituirse como tal.

El empirismo feminista. Esta tendencia se distingue por negar la idea del privilegio epistémico otorgado a las mujeres, así como por dudar respecto a la afirmación de que la ciencia y el método científico tienen una orientación masculina. Para sus representantes, los posicionamientos de los sujetos

cognoscentes son los que introducen sesgos en la actividad científica y sus resultados, por lo que se genera la “buena” y la “mala” ciencia. Esto es, la primera es el resultado del rigor en la investigación, mientras que la segunda se produce cuando los sesgos se anteponen al procedimiento. De esta manera, asumen que la crítica feminista ha aportado evidencias notables para detectar los sesgos de género en la ciencia, así como alternativas conceptuales para dirigir las interpretaciones de forma más objetiva.

Con esas ideas en mente, los postulados básicos de esta tendencia son: a) las mujeres y los hombres pueden hacer “buena” ciencia si adoptan las propuestas feministas para eliminar los sesgos de género en la investigación; b) el sujeto cognoscente puede ser un individuo, una red de individuos o una comunidad científica; c) la objetividad no es un fin irrenunciable. Por el contrario, se la puede garantizar si la investigación se somete al escrutinio riguroso de la comunidad científica. Las figuras más destacadas de esta perspectiva son Lynn H. Nelson (1990) y Helen Longino (1990), quien sostiene, como expuse antes, la idea de que la ciencia es producto de las comunidades científicas. Ambas autoras coinciden, además, en considerar al conocimiento científico como una práctica social.

El empirismo feminista presta especial atención al sujeto cognoscente, mismo que es reconfigurado en relación con el sujeto de la ciencia positivista, toda vez que se asume que la ciencia y el conocimiento son producciones sociales arraigadas en el consenso subjetivo de las comunidades científicas. En este esquema, se pondera la experiencia, se revisan los valores, se remite la objetividad a la colectividad y, sobre todo, se asume que ésta “...es una minimización de las preferencias individuales mediante la crítica social...” (Carmé Adán, 2006: 65).

Asimismo, en esta tendencia se plantea que la ciencia no tiene por qué ser feminista, sino que el viraje epistémico radica en hacer ciencia como feministas. Desde ese posicionamiento puede ejercerse la crítica hacia otras posturas, pero también se puede tejer un contexto en el que se valora la científicidad de los enfoques, procedimientos y resultados de las “buenas” investigaciones. Así, la teoría feminista actúa como un “correctivo” de la “mala” ciencia.

Para esta posibilidad, tanto Helen Longino como Lynn H. Nelson hacen una puntualización de la mayor relevancia: en la discusión sobre la objetividad, no se trata de eliminar los valores sino, por el contrario, de ponderarlos pues éstos no determinan, por sí mismos, que haya “buena” o “mala” ciencia. El problema a enfrentar, de acuerdo con ellas, es considerar que la neutralidad es un valor que se sostiene desde posturas políticas que no se corresponden con intereses epistemológicos o metodológicos en sentido estricto.

Entre las críticas que se han formulado a esta tendencia destaca que en ocasiones es considerada una forma de transigir ante el modelo hegemónico de ciencia al no desmontar sus procedimientos más preciados, sino resignificarlos. En esta lógica, se les reclama dejar prácticamente intacto uno de los conceptos que amalgama ese modelo, íntimamente relacionado con la objetividad pero sobre el cual no hacen mayores elaboraciones: el concepto de verdad. Sin embargo, como bien señala Carmé Adán, la discusión de este concepto es una de las tareas pendientes para las epistemólogas y filósofas feministas de la ciencia.

Las orientaciones de las tres tendencias aquí descritas parecieran establecer fronteras más o menos claras entre ellas. Sin embargo, la dinámica de los últimos años prueba que esto no es así. Lejos de pertrecharse en sus posturas, las autoras se han mostrado flexibles para modificar sus puntos de vista, enriquecerlos con las aportaciones de quienes en principio se destacaban en una tendencia distinta a la propia, además de que nuevas voces se han incorporado a este campo de estudio. En ese sentido, son notables las aportaciones de las feministas de los países periféricos, cuyos planteamientos han aludido al resquebrajamiento de los sesgos euronorteamericanocentristas, confrontándolos con sus concepciones sobre el conocimiento, la democracia en la investigación y las particularidades locales o regionales que reviste la alianza entre el feminismo académico, el feminismo como movimiento social y el feminismo político.

Sandra Harding ha apuntado en ambas direcciones. En primer lugar, caracterizó a las tres tendencias como “epistemologías transicionales”, en el entendido de que mantienen una tensión constante entre sí y con la ciencia, particularmente entre el empirismo feminista y el punto de vista feminista.

Enseguida, señala que ese carácter transicional tiene que ver también con que están ancladas en culturas que son en sí mismas transicionales, lo que genera dificultades para que prevalezca un solo punto de vista abarcador tanto de los procesos de permanencia como de las direcciones del cambio a las que alude el concepto mismo de transición (1987: 186-187). En segundo lugar, muestra que la ampliación de la definición de ciencia responde a la convergencia de tres líneas de análisis sobre la ciencia y la tecnología: los estudios postkuhnnianos, los estudios postcoloniales y los estudios feministas. Esta convergencia genera en campo epistemológico con mayores exigencias en torno a la objetividad, la dilucidación del binomio poder-conocimiento y el cuestionamiento a las definiciones universales a la luz de la ampliación de lo que se sabe en torno a los conocimientos locales, campo en el cual convoca a desarrollar una posición “estratégicamente reflexiva” (1998a: 188-194).

Siguiendo en esta misma dirección, podemos afirmar que la investigación feminista se ha venido constituyendo en una perspectiva paradigmática de la ruptura con la ciencia convencional, pero que en su interior es aparadigmática, precisamente por esa búsqueda incesante de explicaciones complejas que propician la convergencia de puntos de vista, aún cuando entre ellos haya tensiones y contradicciones.

Feminismo y conocimiento. De la experiencia de las mujeres al cibernético, de Carmé Adán. Un ejemplo de revisión crítica de la epistemología feminista.

El libro al que ahora me remito, después de haberlo citado en varias ocasiones, es un estudio profundo y detallado de las reflexiones que ha suscitado entre las teóricas feministas la cuestión de la ciencia. Su autora, Carmé Adán, ofrece una revisión exhaustiva de las autoras más destacadas en la conformación de la epistemología feminista. Ésta forma parte de un campo de estudio más amplio, el de ciencia y género.

Carmé Adán ensaya varias formas de organización de la vasta información que ofrece a lo largo del libro. Considera la coordenada cronológica para ubicar los inicios de elaboraciones sobre ese campo en las décadas de 1960 y 1970, en

la cual identifica el énfasis en la develación del androcentrismo en la ciencia, para señalar el viraje de esta preocupación a la relativa al papel de las mujeres como sujetos cognoscentes propia de las décadas de 1980 y 1990. Así, las constataciones se trasladan de la ausencia de las mujeres en la ciencia a la forma como están insertas en ella. Este movimiento es teórico y social, puesto que responde al análisis amplio de distintos momentos de incorporación de las mujeres a las actividades científicas. Con ese contexto, se ha perfilado otra línea de indagación que se remite específicamente al análisis de la relación entre género, ciencia y tecnología. De esta manera, en unas cuantas décadas, las feministas académicas han contribuido a la modificación de los modelos hegemónicos de investigación, iluminando áreas que habían permanecido impermeables al cuestionamiento.

La autora también asume la coordenada de la confluencia de mujeres científicas y feministas en la conformación de este campo de estudio particular:

“..., conviene recordar que los orígenes de la crítica feminista dirigida a la ciencia la realizan básicamente mujeres científicas comprometidas con el feminismo. A medida que se consolida un campo propio de análisis feminista para el conocimiento científico, también se va entablando una comunicación –un tanto unidireccional pero cada vez más fluida- entre la teoría feminista y los discursos que tradicionalmente son responsables de este tipo de análisis de carácter filosófico o sociológico y no exclusivamente realizados por mujeres científicas. Este cruce de miradas tiene por resultado la *epistemología feminista*...” (2006: 40-41).

Una coordenada más, que es la que finalmente le permite organizar el libro en su conjunto, es la de los posicionamientos internos a la epistemología feminista derivados del feminismo anglosajón. De ahí que desarrolle con minuciosidad el empirismo feminista, la teoría del punto de vista feminista y el posmodernismo feminista, en ese orden, junto con sus diferenciaciones internas. La taxonomía de cada una de esas tendencias convierte al libro en un documento particularmente esclarecedor, didáctico, que rompe con las tentaciones de construir homogeneidades artificiales donde lo que hay es pluralidad y movimiento. Esta última acepción es relevante, puesto que vamos entendiendo que la clasificación

en la que se basa Carmé Adán es analítica e indicativa, pero de modo alguno definitiva dado que cada una de las autoras ha ido modificando sus apreciaciones en la medida en que profundizan sus puntos de vista y se hacen más agudos los debates de las cuestiones por resolver.

Para enriquecer la perspectiva de análisis, la autora aborda con sumo cuidado los distintos tratamientos que las autoras de cada tendencia epistemológica hacen de los conceptos de género, experiencia y situación. Es en ésta última en la que deposita sus expectativas para que el feminismo recorra nuevas vías:

“La perspectiva feminista sobre la categoría *situación* recoge las propuestas epistemológicas de este libro y abre posibles vías para nuevos debates en el seno de la teoría feminista. La potencialidad que el feminismo descubre en la contextualidad del conocimiento se la debe en parte a un uso de la situación para la resignificación de la experiencia de las mujeres. Para profundizar en la afirmación anterior se presenta la categoría experiencia de las mujeres y la configuración de la situación como un mecanismo que posibilita la intervención localizada de las mujeres en lo que se refiere a la ciencia y a la tecnología.” (2006: 46).

Entre las conclusiones que expone Carmé Adán destacan dos afirmaciones que no pueden ser menos que polémicas. La primera, “La epistemología feminista es un híbrido en proceso de gestación...” (Op. Cit.: 303) es un llamado de atención respecto a cualquier intento de asumirla como una perspectiva contenida:

“...Sin una célula originaria ni un hacedor primigenio, esta extraña expresión –para las lenguas romances- nos sitúa frente a toda una serie de intersecciones entre variadas disciplinas de conocimiento, diferentes corrientes de pensamiento filosófico y feminista, y reivindicaciones políticas de los movimientos de mujeres...” (Ídem).

La consecuencia de esta caracterización se condensa en la segunda afirmación:

“...La epistemología feminista no es tanto una rama o parcela propia de la filosofía –lo que no parece en absoluto deseable- como una suma de reflexiones introducidas por el feminismo en los temas del conocimiento...” (Ídem).

Puestas las cosas en esos términos, la particularidad de la epistemología feminista sería la apuesta por transformar los campos conceptuales ya existentes, pero desde una perspectiva temporal, puesto que la aspiración es contribuir a un cambio real en el ámbito científico que sea producto de intervenciones favorables a las mujeres. Así, el carácter inacabado y temporal de la epistemología feminista es una cualidad.

3. Las mujeres como sujetas de la investigación feminista

En los capítulos anteriores he afirmado que la distinción de la investigación feminista radica en afirmar la centralidad de las mujeres como sujetas activas en la producción de conocimientos, así como en el interés por relevar la experiencia de las mujeres como fuente de los mismos. En este capítulo presentaré un conjunto de consideraciones en torno a estas dos posiciones ocupadas por las mujeres sujetos cognoscentes y como sujetos cognoscibles. Para ello, retomaré algunas consideraciones en torno a la constitución del sujeto del feminismo, no sin antes precisar que haré un uso diferenciado de los términos “sujeto” y “sujeta”. Con el primero aludiré a la categoría epistémica que permite configurar la constitución filosófica, cultural, social, histórica y política desde la cual se establece la relación con el mundo. En cambio, con el segundo intentaré subrayar la especificidad genérica de esa constitución cuando se trata de las mujeres.

Asumo que el término *sujeta* es visto con escepticismo (e incluso rechazo) por muchas feministas porque a su parecer evoca de inmediato la sujeción de las mujeres y no su analogía con el sujeto social, político y epistémico. Sin embargo, considero que al menos por el momento permite visibilizarlas evitando introducir una falsa equivalencia entre las condiciones, situaciones y posiciones de género de mujeres y hombres que pueden resultar oscurecidas por la aplicación indistinta de la categoría sujeto. En pocas palabras, reservaré el uso de “sujetas” a aquellos casos en los que me interesa subrayar la condición de desigualdad de género que es necesario desmontar para que las mujeres se consoliden como “sujetos” en todas las dimensiones que involucra dicha acepción.

El sujeto del feminismo

Desde la perspectiva del feminismo filosófico, Celia Amorós ha desplegado una amplia explicación al diferenciar distintos niveles constitutivos del sujeto: el sujeto

de la modernidad, el sujeto verosímil, el sujeto iniciático, el sujeto del feminismo. Su objetivo es mostrar que el esclarecimiento del sujeto es crucial para el proyecto emancipatorio del feminismo pues supone ubicar a las mujeres en la tesitura de su constitución como sujetos que recogen las características que les han sido negadas y, simultáneamente, se re-hacen a sí mismas.

El referente básico es la constitución del sujeto de la modernidad, dotado de un conjunto de características que devinieron excluyentes de las mujeres: individuación, autonomía, capacidad crítica, reflexividad, participación en el espacio público, poder. Estos atributos son intrínsecos al tipo de sociedad al que aspira la modernidad: democrática y humanista. Sin embargo, a la par de estos postulados de apariencia universal se colocó a las mujeres como no sujetos, al no permitírseles desplegar cada una de esas capacidades. El resultado ha sido la emergencia del feminismo como una elaboración filosófica y política que exhibe la falacia intrínseca a ese ideal de sujeto, oponiéndole su radicalización y la ampliación de la gama de sujetos posibles: "...el feminismo apuesta por una sociedad de sujetos...", dice la autora (1996: 25). En otras palabras, el feminismo no se inclina por la desaparición o la anulación del sujeto en sí, sino del sujeto patriarcal que niega la existencia de cualquier otro sujeto.

Para realizar esa aspiración, el feminismo ha conformado a su propio sujeto: las mujeres, en particular, las mujeres feministas, quienes han debido constituirse a sí mismas para contribuir a la emergencia de todas las otras:

"..., fenomenológicamente, podríamos caracterizar la conciencia feminista como una peculiar forma de existencia reflexiva del ser mujer (es decir, del ser efecto de una 'heterodesignación' y de la asunción del discurso del otro como un discurso constitutivo del género, o sea, de las implicaciones culturales normativas de la pertenencia al sexo biológico femenino). Esta existencia reflexiva del ser-mujer se caracteriza por una permanente re-interpretación, una re-significación bajo el signo de lo problemático, la impugnación, la transgresión, el desmarque, la re-normativización siempre tentativa... Todo ello requiere un sujeto si por tal se entiende alguien que pueda interrumpir reflexivamente la cadena del significado constituida tomando distancia crítica y 'alterándola creativamente'. O sea, que

hemos podido objetivar 'las figuras de la heteronomía' y dar pasos en dirección a la autonomía..." (1996: 359).

Con una finalidad analítica, conviene entonces retomar la distinción entre estas mujeres que son el sujeto político del feminismo, y las mujeres "empíricas" (como las llama la misma autora), es decir, las mujeres concretas que conforman ese colectivo que el patriarcado pretende indiferenciado e indiscernible, cuyas existencias, sin embargo, dan cuenta de la pluralidad interna del género. Más aún, en las sociedades contemporáneas, el mismo sujeto del feminismo está diferenciado: las mujeres que lo conforman se han especializado en distintas áreas de desempeño, por lo que podemos afirmar que las académicas, las epistemólogas y las científicas feministas son sujetas particulares de ese sujeto político que las aglutina. Por esa razón, como indiqué al inicio de este capítulo, en ocasiones particulares feminizo el término para subrayar esas especificidades.

Las mujeres como sujetas cognoscentes

Sin duda, las investigadoras y científicas feministas dan cuenta de ese proceso de alteración crítica al que se refiere Celia Amorós, en el campo específico del conocimiento. Bien vistas las cosas, su emergencia responde a una dinámica propia de la modernidad en la que la constitución plena de los sujetos requiere la confluencia de su formación social y política. Diana Maffia nos permite entender este proceso cuando nos remite al surgimiento simultáneo del sujeto político (el ciudadano) y el sujeto de conocimiento científico durante el siglo XVII (2005: 628). Lo interesante a recoger de este planteamiento es la idea de que se requirieron condiciones históricas y sociales específicas para que se diera la emergencia de ambos.

Haciendo un parangón con lo anterior, la emergencia de las mujeres como sujetos epistémicos, cognoscentes, tuvo que darse en estrecha vinculación con la movilización política y social de las mujeres, de tal manera que tanto el sufragismo como las movilizaciones posteriores en demanda de equidad social, primero, y luego de vindicación de sus derechos humanos en la acepción más amplia, van de la mano con las primeras incursiones de las mujeres en la academia y en la ciencia, en un movimiento ampliado que las lleva a conformar el feminismo

académico cuya consolidación se inicia en la década de 1960 en diversas latitudes del planeta.

Dicho en otras palabras: las mujeres aparecen como sujeto de conocimiento solamente con el advenimiento del feminismo y su consolidación en el siglo XX, pues es mediante la emergencia de las mujeres como sujeto social y político que reclama reconocimiento, ejercicio de ciudadanía y respeto irrestricto a sus derechos humanos, que puede cumplirse la expectativa moderna de fusionar ambas dimensiones para constituir un sujeto con visibilidad social y epistémica.

En relación con su condición de género, las investigadoras feministas se constituyen como sujetos capaces de conocer y crear conocimiento sobre sí mismas, sobre otras mujeres, sobre otros sujetos de género, sobre el mundo y sobre la naturaleza. Con su actividad científica se rompen mitos, estereotipos y percepciones en torno a sus limitaciones “innatas” derivadas de su especialización genérica en la inteligencia emocional para dar pie al despliegue de sus recursos cognitivos.

Las investigadoras y las científicas emergieron en la historia de la ciencia portadoras ya de una posición subordinada derivada de su condición de género. Al organizarse el movimiento feminista contemporáneo, la vinculación con él por parte de estas mujeres con formación universitaria fue decisiva para introducir una de las más profundas transformaciones de la academia y de la ciencia desde su delimitación como campos especializados del saber. Emplearé el término general de “académicas feministas” para incluir a las docentes, investigadoras y científicas que llevaron el feminismo filosófico a las aulas y los cubículos, generando las más potentes teorías sobre la desigualdad social basada en la diferencia sexual.

A partir de la década de 1960, fueron ellas quienes crearon cátedras, seminarios, grupos de estudio, grupos de investigación, áreas de trabajo y oficinas de atención a las mujeres universitarias, iniciando con ello la historia contemporánea del feminismo académico. Lograron hacerlo a partir de la visión integral de su situación como mujeres, como académicas y como estudiosas de aspectos de la sociedad, la materia y la naturaleza. En una clara transgresión respecto a la argucia patriarcal de escindir a las personas, no sólo entre ellas con

base en el sexo, sino al interior de cada una a fin de garantizar su despolitización, las académicas feministas integraron sus vindicaciones de género, científicas y políticas tomando como espacio de sus acciones la propia vida institucional. Así, al reconocer la desigualdad de las otras mujeres reconocieron la propia; al proponer alternativas para el desarrollo científico se reposicionaron; al imaginar otras posibilidades de vida han contribuido a la ampliación de los horizontes de la humanidad y sus proyectos civilizatorios.

Por esas razones, cuando hablo de las mujeres como sujetas cognoscentes, lo hago pensando en su carácter generizado y situado. Con base en esas consideraciones, las feministas académicas son mujeres portadoras de conocimientos científicos, ilustrados, con una clara intencionalidad política, que llevan a cabo sus actividades científicas desde su posición sexual, de género, de clase, de etnia o racial, pensando en el genérico mujeres.

En esta caracterización intervienen de nueva cuenta las orientaciones epistemológicas de las investigadoras, puesto que las empiristas feministas reconocen en sí mismas esas adscripciones pero privilegian su identidad científica sobre las de clase, etnia o raza³³, mientras que las teóricas del punto de vista feminista y las posmodernistas feministas practican una constante revisión de sí mismas y de su relación con las mujeres concretas, de su posición respecto a ellas, así como de la condición de género que buscan transformar.

Las mujeres como sujetas cognoscibles

Al trasladar la atención a las mujeres como sujetos cognoscibles, es menester reconocer que la investigación feminista enfrenta una paradoja: abordar el análisis

³³ El uso del término raza es polémico y polisémico puesto que, desde un punto de vista estricto, es inoperante para hablar de las diferencias fenotípicas observables entre los seres humanos. Sin embargo, en numerosos países todavía es un marcador social reconocido, e incluso vindicado por grupos minoritarios que lo enarbolan para destacar su distinción o la legitimidad de sus demandas políticas. Estas vindicaciones son problemáticas, pues quedan en manos tanto de minorías que luchan por su emancipación como de élites que buscan perpetuar su dominación sobre sectores de la población segregados con base en criterios raciales de valoración ideológica política inversa. Su presencia en la teoría feminista es resultado de las vindicaciones de mujeres negras, principalmente, que han resignificado la especificidad de su opresión inter e intragenérica frente a las posturas que califican de “blancas” y hegemónicas. Este distanciamiento con base en criterios culturales se encuentra también entre las feministas que vindican el reconocimiento de su adscripción étnica.

de la experiencia de las mujeres considerándolas un sujeto, aún cuando en el ámbito social sean un no sujeto.

Ante ello, el feminismo vindica, en primer lugar, la existencia misma de las mujeres. Esta afirmación podría parecer una obviedad; sin embargo, tanto en los discursos filosóficos, teóricos y políticos como en numerosas situaciones sociales, las mujeres son obliteradas. De ahí la contundencia de la obra de referencia obligada, *El Segundo Sexo*, con la que Simone de Beauvoir abrió paso a la indagación interdisciplinaria acerca de esa experiencia.

Simone de Beauvoir () demostró que en el mundo patriarcal las mujeres fueron constituidas como El Otro respecto a los hombres³⁴. Desde esa situación de alteridad, su existencia quedó marcada por la exclusión/negación de su calidad de ser humano³⁵ y, por tanto, de sujeto. El fundamento de esta situación (término que ella misma emplea) es que los hombres no consideran a las mujeres como seres autónomos, pues las definen respecto a ellos mismos. Siendo así, la condición que acompaña la existencia del sujeto es la trascendencia y la libertad; su ausencia denota la inexistencia del sujeto.

Desde este punto de vista, que la mujer no sea un sujeto es un problema moral existencialista:

“...Todo sujeto se plantea concretamente, a través de los proyectos, como una trascendencia, no cumple su libertad, sino por su perpetuo desplazamiento hacia otras libertades; no hay otra justificación de la existencia presente que su expansión hacia un porvenir infinitamente abierto. Cada vez que la trascendencia vuelve a caer en la inmanencia, hay una degradación de la existencia en un ‘en sí’, de la libertad en artificiosidad: esa caída es una falta moral si es consentida por el sujeto; si le es infligida, toma la figura de una frustración y de una opresión: en los dos casos es un mal absoluto... Ahora bien, lo que define de una manera singular la situación de la mujer es que, siendo una libertad autónoma, como todo ser

³⁴ En sentido estricto, debería hacer este planteamiento en singular, puesto que Simone de Beauvoir se refiere a la categoría filosófica de la mujer, no a su existencia concreta: “...La mujer se determina y diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; ésta es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto: ella es el Otro.” (S.f., vol. 1: 12). Concédaseme la posibilidad de utilizar el plural para actualizar la exposición sin que esto afecte el fondo de la argumentación, puesto que la autora también habla de mujeres y hombres cuando ejemplifica su disquisición.

³⁵ Humana, diríamos en el lenguaje contemporáneo que propone Marcela Lagarde (1997).

humano, se descubre y se elige en un mundo donde los hombres le imponen que se asuma como el Otro; pretenden fijarla como objeto y consagrarla a la inmanencia, puesto que su trascendencia será perpetuamente trascendida por una conciencia esencial y soberana. El drama de la mujer es ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto, que se plantea siempre como lo esencial, y las exigencias de una situación que la constituye como inesencial...” (Simone de Beauvoir, , vol. 1: 24-25).

Teresa López Pardina encuentra en estas afirmaciones una “teoría del sujeto moral como sujeto situado” en la que la conciencia es fundamental por ser “la que erige un mundo con significado. Proyecto y fin son la misma cosa y se definen desde el sujeto; y tienen el sentido que el sujeto les da...” (2000: 194). De ahí que la condición del ser humano sea proyectar y tener fines finitos. La mujer, sin embargo, tendría que domeñar esa condición para asumir la de la inmanencia.

Para garantizar la permanencia de las mujeres en la inmanencia han debido ser educadas en ella: por ello, en términos de proyecto emancipatorio, Simone de Beauvoir propone dos medidas inmediatas para hacerlo viable. La primera es educar a las niñas³⁶ en la autonomía para lograr que en la vida adulta consigan la independencia a través del trabajo y de reconocerse en la lucha colectiva por su emancipación. La segunda es erradicar las consecuencias patriarcales de la diferencia sexual, que son las que obligan a las mujeres a “...luchar por ser seres plenamente humanos...” (Ibid: 209).

Estos supuestos hallaron eco en al menos dos líneas de reflexión, presentes en el feminismo de la tercera ola³⁷ a partir del cual se ha desarrollado la investigación feminista: el impulso a la educación de las mujeres y el esfuerzo por

³⁶ Simone de Beauvoir otorga un gran peso a la intelectualidad de las mujeres como recurso emancipador. En su revisión de la situación de las mujeres en todos los ámbitos, dedica un buen esfuerzo a mostrar cómo aún aquellas con mayores niveles de escolaridad y ejerciendo profesiones, están atrapadas en la necesidad de negar su sexo y de reconocerse a sí mismas como masculinas para acercarse a los hombres, a sus poderes y a sus oportunidades de vida.

³⁷ De acuerdo con las autoras que suscriben una perspectiva ilustrada del feminismo, la primera gran etapa de éste corresponde, precisamente, al periodo ilustrado, durante el cual se vindicó la inclusión de las mujeres en los pactos sociales que estaban dando lugar a la conformación del Estado moderno. La segunda fue el sufragismo, mientras que la tercera (llamada a menudo “la tercera ola”) corresponde al periodo iniciado alrededor de la década de 1970 en la que la movilización social de las mujeres tomando como referente básico la demanda de cumplimiento de sus derechos humanos, coincide con la movilización política y la consolidación del feminismo académico. Véase Amelia Valcárcel,

desmontar los sesgos androcéntricos de los que se ha derivado la connotación de que la diferencia sexual es el fundamento de la desigualdad genérica.

Ese desmontaje lleva consigo la crítica al esencialismo, elemento que se ha pretendido explicativo y justificador de la desigualdad entre mujeres y hombres, al pretender que sus posiciones relativas son derivaciones sociopolíticas y culturales de la diferencia sexual, lo que se ha traducido, en términos del sentido común, en la percepción de que sus respectivas condiciones de género son naturales. Transitar de esa consideración a demostrar que tanto las mujeres como hombres son productos de su tiempo ha sido una de las grandes metas de la investigación feminista, centrándola al menos en dos grandes ámbitos de estudio: el cuestionamiento a la escisión entre sexo y género, junto con el énfasis en el análisis de la constitución histórica de las identidades de género para despojarlas de todo carácter esencialista.

Conviene ahora explicitar que para la investigación feminista, el primer aspecto definitorio de las mujeres no es su condición esencial sino su constitución como *sujetos de género*. Se trata, entonces, de conocer los procesos a través de los cuales las mujeres, y cada mujer en su particularidad, sintetizan en sus vidas y sus experiencias las condiciones de género que las determinan. En esa perspectiva abonaron las distintas corrientes del pensamiento feminista contemporáneo, al precisar la diferencia entre el concepto Mujer y la categoría Mujeres. Mujer refiere a la abstracción filosófica de su condición en el mundo. Mujeres alude a las mujeres concretas cuya situación permite aprehender las características comunes que las aglutinan en categorías sociales específicas.

Las mujeres –y los hombres también– son sujetos de género porque incorporan (es decir, portan en el cuerpo vivido³⁸) el conjunto de condiciones sociales que se les ha asignado tomando como referentes sus cuerpos sexuados y su sexualidad. Marcela Lagarde explica que esas condiciones sociales son

“...asignadas y desarrolladas en las personas y por ellas mismas a partir de las posibilidades sociales reales y de los estereotipos culturales: son la condición femenina y la condición masculina en todas sus particularidades, y otras

³⁸ Retomo esta categoría de Aída Aisenso Kogan, quien utiliza ese término para referirse a “...el cuerpo subjetivamente experimentado...” (1981: 11).

definiciones de género por minoritarias que sean. Destacan en las condiciones de género la corporalidad, el psiquismo y la subjetividad, así como las *identidades de género* de cada sujeto y de grupos que comparten características semejantes.” (1996: 30).

A partir de esa caracterización podemos afirmar que los sujetos de género están *circunstanciados*, es decir, su forma de estar en el mundo responde a la impronta de esas condiciones sociales. Además, están *situados*, es decir, esta forma de estar se define por la articulación del género con las características de la organización social más amplia y con las coordenadas espacio temporales del contexto. La situación de género está definida por la combinación compleja del género con la adscripción de clase, con la pertenencia étnica, con la edad, la condición conyugal, con el contexto rural o urbano en el que se vive, la pertenecía religiosa, el ideario político, y la subjetividad de cada persona en relación con esa situación, derivada de su condición de género. En ese sentido, está marcada por la identificación o la des-identificación que experimenta el sujeto en relación con esa situación.

Ahora bien, esa constitución como sujetos de género se da mediante un largo y complejo proceso de articulación de elementos culturales, sociales, económicos, políticos, psíquicos e intelectuales que adquieren distintas expresiones en relación con la existencia, las relaciones, los procesos, las formaciones educativas, las prácticas discursivas, la organización de modos de vida, las acciones, los discursos, la ideología, las experiencias del cuerpo y la corporeidad, el espacio y la ubicación en él a través de sus cuerpos sexuados.

Ese proceso difiere cualitativamente en la formación de mujeres y hombres debido a un hecho social clave: la adjudicación diferenciada y desigual de poderes. Y no se trata únicamente de que esos poderes doten a los hombres con los atributos del dominio y a las mujeres no: para los fines que nos interesan aquí, es menester reconocer que una divergencia central es que la organización genérica del mundo patriarcal ha permitido que los hombres se adjudiquen, por una parte, la capacidad de individuación; luego, el poder de nombrar, monopolizando el acceso al conocimiento; por último, se han autoconferido el poder poder. Celia Amorós explica al respecto: “...poder es poder diferenciarse

produciéndose como sustantivo en la semejanza; y, a la inversa, esta forma de producirse como tal solamente es posible en el ámbito del poder...” (2005: 100).

Parte de esa capacidad de heterodesignar se manifiesta en el hecho de que, haciendo eco de la caracterización de las mujeres como idénticas –que no como iguales³⁹–, se las homologa entre sí, dando pie a generalizaciones que hacen caso omiso de las particularidades que distinguen a unas de otras, y al mismo tiempo las obligan a homologarse con los hombres para ocupar posiciones que se aproximen a las que éstos ocupan. Esta compulsión a la homologación se observa en la convicción de académicas y científicas no feministas respecto a que su desempeño profesional no está mediatizado por el género, sino que son sus propios méritos los que las acercan o no a las posiciones de autoridad y reconocimiento de las que gozan sus colegas varones. Sin embargo, el estudio detallado de las trayectorias profesionales y científicas de las mujeres ha expuesto un conjunto de situaciones en las que su situación de género se combina con otros factores de discriminación, exclusión o marginalidad, incidiendo en una (auto) sobreexigencia respecto a sus capacidades, su productividad, la difusión y aceptación de su obra y, por supuesto, en una deficiencia relativa de los ingresos que perciben por su trabajo asalariado⁴⁰.

Pluralidad y diversidad de las mujeres

Así, desde la constatación de los avatares por los que atraviesa la existencia propia, en conjunción con los hallazgos derivados de la observación de la situación de otras mujeres, las investigadoras feministas han podido llegar a afirmar que, en términos de género, las mujeres encarnan diferentes expresiones de la diversidad.

³⁹ Celia Amorós explica con claridad esta distinción, constitutiva de una diferencia radical en la condición de mujeres y hombres: la permanencia de las mujeres en el espacio de la indiscernibilidad. “...En el espacio de las idénticas, de las indiscernibles, el ámbito de lo privado, de lo que no se contrasta a la luz pública, donde nada se reconoce ni se discierne y cualquier emergencia no puede ser sino adjetiva sólo se puede ejercer poder como influencia indirecta y puntual en oblicuo, en disposición en batería, carente de toda virtualidad sintética y de cualquier efecto potenciador. Como muy bien lo vio Sartre, el poder y la voluntad general lo constituye el grupo que logra totalizar espacio social, no la serie atomizada, para la que este espacio no es sino un horizonte de fuga...” (2005: 108).

⁴⁰ Véase, por ejemplo, María Antonia García de León, 1994, para el caso español; Olga Bustos Romero y Norma Blazquez Graf, 2003, para México.

Esa constatación se ha desarrollado de la mano de la ejecución de investigaciones con perspectiva de género que dan cuenta de la complejidad de procesos, factores y elementos presentes en el análisis de la condición, la situación y la posición de las mujeres en tanto que sujetas de género. Para abordarlos, se ha tenido que practicar una conjugación de transversalidad de la perspectiva de género en las ciencias, junto con la consolidación del carácter interdisciplinario de la investigación feminista.

De esa conjugación se deriva otra constatación de la pertinencia de abordar el estudio de la situación de las mujeres en su diversidad, puesto que con esa mirada ha sido posible comprender que en su constitución como sujetas es definitoria la vinculación del género con otras condiciones sociales, en particular, como he reiterado, con la clase, la etnia y la raza, así como con la preferencia sexual. Con base en el análisis de esos entrecruzamientos ha sido posible mostrar que las mujeres no se definen como tales por rasgos esenciales (la inclinación a la maternidad y al cuidado de otras personas, asumida como impulso o instinto, por ejemplo), sino por la concatenación de la cultura de género⁴¹ que reproduce una sociedad o un grupo social en particular, con elementos culturales de otros órdenes, cada uno de los cuales perfila atributos específicos para las categorías de individuos que la conforman.

Sin embargo, la afirmación de la diversidad de las mujeres es el resultado de profundas críticas de quienes no se vieron a sí mismas representadas en las categorías establecidas por las feministas que percibieron colocadas en posiciones de supremacía respecto a las “otras”, es decir, de aquellas que, además de ser mujeres, se reconocen circunstanciadas por su pertenencia a otras minorías sociales. Eso permitió a las feministas ampliar sus posiciones teóricas para dar cuenta de los diferentes vectores que introducían diferencias entre ellas, interpretando que también había ejercicios etnocéntricos, clasistas y racistas intragenéricos. En esa misma línea, una de las críticas más fuertes ha sido,

⁴¹ Desde mi punto de vista, la cultura de género es una dimensión particular de la cultura en la que la elaboración de lo humano como algo específico y a la vez escindido da lugar a una prolongación de estas características a todo aquello que es tocado por las mentalidades y las acciones de mujeres y hombres. Véase Martha Patricia Castañeda Salgado, 2007: 80.

quizás, la de las feministas lesbianas que han cuestionado el sesgo heterosexual de una buena parte de las elaboraciones teóricas feministas, con lo que consideran que la doble mirada termina siendo acompañada de la conciencia de una doble exclusión, esta vez por parte de las propias feministas que no alcanzan a descolocarse del parámetro sexual dominante.

Lo anterior conduce a un análisis integral de la constitución de las y los sujetos de género. Esto es, no se trata de establecer una relación de determinación de uno de los elementos adscriptivos sobre los otros (el género como precedente de la etnia y la clase, por ejemplo), sino de lograr entender cómo unos y otros se van entretejiendo simultáneamente a lo largo de las etapas formativas y posteriores, sin perder de vista que en toda sociedad la adscripción de género es básica para la incorporación de otros elementos identitarios. Es posible hacerlo si se considera que cada uno de esos ordenadores supone un proceso de asimilación por parte de los sujetos del conjunto de cualidades que van creando las particularidades, especificidades y diferenciaciones que actúan a distintos niveles de la articulación. Así, al mismo tiempo que la cultura de género comprende contenidos particulares en torno a ser mujer u hombre, la cultura étnica aporta sus propios contenidos referidos a la pertenencia al grupo cultural, mientras que la clase hace lo propio con el posicionamiento del sujeto en el contexto de la diferenciación social con base en criterios socioeconómicos y políticos.

El gran mecanismo ideológico de la cultura patriarcal es hacer que todas las otras condiciones aparezcan como prevalecientes sobre el género, mismo que gracias a ello permanece velado. Este ocultamiento de la desigualdad basada en el género se ha manifestado una y otra vez a lo largo de la historia moderna en la negativa del movimiento obrero a incorporar las demandas específicas de las mujeres o, en tiempos más recientes, de los movimientos etnicistas por hacer lo propio. En ambos casos se esgrime el argumento de que las demandas de género rompen la lógica colectiva de los movimientos sociales, pues distorsionan sus objetivos y dispersan sus esfuerzos de interlocución con el Estado y otras instancias de la organización social. Asimismo, se concede poca relevancia al

reconocimiento de las demandas de género de las mujeres, negándoles el mismo rango de exigencia que las de clase o étnicas, puesto que, al ser parte del conjunto de condiciones que configuran la dominación u opresión de esos grupos, se presume que resolviéndose éstas quedarán resueltas las primeras. Con esa negativa se restringen las capacidades de acción o gestión política, además de que se inmoviliza a las mujeres, dando pie a otra paradoja: la negación de su calidad de sujeto político en el seno de movimientos que se definen a sí mismos como un sujeto político colectivo.

Por otra parte, cada sociedad y cada cultura llevan consigo un conjunto de expectativas respecto al correcto desempeño social de las personas en virtud de su edad, su posición de parentesco, su condición conyugal y su condición sexual, mismas que, si bien están profundamente imbuidas de contenidos genéricos, también actúan con un cierto rango de particularidad. A ellas se suman otras adscripciones socioculturales que se adquieren o se descartan a lo largo de la vida, por ejemplo las relacionadas con la religión, la política, la participación en organizaciones sociales, etc.

Así las cosas, el proceso de develar cómo están constituidas las mujeres en tanto que sujetas de género, desde una perspectiva feminista, contempla identificar cuál es el conjunto de condiciones y ordenadores sociales que se imbrican con el género y que, expresado a través de las relaciones inter e intragenéricas que sostienen las mujeres, junto con sus posiciones y la manera como responden a los dispositivos que les impone cada uno de esos ordenadores sociales, da lugar a la concreción de categorías particulares de mujeres que, por una parte, configuran dimensiones específicas de diversidad genérica y, por otra, complejizan la diversidad cultural en su sentido más amplio.

***Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, de Marcela Lagarde. Un ejemplo de construcción teórica de las mujeres como sujetas de género.**

Los *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* es un libro que ha acompañado la vida personal y académica de numerosas mujeres,

dentro y fuera de México. De él se desprenden las más diversas lecturas dada la profusión de temas que su autora desarrolla, relacionados con la condición y la situación de las mujeres en la sociedad patriarcal. De todas esas posibilidades, en esta ocasión privilegio abordarlo como uno de los ejemplos paradigmáticos de la manera como se elaboran categorías que permiten conceptualizar a las mujeres como sujetos de género desde una perspectiva feminista.

Después de una profunda reflexión en torno a la dificultad de las mujeres para constituirse como sujetos en el mundo patriarcal, Marcela Lagarde acuña un término para caracterizarla en su más clara expresión: la de cautiverio, al cual define como "...la expresión político cultural de la condición de la mujer..." (1990: 20). Y abunda:

"Desde una perspectiva antropológica, he construido la categoría de cautiverio como síntesis del hecho cultural que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal. El cautiverio define políticamente a las mujeres, se concreta en la relación específica de las mujeres con el poder, y se caracteriza por la privación de la libertad, por la opresión." (Ídem).

El cautiverio será, entonces, la condición más general y abstracta para referirse a la forma de ser y de estar de la mujer en el mundo. Aquí, el término mujer se refiere a una categoría social de género que opera en el mismo nivel de abstracción que el cautiverio. Sin embargo, en el nivel empírico, mujer y cautiverio se multiplican, de tal manera que

"En contradicción con la concepción dominante de la feminidad, las formas de ser mujer en esta sociedad y en sus culturas, constituyen cautiverios en los que sobreviven creativamente las mujeres en la opresión. Para la mayoría de las mujeres la vivencia del cautiverio significa sufrimiento, conflictos, contrariedades y dolor; pero hay felices cautivas." (Ídem).

Con la intencionalidad de contribuir al desarrollo de la antropología de la mujer, como se designaba en la década de 1980 a la mirada particular de las especialistas cifrada en la dilucidación del lugar que ocupaban las mujeres en diferentes culturas, tomando como referente primordial una de las primeras definiciones del género como hecho de la cultura, opuesto a la biología del sexo, la autora analizó a las mujeres en los contextos en los que hipotetizó que se

expresaba de manera más clara la opresión a la que estaban sometidas. Ello la condujo a elaborar categorías particulares del cautiverio, explicativas de la situación de las mujeres en cada uno de esos ámbitos, a los que conceptualizó como “círculos particulares de vida” (Op. Cit.: 22).

De ahí que estableciera una tipología antropológica con la cual vincula “la condición de la mujer con las situaciones de vida de las mujeres” (Ídem), conceptos ambos que son fundamentales para comprender cómo transita en su análisis de la abstracción a la particularidad. En este punto, es importante citar la explicitación que Marcela Lagarde hace del método que empleó en la investigación:

“El método de investigación ha seguido un movimiento pendular entre la condición histórica de la mujer y la situación de las mujeres, entre el ser y la existencia, entre lo abstracto y lo concreto, con el objeto de elaborar una visión general a partir de la crítica teórica y el análisis de los hechos particulares.” (Ídem).

Volviendo a la tipología, ésta es construida por la autora tomando como un eje fundamental la sexualidad de las mujeres y su constreñimiento. A partir de la dominación política ejercida por la sociedad patriarcal en torno al cuerpo y la sexualidad de las mujeres se generan definiciones estereotipadas de éstas, que van más allá de la escisión entre las “buenas” y las “malas”, con lo que la mentalidad patriarcal reconoce, en medio de una contradicción, que el modelo normativo de la mujer madre es insuficiente para abarcar las distintas formas de ser mujer, que han sido marcadas a su interior, pero al mismo tiempo incumplen la definición de pares opuestos y contradictorios. Marcela Lagarde retoma esas definiciones estereotipadas, convirtiéndolas en tipos prescritos que sintetizan las modalidades de la opresión vivida, desde su mayor idealización hasta la más abierta exclusión. Así, propone las categorías de madresposas, putas, monjas, presas y locas, enfatizando la dimensión del cautiverio que cada una de ellas sintetiza, dando pie, en consonancia con el método adoptado, a la identificación de los cautiverios particulares en los que la tipología adquiere significación. Conviene citar en extenso las definiciones de cada una:

“..., ser madresposa es un cautiverio construido en torno a dos definiciones esenciales, positivas de las mujeres: su sexualidad procreadora, y su relación de

dependencia vital de los otros por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad. Este cautiverio es el paradigma positivo de la feminidad y da vida a las madresposas, es decir, a todas las mujeres más allá de la realización normativa reconocida culturalmente como maternidad y como conyugalidad.” (1996: 22).

“El erotismo femenino en cambio, caracteriza al grupo de mujeres expresado en la categoría putas. Las putas concretan el eros y el deseo femenino negado. Ellas se especializan social y culturalmente en la sexualidad prohibida, negada, tabuada: en el erotismo para el placer de otros. Son mujeres del mal, que actúan el erotismo femenino en el mundo que hace a las madresposas virginales, buenas, deserotizadas, fieles, castas y monógamas.” (Op. Cit.: 22-23).

“Definidas también por su sexualidad y por el poder, las monjas son el grupo de mujeres que encarna simultáneamente la negación sagrada de la madresposa y de la puta.” (Ibid: 23).

“Las presas concretan la prisión genérica de todas, tanto material como subjetivamente: la casa es presidio, encierro, privación de libertad para las mujeres en su propio espacio vital. El extremo del encierro cautivo es vivido por las presas, objetivamente reaprisionadas por las instituciones del poder. Sus delitos son atentados que tienen una impronta genérica específica; su prisión es ejemplar y pedagógica para las demás.” (Ídem).

“Finalmente, las locas actúan la locura genérica de todas las mujeres, cuyo paradigma es la racionalidad masculina. Pero la locura es también, uno de los espacios culturales que devienen del cumplimiento y de la transgresión de la feminidad. Las mujeres enloquecen de tan mujeres que son, y enloquecen también porque no pueden serlo plenamente, o para no serlo. La locura genérica de las mujeres emerge de su sexualidad y de su relación con los otros.” (Op. Cit.: 24).

Cada uno de estos cautiverios tiene su espacio que, aunque propio, no es exclusivo ni excluyente, pues las mujeres pueden ocupar más de uno a la vez. En su interior se experimentan la dependencia vital, argamasa que permite que el cautiverio opere en las mujeres y en cada mujer dado que es la forma como el poder se encarna de manera inmediata y cotidiana en las relaciones en que todas y cada una se desenvuelven.

Gracias a la mirada feminista que desarrolla Marcela Lagarde para aprehender la experiencia de las mujeres tanto en su abstracción como en su particularidad, nos ofrece una aportación epistemológica y metodológica fundamental para comprender cómo, siendo las mujeres no sujetos en su realidad social, se las constituye como sujetas de género, elaboración teórica de alcance medio que permite entender las evidencias empíricas que caracterizan la existencia de las mujeres concretas, al tiempo que nos dota de recursos para explicar su situación en una dimensión más amplia, compartida por categorías sociales de mujeres (tipos en el caso que he citado antes) que, quizás, no tienen conocimiento mutuo pero que, para la formulación de propuestas y acciones que apunten a la erradicación de su opresión, son decisivas.

Una vez hecho un recorrido pormenorizado de las mutuas implicaciones entre la construcción teórica de los cautiverios y sus componentes, la conclusión de la autora se inscribe claramente en las pretensiones de la investigación feminista: destaca el valor de la transgresión como recurso de las mujeres para vivir la propia vida, para transformar la sociedad y, por supuesto, para convertirse en sujetos libres:

“Los cambios vividos por las mujeres en su feminidad y en la estructuración genérica del mundo son conflictivos y muchos de ellos dolorosos pero constituyen la única posibilidad de probar la libertad de decidir de inventar de ponerse en el centro de la vida de convertirse en protagonistas y en ese proceso dejar de ser cautivas.” (1996: 803-804. Sic).

Esta conclusión es alentadora en el plano político y en el epistemológico, pues expresa con claridad la manera como una investigación feminista profunda, rigurosa e ilustrada permite entender el presente –sustentado en el pasado- para concebir el futuro de mujeres libres que propone el feminismo.

4. La metodología feminista

En relación con la investigación, a una teoría corresponde una forma particular de plantear problemas y de definir los procedimientos a seguir para resolverlos. La teoría feminista no es la excepción. Si tomamos como referencia la acepción de Carmé Adán respecto a que la teoría feminista es una manera de “hacer ver” (2006: 33), habremos de advertir cómo lograrlo. Por ello, cuando Sandra Harding se preguntó en 1987 “¿Existe un método feminista?”⁴², la pregunta no era gratuita: llamaba a la reflexión profunda en torno a si los avances logrados en el feminismo académico habían alcanzado un punto tal que se hubiese perfilado ya el método o los métodos pertinentes para que la investigación emprendida desde esa óptica conceptual fuera diferente.

Aquella pregunta sigue estando vigente. En el artículo mencionado que fue, sin duda, un punto de síntesis de la situación que privaba en ese momento y también punto de partida para la ampliación de los aportes, la misma autora respondió en primera instancia que no existía un método feminista. Argumentó que éste no era pertinente pues la manera más efectiva que tendrían las investigadoras feministas para incidir en el quehacer científico sería mostrar las omisiones, tergiversaciones y limitaciones que éste venía arrastrando por siglos debido a su ceguera de género, la cual le había impedido ver a las mujeres, reconocerlas como sujetos de conocimiento y, además, reconocer su autoridad epistémica junto con sus aportaciones. Desde esta perspectiva, la propuesta de Sandra Harding era llevar el método científico a su máxima radicalidad para desmontar el androcentrismo desde su interior y con sus propias herramientas.

Sin embargo, años después, a la luz de la notable ampliación que experimentó la investigación feminista en todos los campos de conocimiento, declaró lo contrario. Tomando como referencia la teoría del punto de vista

⁴² Véase la versión en español de este artículo en Sandra Harding, 1998b.

feminista, pensada por ella misma como una epistemología y no como un método de investigación, constató que su premisa de “empieza por la vida de las mujeres” había sido asumida por una masa crítica de colegas como una cuestión de método. Así,

“...’al empezar por la vida de las mujeres’ para identificar y formular las preguntas para la investigación se han creado, dentro de la investigación feminista en ciencias sociales y naturales, patrones de conocimiento distintos. Así, aunque esta vía para producir conocimiento no es normalmente lo que la gente que piensa en ‘métodos’ de investigación tiene en mente, sería, sin embargo, razonable sostener que existe un método de investigación feminista distinto; esto es, que hay un ‘método’ específico producido por los feminismos” (Sandra Harding, 1998b: 33).

¿En qué consiste ese método? En llevar a la investigación algunos postulados básicos de la teoría del punto de vista feminista:

“...Esta teoría dice: empieza por la vida de las mujeres para identificar en qué condiciones, dentro de las relaciones naturales y/o sociales, se necesita investigación y qué es lo que puede ser útil (para las mujeres) que se interroge de esas situaciones.” (Ídem).

El tránsito de Sandra Harding de una afirmación a otra no es aleatorio. Responde, en primer lugar, a reconocer la capacidad de esclarecimiento que supone formular *preguntas de investigación situadas*⁴³ en las mujeres, lo cual representa un giro epistemológico y metodológico radical que trastoca el orden convencional en el que se privilegian problemas, procesos, situaciones, prácticas, fenómenos, incluso otros sujetos (indígenas, niños, intelectuales, etc.), pero sin mirar a las mujeres. Éste es, sin duda, un cambio de perspectiva. Ver el mundo desde las mujeres permite develar la mitad oculta de la realidad.

En segundo lugar, considerar la existencia de un método feminista implica analizar el proceso mediante el cual éste se ha venido conformando. Hacerlo nos permite identificar en el momento actual al menos tres tendencias a destacar: la de las autoras que afirman que sí existe un método feminista (entre ellas la propia Sandra Harding o Maria Mies, 1998), centrado en la creatividad y la flexibilidad

⁴³ Me permito hacer esta inferencia en el sentido de que, habiendo sujetos situados, sólo se pueden producir conocimientos situados si se plantean preguntas del mismo orden. Es decir, las preguntas de investigación, en este caso, se piensan a partir de la experiencia de las propias mujeres.

que son características de un campo en construcción; quienes afirman que no existe un método feminista sino la reelaboración de los métodos comunes a la ciencia con la finalidad de incorporar la perspectiva de género a su aplicación (es el caso de Teresita de Barbieri, 1998); y las especialistas que perciben una situación liminal en la que se combinan las dos posiciones anteriores en relación con el tipo de investigación que se realice, así como con la índole de los problemas planteados (como Evelyn Fox Keller, 1991).

En ese contexto, Capitolina Díaz nos alerta respecto a que, al menos hasta mediados de la década de 1990, se presentaba una confusión de definiciones por la que se tendía a entender al método, la metodología y las técnicas como procesos equiparables, o incluso como sinónimos. Eso explica que nos encontremos con cierto consenso en cuanto a que el primero se refiere a los procedimientos para vincular los distintos niveles de la investigación y obtener la información requerida para conocer el problema que en ella se formula, mientras que en el caso de la metodología hay dos acepciones: la que considera que se refiere "...al estudio de los diferentes métodos, y no al método concreto de una investigación en particular..." (Capitolina Díaz, 1996: 311), y la que la identifica con "...el procedimiento que sigue o debería seguir la investigación. La metodología permite la aplicación de la estructura general de una teoría a disciplina científicas particulares..." (Norma Blazquez Graf, 2008: 109). En esos términos, esta acepción de metodología remite a la que Capitolina Díaz concibe como "perspectiva teórica o enfoque epistemológico", que

"...hace referencia al marco conceptual general desde el que se aborda el análisis. Incluye desde una particular concepción de ciencia hasta la definición del problema/objeto de estudio, y constitución por tanto del punto de fuga que da sentido al método." (1996: 311)

Las acepciones de ambas autoras se complementan con la síntesis que ofrece Shulamit Reinharz: "...la metodología feminista es la suma de los métodos de investigación feminista..." (1992: 240)⁴⁴. Esta precisión es fundamental para

⁴⁴ Capitolina Díaz remite a la misma conclusión de Shulamit Reinharz, traduciéndola así: "...la metodología feminista es la suma de todos los métodos usados en la investigación feminista" (1992: 240)." (1996: 310). Hay pequeñas diferencias de énfasis, por lo que, sin ánimo de polemizar sino como contribución al

entender por qué en un principio la atención se centró en el método feminista, puesto que estaba en la base de la conformación de una posible metodología feminista. La dilucidación del problema planteado se liga estrechamente con una acotación que le antecede: hablamos de teoría feminista en el sentido más abstracto de delimitación de un campo conceptual vinculado con la construcción de un campo de conocimiento. Sin embargo, este campo comprende una pluralidad de perspectivas teóricas: las distinciones entre distintos feminismos cuyos matices –o diferencias sustantivas en algunos casos- derivan de sus respectivos posicionamientos teóricos, políticos y filosóficos.

Lo mismo sucede con la cuestión del método feminista. El libro de Shulamit Reinharz, *Feminist Methods in Social Research* (1992) es un importante punto de referencia para comprender que esa expresión es un acceso a lo que en realidad se ha desarrollado como una pluralidad de métodos, algunos de ellos como reelaboración de los ya existentes; otros creados por las investigadoras feministas para abordar de manera pertinente los problemas de investigación planteados.

En este punto me interesa destacar que una demarcación básica es la que proveen las tres orientaciones de la epistemología feminista descritas en el capítulo 2, a saber: la teoría del punto de vista feminista, el empirismo feminista y el posmodernismo feminista. Para hacer más explícitos los posicionamientos de cada una de ellas en relación con la existencia o no de un método feminista, permítaseme citar en extenso nuevamente a Capitolina Díaz:

“Indudablemente las investigaciones feministas en su estadio actual presentan aspectos diferenciados de otros campos teóricos y a menudo hacen una utilización específica de las técnicas disponibles, pero ¿Es esto suficiente para afirmar que hay un método feminista diferente del resto de los métodos de investigación social? No es sencillo responder a la pregunta debido al relativo grado de madurez del estudio sobre las investigaciones feministas. Investigadoras que han dedicado mucho tiempo al asunto como Shulamit Reinharz (1992) o Virginia Olsen (1994), no han dado una respuesta unívoca. Para esta última, la respuesta depende del marco epistemológico o modelo feminista del que se parta. Desde dos de los tres

entendimiento de este planteamiento, remito a la lectora o lector a la cita original para que la asuma desde su propio criterio: “...feminist methodology is the sum of feminist research methods...” (Shulamit Reinharz, 1992: 240).

modelos de los que habla Virginia Olensen: La investigación desde el punto de vista feminista y el postmodernismo, el uso de un método propio es la única forma de llevar a cabo una investigación que permita ver lo hasta ahora invisible y dar voz a lo hasta ahora silenciado del mundo de las mujeres. Sin embargo, el por ella llamado empirismo feminista, acepta las técnicas y modos de investigación convencionales y los aplica al campo feminista como podría aplicarlos a cualquier otro.” (Capitolina Díaz, 1996: 311).

Estos deslindes no obstan para afirmar que las investigaciones realizadas desde las tres perspectivas son igualmente novedosas y valiosas. Es decir, aunque la postura del empirismo feminista pareciera ser menos transgresora del orden epistemológico prevaleciente por su aceptación de los métodos y técnicas reconocidos como científicos, sus resultados han mostrado ser decisivos para ampliar los horizontes del conocimiento debido a que se llevan a cabo desde enfoques teóricos feministas. Asimismo, tiene una enorme fuerza deconstructiva dentro de los modelos científicos convencionales pues muestra que es posible obtener resultados no sexistas mediante una aplicación radical de los procedimientos científicos, con parámetros similares pero abatiendo la ceguera de género. Ello demuestra la potencia de la teoría feminista como detonadora de nuevos conocimientos.

Estos posicionamientos derivados de las tres tendencias epistemológicas, aunados a las distintas vertientes teóricas dentro del feminismo, nuevamente nos colocan ante distintas aproximaciones a la caracterización de la que podría ser una metodología feminista: ¿se trata de tal, o es más pertinente reconocer el desarrollo de una metodología con perspectiva de género? ¿O bien se trata de discernir respecto a las perspectivas feministas en la metodología? Cada una de estas opciones hace eco, de nueva cuenta, de las particularidades pero también del punto de confluencia en las reflexiones de las autoras que se han dado a la tarea de ahondar en el tema, siendo éste la convicción de que retomar la experiencia de las mujeres como recurso empírico y teórico se convierte en el rasgo distintivo de hacer investigación feminista. En ese sentido, la pretensión básica de la metodología feminista sería plantear los problemas a investigar desde la perspectiva de ahondar en la búsqueda de los conocimientos que permitan a las

mujeres actuar críticamente en pos de erradicar la desigualdad de género y democratizar a las sociedades contemporáneas. De manera paralela, esos aportes se insertarían en el proceso de desmontaje del androcentrismo en la ciencia.

Las mujeres en el centro de la metodología feminista

Diseñar metodologías que intencionalmente busquen producir conocimientos que conduzcan a la erradicación de los elementos estructurales sobre los que se ha levantado la desigualdad de las mujeres ha traído consigo la redefinición de los procedimientos científicos, al punto de que Joyce MacCarl Nielsen llegó a considerar que esa redefinición perfila la conformación de un amplio movimiento intelectual susceptible de desembocar en la conformación de una subdisciplina académica “potencialmente revolucionaria” (1990: 1). Algunos de sus rasgos coinciden, obviamente, con las características generales de la investigación feminista que ya he descrito con anterioridad. Sin embargo, si retomamos la idea de la metodología como el estudio de los métodos de investigación, podemos asumir que la metodología feminista se distingue por proponer una elaboración compleja de problemas de investigación centrados en las mujeres, orientada siempre por el vínculo entre teorías y epistemologías feministas.

Poner a las mujeres en el centro de la investigación ha requerido diseñar procedimientos inéditos en el devenir de la ciencia practicada hasta hace unas cuantas décadas. Las aportaciones al conocimiento derivadas de este reposicionamiento de las mujeres, que pasan de ser tratadas como objetos de estudio a ocupar el lugar de sujetos epistémicos, es más fácil de aprehender en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, no están ausentes de las investigaciones realizadas en otros campos de conocimiento, puesto que con el paso de los años ha adquirido fuerza la afirmación de Sandra Harding respecto a que la investigación feminista tiene como propósito estar a favor de las mujeres; ofrecerles “las explicaciones de los fenómenos sociales que ellas quieren y necesitan” (1998b: 24), lo cual incluye la ponderación de la interacción de éstos con la aplicación de conocimientos provenientes de otras

áreas que sirven de sustento a las prácticas sexistas. En ese sentido, ha habido una ampliación de las investigaciones de las áreas experimentales en la medida en que se asume que sus resultados tienen efectos sociales que deben prevenirse y controlarse. Ello supone una variante más del sentido político del ejercicio de la ciencia, puesto que se cuestiona que su objetivo sea ofrecer conocimientos “neutros” o generales, independientemente del uso que distintos actores e instituciones sociales puedan hacer de ellos.

Centrar la investigación feminista en las mujeres, en sus experiencias (asumidas como recursos teóricos y empíricos), así como en su situación en el contexto de la organización social de género, tanto en estudios contemporáneos como históricos y filosóficos, ha traído consigo una creciente complejidad metodológica. Ello se debe, en primer lugar, a que supone reconocer *distintos emplazamientos* de las mujeres como sujetos cognoscibles y cognoscentes que, como mostraré más adelante, se conocen y reconocen mutuamente. Por otro lado, *crea el espacio de expresión de la diversidad de las mujeres*, con lo que los vínculos conceptuales entre éstas, el género, las condiciones sociales que definen situaciones específicas (etnia, clase, raza) y otras dimensiones adscriptivas (edad, parentesco, sexualidad, religión) orientan a que uno de los procedimientos esenciales a explicitar sea la manera como se caracterizará a las mujeres en tanto que sujetas de la investigación, o a objetos de investigación asociados con la cultura de género, desde una perspectiva integral, en la que se las pueda aprehender en su complejidad y no como una suma de atributos.

A ese procedimiento se suma una reorientación en el pensamiento, de tal forma que la formulación de los problemas de investigación no antecede a la “selección” de “informantes” o “unidades de análisis”. Por el contrario, desde la perspectiva de la metodología feminista, los problemas a analizar se derivan de la ubicación de las mujeres situadas mediante el procedimiento señalado en el párrafo anterior, es decir, se refieren a aspectos críticos o sensibles de su situación en el mundo que, dada su caracterización particular, las afectan.

Un tercer elemento a considerar es, precisamente, la *ubicación*, es decir, la determinación del lugar social, político y filosófico que ocupan las mujeres. De ella

se deriva el diseño del procedimiento a seguir para verlas en contextos de interacción que suponen analizar sus posiciones relativas respecto a otras mujeres y a los hombres, el carácter de las relaciones que sostienen con unas y otros, los poderes que detentan y los que las marcan, así como el lugar que ocupan para las instituciones. La cultura de género orienta esa ubicación puesto que incluye representaciones sociales, valoraciones, orientaciones y sesgos de género en las concepciones, las acciones, las prácticas sociales y los discursos tanto de las mujeres mismas, como de los sujetos e instituciones que interpelan a las mujeres y lo femenino.

De esta manera, poner a las mujeres en el centro de la investigación feminista significa más que enunciarlas: requiere pensarlas a ellas y organizar la investigación en relación con ellas. Esta es una dimensión más de la diferencia señalada en el capítulo 1 entre hacer investigación *con, por y para las mujeres* o hacer investigación *sobre las mujeres*. En este proceso interviene de manera importante el reconocimiento por parte de las investigadoras de su propia condición de género, lo que, a decir de Sandra Harding les permite situarse “en el mismo plano crítico” que las mujeres con quienes realizan la investigación (1998b: 24). A continuación expongo las múltiples implicaciones de esta ubicación.

Colocarse en ese mismo plano crítico ha permitido a numerosas investigadoras feministas afirmar que en su relación con las mujeres se conforma un campo hermenéutico en el que unas y otras se reconocen como sujetas de género: ahí radica la posibilidad de colocarse en una situación de intersubjetividad. En esta situación se buscarían la identificación, la comprensión y la implicación como elementos de un proceso que abriría la posibilidad de compartir el mundo desde las posiciones diferenciadas de quien investiga y quien participa en la investigación como poseedora de saberes que pueden dar pie a la producción de un conocimiento.

La noción contemporánea de intersubjetividad supone una relación de mutua interpelación en la que, al no objetivar a las personas, se busca que haya respeto, apertura, diálogo y delimitación en las posiciones relativas que cada quien ocupa en la investigación. Consecuencia de ello es que hay un campo abierto a

varias posibilidades que ya no se restringen a la intención de lograr la plena identificación de una mujer con otra en un plano de igualdad idealizada. Por el contrario, como efecto del reconocimiento de la diversidad de las mujeres, también ha sido necesario reconocer las diferencias que nos separan, lo que da pie a la búsqueda de establecer un diálogo intragenérico asentado en la asunción de las contradicciones que trae consigo el posicionamiento diferenciado de la investigadora, especializada en la producción de conocimiento, en cuanto a su responsabilidad ética en la preservación de la integridad de las mujeres con quienes trabaja, así como en lo que toca a las finalidades y usos del conocimiento que pretende aportar.

Claves epistemológicas de la metodología feminista

Como he expuesto hasta ahora, la investigación feminista es una postura crítica de la ciencia convencional. En la articulación de dicha postura han intervenido varios enfoques que engarzan al feminismo con otras corrientes de pensamiento que también han analizado exhaustivamente diferentes niveles de constitución de la hegemonía. Por ello, no es de extrañar que en la conformación de la epistemología feminista hayan participado de manera decisiva feministas marxistas, neomarxistas, constructivistas y postmodernas. El rasgo común en ellas es la capacidad de sacar a la luz los sesgos de género implícitos en cada uno de esas líneas conceptuales. Como parte de esa descolocación respecto a los enfoques dominantes, estas autoras han debido posicionar sus aportes lo mismo frente a sus colegas feministas y no feministas, que a quienes sostienen argumentaciones abiertamente antifeministas (aún cuando puedan favorecer teorías emancipadoras en relación con la sexualidad, la clase, la etnia, la raza, la ecología o las relaciones internacionales).

De acuerdo con Joyce MacCarl Nielsen (1990), es posible reconocer las influencias de esas tendencias en dos espacios metodológicos amplios: las posturas críticas y las posturas interpretativas. Las primeras, claramente influenciadas por la Escuela de Frankfurt, han incorporado a las propuestas de ésta, nucleadas en torno a la libertad y la emancipación de los seres humanos, la

generización de éstos y de las instituciones que coartan ambas condiciones. Para demostrar la profunda desigualdad que distancia a mujeres y hombres entre sí, junto con las mayores limitaciones que ésta trae consigo para que las primeras disfruten de la libertad como condición humana, las investigadoras feministas han desarrollado el enfoque histórico crítico de la condición de género⁴⁵.

Por su parte, las posturas interpretativas, vinculadas con las distintas derivaciones de la hermenéutica, se concentran en el estudio profundo de la significación de las acciones humanas. Las autoras feministas que adhieren esta perspectiva han desarrollado con amplitud las consecuencias de uno de sus procedimientos más importantes: incorporar la subjetividad al análisis científico.

Considero indispensable sumar a estas tendencias las posturas postmodernas⁴⁶. Con fuerte raigambre en la lingüística y en la filosofía, el postmodernismo despliega un sutil análisis del discurso como expresión humana en la que se sintetizan los ordenamientos sociales con la apropiación que los individuos hacen de ellos. Con la pretensión de llevar este análisis a sus niveles más refinados para descifrar a las mujeres como sujetos enunciantes de sentido, las feministas postmodernas otorgan una particular importancia a la deconstrucción, procedimiento que facilita llegar al núcleo de significación de los conceptos para mostrar el sinsentido del sentido; esto es, demostrar que bajo la apariencia de significación precisa se esconde una polisemia que permite distintas apropiaciones de un mismo concepto. Así, frente a lecturas hegemónicas de los textos, lo que se propone es una pluralidad de interpretaciones.

Con el paso del tiempo, de las posturas muy brevemente descritas se han desprendido claves epistemológicas fundamentales para la investigación feminista que, en la práctica, constituyen características de la metodología feminista a partir de las cuales se perfilan procedimientos sumamente esclarecedores de la particularidad de ésta. Para la delimitación de esas claves sigo de cerca las aportaciones de Marcela Lagarde (2000b), con base en las cuales privilegio la

⁴⁵ Para conocer uno de los posicionamientos más influyentes de esta perspectiva, es conveniente estudiar el libro *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío*, compilado por Seyla Benhabib y Drucilla Cornell (1990).

⁴⁶ En la misma línea de la nota anterior, recomiendo la lectura de *Feminism/Postmodernism*, editado por Linda J. Nicholson (1990).

deconstrucción, el *desmontaje* y la *elaboración*. En ellas se sintetizan años de desarrollo conceptual que, a través de las obras de las investigadoras feministas, han dado pie a una profunda transformación en la creación de conocimientos.

El sentido feminista contemporáneo de la *deconstrucción* no se restringe a la connotación lingüística que le dio origen. Remite a la importancia de ubicar las elaboraciones conceptuales en su contexto de significación y, desde ahí, profundizar en sus implicaciones hasta llegar al núcleo en el que se deposita el sesgo de género que las convierte en tecnologías de control, dominación o exclusión de las mujeres y lo femenino. Implica, entonces, llevar el análisis crítico a sus consecuencias más radicales.

Para producir un conocimiento que favorezca la construcción de las libertades de las mujeres no basta con deconstruir. Como bien subraya Marcela Lagarde, aunado a la deconstrucción está el *desmontaje* del androcentrismo, el sexismo, la misoginia y el resto de sesgos de género inherentes a la producción patriarcal de conocimientos, con el objetivo de elaborar conceptos que, además de evidenciar esos sesgos, muestren en qué se fundamentan para, con ello, sentar las bases de un proyecto emancipador.

En ese sentido, algunas autoras convocan a *resignificar* y a *reconstruir* conceptos que, habiendo sido creados con una orientación androcéntrica, en manos de las mujeres adquieren signos de vindicación de lo femenino como distinto, valioso y entrañable. Estos procedimientos detonan nuevas acepciones, pero no necesariamente nuevos conocimientos, puesto que suponen retomar un hecho, un signo, una relación, un concepto, etc., e introducirle contenidos femeninos que hagan contrapeso a su connotación patriarcal sin subvertir el orden social, político y simbólico en el que tienen sentido.

En cambio, una de las aspiraciones de la metodología feminista es conducir la investigación hacia la *elaboración* de nuevos conocimientos y perspectivas de análisis. Elaborar es, entonces, crear explicaciones conceptuales complejas, novedosas y pertinentes respecto a lo ya conocido o a fenómenos emergentes.

Entre los procedimientos que acompañan a estas claves epistemológicas destacaré la *visibilización*, la *desnaturalización* y la *historización* pues considero

que concentran con amplitud algunos otros, advirtiendo que se concatenan y traslapan entre sí.

La *visibilización* consiste, en palabras de Shulamit Reinharz, en "...hacer visible lo invisible..." (1992: 248. Traducción libre). Dado que en las sociedades contemporáneas la invisibilidad es uno de los elementos de la condición de género de las mujeres, la investigación feminista se empeña en demostrar la existencia de éstas, así como la forma en que están presentes en el mundo.

La visibilización parte de la *filosofía de la sospecha*⁴⁷ frente a las afirmaciones que refuerzan o reproducen el sexismo en el conocimiento, cuestionándolas, es decir, preguntándoles dónde y cómo están las mujeres (o lo femenino; o los hombres y lo masculino; o lo humano). Ello permite documentar la exclusión y la injusticia de que son objeto, al tiempo que sacar a la luz los conocimientos, los saberes, los valores, las formas de producción, la participación en la reproducción, la estética, los conceptos filosóficos, los cuerpos y las sexualidades, las concepciones del mundo, las posiciones políticas, los aportes económicos, materiales y simbólicos, las creaciones artísticas, en fin, todas las expresiones del ser y hacer de las mujeres que permanecen desconocidas, ignoradas, silenciadas u omitidas.

Como parte de la visibilización, vale la pena destacar el lugar que ocupa la *develación*, esto es, despojar a las apariencias de los velos androcéntricos, sexistas, heterosexistas, etnocéntricos, clasistas y racistas que ocultan a las mujeres y subordinan todo lo considerado femenino. Develar significa quitar uno a uno los velos que distorsionan la existencia de las mujeres y sus obras. En ese sentido, la condición de género es el referente en torno al cual se ha tejido el velo más denso y a la vez más sutil de su invisibilización, puesto que está legitimada por una acepción de la cultura que la concibe como homogénea, coherente y atemporal⁴⁸. Frente a este esquema, develar significa también buscar y mostrar las contradicciones, las confrontaciones, los desacuerdos, las fisuras y las

⁴⁷ El sentido que doy a esta expresión deriva tanto de la apreciación de Teresa del Valle que cité páginas atrás como de la afirmación de Celia Amorós de que el feminismo es una teoría crítica cuyo "hacer ver" consiste en "irracionalizar", pues ésta es la única posibilidad de "...enfocar adecuadamente los fenómenos relacionados con los sistemas de sexo/género..." (2005: 426).

⁴⁸ Para una crítica radical de esta acepción de cultura, véase Lila Abu-Lughod, 2006.

rupturas que produce una pluralidad de sujetos, en particular las mujeres, en la vida cotidiana en relación con los modelos estereotipados de ser y deber ser que ofrece la condición de género patriarcal.

Aunada a la develación transita la *escucha*. La invisibilización está cimentada en el silenciamiento de las mujeres⁴⁹ que les fue impuesto por la dominación patriarcal; por ello, oír sus voces es un recurso metodológico fundamental para no hablar por ellas.

La investigación feminista es intencional. En este caso, su intencionalidad es *visibilizar para transformar*, no solamente para que se vea lo que ha estado oculto de la experiencia de las mujeres, sino contribuir con los conocimientos necesarios para erradicar los sustratos de su exclusión. En este punto hay que volver a considerar el carácter dialógico de la investigación feminista, en el que la interacción entre sujeto cognoscente y sujeto cognoscible materializa la afirmación de Sandra Harding referida páginas atrás, respecto a que investigadora e “investigada” se colocan en el mismo plano crítico, pues llevar a cabo este tipo de investigación forma parte de la propia experiencia de vida. Esto quiere decir que la investigadora está conociendo y al mismo tiempo se está viendo a sí misma: está visibilizando a otras mujeres, sus conocimientos y experiencias para transformar una situación común. También las personas con las que se interactúa en la investigación se ven transformadas, pues hacerlas partícipes de una entrevista, de una observación o de una dinámica grupal lleva consigo una intervención en su subjetividad que las conduce a revisar su propia experiencia⁵⁰.

Por su parte, *desnaturalizar* supone también ejercer la filosofía de la sospecha en relación con la arbitrariedad sociocultural e histórica sobre la que se

⁴⁹ Este elemento de la condición de género llevó a Teresa del Valle (1997) y a Henrietta Moore (1990) a hablar de las mujeres como sujetas a mutismo social, considerándolas por tanto sujetos silenciados.

⁵⁰ Judith A. Cook y Mary Margaret Fonow nos alertan respecto a la responsabilidad ética que atañe a las investigadoras feministas en su relación con las mujeres y hombres a quienes hacen partícipes de sus indagaciones, puesto que hay el riesgo de que se intervenga en sus vidas de manera disruptora, afectando relaciones o circunstancias que “...son personalmente satisfactorias para los participantes y quizás materialmente necesarias para su sobrevivencia...” (1990: 78. Traducción libre). Por su parte, Martha Nussbaum (2002) plantea constantes cuestionamientos respecto a las valoraciones que una investigadora externa puede hacer de situaciones que para ella demeritan a las mujeres y obstaculizan sus posibilidades de desarrollo, sin tomar en cuenta que son las condiciones que tienen a la mano para sobrevivir en sus contextos vitales.

construyó la escisión de lo humano en torno al género. La cultura es el ámbito de referencia central puesto que transmite la percepción de que lo humano es natural y, al mismo tiempo, permite humanizar todo lo que nos rodea. Con este proceso de humanización, asignamos cualidades o atributos de género a todo aquello que no es propio de nuestra existencia, como los astros, los elementos naturales u otras especies, con lo que les hacemos aceptables, perceptibles, accesibles a nuestra comprensión y manipulables. Pero, al mismo tiempo, hacemos que todo aquello que es producto de la creatividad y la actividad humana aparezca como ajeno a ésta, con una existencia propia que antecede a la nuestra. De esta forma, la naturalización hace innecesaria la reflexión sobre esa existencia, conduciéndonos a pensar en identidades esenciales que preexisten a los individuos, haciendo de éstos portadores de cualidades sobre las que no tienen injerencia. Esta enajenación es la que nos permite vivir sin reparos, aceptando que mujeres y hombres son como son “por naturaleza”⁵¹.

La construcción del género es el ejemplo por excelencia del proceso de naturalización. Gracias a ella, amplios sectores de la población no cuestionan la subordinación de las mujeres (ni otras situaciones excluyentes como la homofobia, la lesbofobia, la desigualdad de clase, la discriminación étnica o la segregación racial) por asumirla como algo inherente a su condición de género. De hecho, la legitiman, contribuyendo a reproducirla.

Numerosas creaciones culturales sustentan esa naturalización: las mitologías, las religiones, las elaboraciones filosóficas. También la ciencia opera como una tecnología de género⁵² que, a través de un amplio abanico de conocimientos, ha conducido a pensar o interpretar las diferencias entre mujeres y hombres en clave androcéntrica. Por ejemplo, la constatación empírica de la influencia que tienen las hormonas en el embarazo y su consecuente reflejo en la conducta ha llevado a pensar que las mujeres –en general y a lo largo de toda su

⁵¹ La dialéctica entre naturalización y humanización es uno de los temas en torno a los cuales se conformó la antropología, por lo que su análisis es recurrente en esta disciplina. En un trabajo previo destacué los aportes de la antropología feminista al desmontaje de estas dos circunstancias, la invisibilización y la naturalización. Véase Martha Patricia Castañeda Salgado, 2006b.

⁵² Teresa de Lauretis (1991) acuña este término para aludir a las múltiples tecnologías sociales a partir de las cuales se produce el género, condensadas en diversos lenguajes y representaciones sociales.

vida- son más susceptibles a sus efectos, mientras que a los hombres se les considera más independientes de las acciones endócrinas, excepto durante la adolescencia.

La naturalización permite que mujeres y hombres se conciban a sí mismos como resultado de procesos ajenos y externos para los cuales la autoreflexión es innecesaria, puesto que siendo la existencia un imponderable, no se requiere conciencia de sí. A ello contribuye de manera decisiva la relación entre naturalización y poder, el cual se presenta adherido a sus respectivas condiciones de género. En este punto adquiere particular relevancia entender que esa relación se sostiene a sí misma gracias a la deshistorización de la experiencia humana y de la escisión entre los géneros.

Habida cuenta de las complejas implicaciones de la naturalización, la desnaturalización será el procedimiento mediante el cual se la desmonta. Desde la perspectiva de la investigación feminista, empezar por la vida de las mujeres significa, al mismo tiempo, empezar a desconfiar de todo lo que venga validado con la etiqueta de “ser natural”, innato o inherente a la situación de las mujeres, de los hombres y de sus respectivas condiciones/situaciones/posiciones de género.

La posibilidad de visibilizar y desnaturalizar la condición/situación/posición de género de las mujeres –y de los hombres- es *historizar* cada una de ellas. La historización es un procedimiento que supone una deconstrucción afirmativa. Consiste en *revelar* el conjunto de procesos inherentes a la invisibilización y la naturalización, mostrando los mecanismos, a veces sutiles, a veces abruptos, a través de los cuales se subordinó a las mujeres y lo femenino a través de tecnologías de género adheridas al poder hegemónico prevaleciente en una sociedad y un momento histórico particulares. Supone, para ello, ubicar la evidencia en su contexto y sus circunstancias, reconstruir tanto la situación social prevaleciente cuanto las mentalidades, valores y sistemas normativos en circulación como los modelos de género y, en general, la cultura de género que orienta la definición misma de los géneros y de las relaciones de los sujetos de género. Asimismo, incluye el análisis crítico del Estado y de las instituciones para mostrar cómo legitiman, sostienen y reproducen la opresión de género de las

mujeres, en concordancia con las necesidades que le impone la conservación de su hegemonía.

Tanto las claves epistemológicas como los procedimientos que he mencionado tienen el trasfondo de las distintas elaboraciones teóricas que genéricamente llamamos feminismo. Sin embargo, vale la pena recordar que hay múltiples perspectivas feministas que se traducen en varias opciones metódicas para su aplicación a la investigación concreta. Por esa razón, habrá que hacer un alto en los métodos utilizados en la investigación feminista.

Reflexiones en torno a los métodos de investigación

Sin duda alguna, el punto nodal de referencia para la investigación feminista es la crítica al método científico convencional. En su acepción más común, éste comprende recurrir a la evidencia empírica, la aplicación de la inducción y la deducción, la experimentación y la comprobación, junto con la afirmación de que tanto los fenómenos naturales como sociales son cognoscibles a través de este procedimiento.

Las acepciones contemporáneas del método científico ya no suscriben plenamente dicha acepción. Por el contrario, se reconoce que las premisas positivistas en las que se sustenta (objetividad, separación sujeto-objeto, causalidad y universalidad) no operan juntas, son relativas y no hay uniformidad en su aplicación en todas las disciplinas científicas, ni siquiera al interior de cada una de ellas.

La pretensión de universalidad del método científico, confrontada con la emergencia de la investigación feminista, fue el motivo de que se planteara el cuestionamiento respecto a si hay o debería haber “un” método que ocupara un lugar paradigmático semejante para el feminismo. La respuesta no se hizo esperar y las más diversas estudiosas del tema llegaron a concluir que no hay un método feminista, sino una pluralidad de métodos. Con ello se elude la definición de un nuevo binarismo (método científico versus método feminista), abriendo las puertas a la pluralidad de puntos de vista. Esta posibilidad ha sido especialmente favorecida por las feministas postcolonialistas y postmodernas.

Ahora bien, si no hay “un” método feminista, ¿cuáles son los parámetros para aludir a una pluralidad de métodos en la investigación feminista? De acuerdo con el exhaustivo análisis del tema que nos ofrece Shulamit Reinharz, la respuesta está en el uso que las investigadoras feministas hacen de ellos. Según esta autora, en el caso de las especialistas de habla inglesa se observan dos grandes tendencias: usar todos los métodos existentes e inventar nuevos. En el primer caso, muestra que numerosas investigadoras reinterpretan y resignifican la etnografía, la estadística, las historias de vida, la investigación experimental, la historia oral, el análisis de contenido, los estudios interculturales o los estudios de caso. En el segundo, refiere las innovaciones que han introducido como la investigación-acción, la elaboración de indicadores y escalas de medición, el uso del drama y el psicodrama, las genealogías, los estudios de redes, la narrativa y el análisis del discurso o el análisis de imágenes. Dado que las fuentes de esta autora son fundamentalmente las investigaciones realizadas por feministas estadounidenses, destaca la afirmación que retoma de Catharine MacKinnon, para quien el principal aporte metódico feminista son los grupos de autoconciencia, en los cuales las mujeres exponen sus experiencias y las interpretan desde sus propios puntos de vista⁵³.

La reflexión sobre los métodos utilizados por las investigadoras feministas es histórica, pues corre paralela a la conformación del feminismo académico, del feminismo político y del movimiento feminista. Ello nos permite entender que muchas de las aplicaciones tanto de los métodos ya existentes como de las innovaciones en la materia van de la mano con el trabajo entre feministas académicas y feministas desempeñándose en otros ámbitos, así como en la relación con mujeres en los espacios de sensibilización, capacitación y formación en género y perspectiva de género.

Reconocidas estas circunstancias, es imprescindible mencionar que las feministas latinoamericanas y españolas también han desarrollado métodos de investigación situados en las características sociales, culturales, económicas y políticas de sus respectivos países. Así, es posible reconocer tanto

⁵³ Véase Shulamit Reinharz, 1992: 220.

resignificaciones de los métodos convencionales como aportes originales. En la primera línea podemos destacar las adecuaciones que propone Alejandra Massolo (1998) para utilizar las historias de vida en la recopilación de testimonios autobiográficos de mujeres; la combinación de métodos implementada por el equipo de investigación coordinado por Mercedes Olivera (2004) para analizar las sumisiones, resistencias y rebeldías de mujeres indígenas de Chiapas (México); o el trabajo de archivo y análisis documental implementado por Magdalena León y Carmen Diana Deere (2000) en su investigación sobre género, propiedad de la tierra y empoderamiento en América Latina.

En referencia a las innovaciones en el método, Marcela Lagarde (2000a) ha introducido varios enfoques, entre los que me interesa destacar su propuesta de hacer el inventario de los recursos de las mujeres para potenciar su autoestima; la hermenéutica feminista desplegada por Elsa Tamez (2004), Mercedes Navarro (2004) e Ivone Gebara (2004); el análisis de Martha I. Moia (1981) de los ginecogrupos como modelo antropológico que permite explicar el establecimiento de vínculos sociales estables desde la prehistoria hasta nuestros días; o el abordaje de los cronotopos genéricos para la elaboración de la memoria llevado a cabo por Teresa del Valle (2000). Asimismo, la investigación participativa también ha dado pie a la generación de recursos metodológicos importantes, como es el caso del autodiagnóstico.

Las menciones anteriores son meramente indicativas, pues un recuento justo debería atender a las intersecciones de grupos particulares de mujeres, temas, áreas geográficas y enfoques disciplinarios, a partir de las cuales se han practicado e innovado métodos aplicados a la investigación feminista.

Ahora bien, el estudio de los métodos usados por las investigadoras feministas ha recorrido otra vía de discusión: la centrada en la distinción entre métodos cuantitativos y cualitativos, junto con el cuestionamiento de si se identifican en ellos orientaciones de género específicas.

Entre las primeras respuestas que dieron las especialistas a este debate, aquellas posicionadas en la afirmación del privilegio epistémico de las mujeres llegaron a afirmar que los métodos cuantitativos, en su búsqueda de objetividad,

de establecer datos irrefutables por la experiencia y por la interpretación que se hace de sus resultados como “verdaderos”, serían eminentemente masculinos, mientras que los métodos cualitativos, centrados en la búsqueda de la significación, serían femeninos. De estas acepciones se derivaron otras consecuencias: los métodos cuantitativos no eran aptos para la investigación feminista, deberían seguir siendo desarrollados por hombres, mientras que los métodos cualitativos serían los adecuados para las mujeres. En este nuevo binarismo, se llegó a vindicar que los métodos empleados por las investigadoras no tenían por qué ser exclusivamente científicos, puesto que la interrogante por la experiencia de las mujeres podía ser respondida desde la óptica del conjunto de estrategias que otras mujeres habían desplegado en el trabajo práctico, político o militante⁵⁴.

Por supuesto que también se presentaron posicionamientos distintos, encaminados a “desgenerizar” a los métodos, mostrando que tanto mujeres como hombres pueden –y deben- aplicar métodos cuantitativos o cualitativos, siempre de acuerdo con los requerimientos de su investigación. Esta postura abrió otra veta del debate: ¿pueden hacer los hombres investigación feminista? Quienes niegan esta posibilidad consideran que es indispensable tener un cuerpo de mujer y vivir la experiencia de ser mujer a través de ese cuerpo para tener una comprensión plena de lo que significa la opresión, con base en la cual se lleva a cabo una investigación con pretensiones emancipadoras. Quienes, por el contrario, piensan que sí es posible, lo hacen a partir de la idea de que los hombres interesados viven situaciones de subordinación que les permiten aprehender las consecuencias de la opresión de género y sumarse a los afanes libertarios de las mujeres.

Por último, nos encontramos con una tercera posibilidad: entender las orientaciones de género que investigadoras e investigadores imprimen a los métodos que aplican, indistintamente de que sean cuantitativos o cualitativos, así como a los conocimientos que de ello derivan. De ahí que se perfilara la aseveración de que la investigación feminista es multimetódica, pues las mujeres

⁵⁴ Véase Mary Connelly Goldsmith, 1998.

no aplican un solo método para abordar los problemas que se plantean, ni hay un método que sea “eminentemente femenino”, a pesar de que se ponderen la intuición, la emotividad y, en general, la subjetividad, como mecanismos que conducen a las investigadoras a entender el mundo de una cierta manera.

Los posicionamientos en torno a las técnicas de investigación

El análisis de las técnicas de investigación utilizadas para relevar la experiencia de las mujeres –cuando se trata de ciencias sociales y humanidades- o bien para comprender cabalmente el desenvolvimiento de otras unidades de observación y su influencia en la vida de éstas, si se trata de las ciencias exactas y experimentales, forma parte del estudio de los procedimientos adoptados o impulsados por la investigación feminista.

De la misma manera que ocurre con los métodos, cuando se estudian las técnicas de investigación nos encontramos con una importante tendencia a utilizar aquéllas que son de uso corriente en investigaciones no feministas, adaptándolas a los requerimientos de las indagaciones feministas. Asimismo, hay una tendencia creciente a experimentar nuevas formas de aproximación a las mujeres y de obtención de información significativa para entender los fenómenos de toda índole que afectan la vida humana en general, y la de mujeres y hombres en su respectiva particularidad.

El cuerpo sexuado suele estar en el centro de la reflexión sobre el diseño y aplicación de las técnicas de investigación con una perspectiva feminista. Bajo el supuesto de que no sólo se vive sino que también se conoce desde el cuerpo, las investigadoras generan formas de obtención de información capaces de llegar a los puntos de significación en los que se pueden establecer relaciones de mutua comprensión intersubjetiva. Con esas miras, muchas de las técnicas aplicadas en ciencias sociales y humanidades suelen ser espontáneas e informales: recorrer con las mujeres lugares que les resultan significativos registrando sus recuerdos, evocaciones y reelaboraciones; ver juntas fotografías, videos y películas; preparar alimentos; someter las transcripciones de entrevistas al parecer de las mujeres entrevistadas, son sólo algunos ejemplos de ello. El elemento común a ellas es la

intención de establecer una relación de investigación en el propio contexto vital de las mujeres cuya experiencia se quiere relevar, otorgando valor epistémico al conjunto de elementos que constituyen su mundo cotidiano.

Las mujeres católicas en las asociaciones religiosas. Fiestas, poderes e identidades, de Martha Patricia Castañeda Salgado. Un ejemplo de metodología feminista centrada en las mujeres.

Sé que puede parecer impropio caer en la autorreferencia. Sin embargo, me permitiré aludir a mi propia investigación para mostrar cómo apliqué la comprensión de las implicaciones de la metodología feminista al análisis de la experiencia de mujeres católicas rurales inscritas en dos asociaciones de fieles: Hijas de María Inmaculada y Asociación Carmelitana⁵⁵.

Parto de explicitar que coloqué dicha investigación en el contexto de la antropología feminista, la cual asume como propio el principio de conocer la experiencia de las mujeres. En el plano conceptual, abordé la experiencia como un “...complejo de hábitos resultantes de la interacción con el mundo externo...” (Teresa de Lauretis, 1992: 253) que forma parte de la constitución de las mujeres como sujetos, mientras que en el plano empírico relevé la observación detallada de su vida cotidiana y de sus puntos de vista. Asimismo, incorporé algunos principios básicos de la metodología feminista, como son:

- Centrar el análisis en los puntos de vista y las experiencias de las mujeres.
- Retomar el análisis de los poderes indirectos, de los estereotipos y sus atributos, de la tradición, de la dinámica del cambio y del ritual en relación con el espacio social.
- Analizar la relación de las mujeres con las fuentes paradigmáticas de lo simbólico.

⁵⁵ Las asociaciones de fieles son organizaciones particulares de la feligresía católica laica que realizan actividades de culto a alguna advocación religiosa, junto con tareas de evangelización y servicio a la comunidad. Tienen una estructura interna normada por el Código del Derecho Canónico, así como por un Reglamento y Estatutos propios. Muchas de estas asociaciones son la versión contemporánea de las antiguas hermandades y cofradías, como la Asociación Carmelitana; otras más, como las Hijas e Hijos de María Inmaculada, son de creación relativamente reciente.

-Identificar la especificidad genérica de las mujeres y la manera como ésta adquiere sentido en los ámbitos identitario y subjetivo.

-Analizar los componentes de la cultura religiosa, su relación con la vida de las mujeres y las fuentes de las cuales abrevan sus creencias dentro de una concepción del mundo que contiene múltiples referentes: la tradición nahua, el catolicismo y la cultura sexual judeocristiana, entre los más importantes.

La investigación remite al estudio antropológico de las manifestaciones religiosas como hechos culturales, no teológicos, filosóficos o estéticos.

Para obtener la información necesaria, utilicé una combinación de métodos para relevar tanto la experiencia de las mujeres (comprendiendo aprendizajes, acciones, posicionamientos, expectativas, recuerdos e interpretaciones) como las distintas posiciones sociogenéricas que ocupan dentro de la organización social local y la estructura organizativa de la iglesia católica, así como los contenidos y orientaciones de género presentes en los discursos institucionales a los que han estado expuestas. Tales métodos comprendieron trabajo etnográfico (en el que desarrollé observación participante, observación directa, entrevistas, identificación de grupos genealógicos de mujeres, cuestionario, revisión del archivo parroquial y de las asociaciones, análisis de sermones), revisión de fuentes documentales y revisión bibliográfica.

Los ejes de análisis que elegí para desarrollar el método de exposición fueron:

1. La formación de las mujeres católicas como sujetas de género.
2. El análisis de la participación de las mujeres católicas en las asociaciones de fieles.
3. La orientación genérica de las fiestas devocionales.
4. La agencia de las mujeres católicas.

Mi interés era mostrar que, en un contexto rural en el que la adscripción al catolicismo y la participación en los cargos religiosos forman parte de la etnicidad local, así como de su cohesión comunitaria, las mujeres únicamente pueden acceder a una instancia localizada y acotada de participación directa a través de su pertenencia a las asociaciones católicas de fieles. Ser nombradas presidenta,

secretaria o tesorera de alguna de ellas las coloca en la posición de encabezar una fiesta devocional, lo cual no pueden alcanzar por la misma vía que los hombres, pues ellos ocupan los cargos de fiscales o mayordomos dentro de un sistema que excluye a las mujeres.

A partir de ver a las mujeres como “encargadas” de las fiestas –lo cual significa ver aquellas celebraciones devocionales en las cuales ellas son las protagonistas principales de la conducción ritual- y no como colaboradoras de mayordomos y fiscales⁵⁶, pude concretar algunos de los procesos descritos a lo largo de este libro:

1. La caracterización de las mujeres católicas como sujetas de género. A partir del análisis minucioso de la experiencia de las mujeres dentro de las asociaciones y de las fiestas devocionales, así como del trabajo con fuentes paradigmáticas (la Biblia, el Derecho Canónico, el Manual de las Hijas de María Inmaculada y la Regla de la Orden Carmelitana Seglar de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo o Tercera Orden Carmelita) y la documentación de los rituales religiosos, comunitarios y domésticos, pude referirme a una mujer católica (concepto general) como

...una mujer adscrita al catolicismo que ha integrado a su vida de manera profunda y definitiva el intrincado vínculo entre *cultura religiosa* y *cultura de género* que lleva consigo dicha vertiente religiosa. Esa adscripción la dota, además, de un sentido amplio de lo que son la sociedad, la política, la economía, el estado, atravesado siempre por connotaciones morales que orientan todas sus acciones, sus relaciones, sus pensamientos, sus expectativas, sus aspiraciones, sus ideas de futuro, sus perspectivas sobre el mundo y, en particular, la concepción que tienen de sí mismas.” (Martha Patricia Castañeda Salgado, 2007: 79-80. Cursivas en el original).

En lo que toca a las mujeres católicas presentes en mi investigación, abundo en esa caracterización al considerarlas

⁵⁶ Las mayordomías y las fiscalías son cargos religiosos inscritos en una estructura escalafonaria ocupada únicamente por hombres del pueblo en el cual realicé esta investigación. Los hombres experimentan constantes tránsitos entre estos cargos y los propios del gobierno municipal, observándose una constante circulación de hombres pertenecientes a sectores sociales delimitados que constituyen la que puede considerarse una élite local, concentrando el control de los puestos de poder y autoridad. Las mujeres del pueblo, al estar excluidas de la organización de cargos religiosos, lo están también de los puestos públicos.

“...sujetas de género cuya experiencia vital está organizada por creencias y prácticas religiosas que les asignan un lugar de subordinación por el hecho de ser mujeres. Se caracterizan también por ser portadoras de una mentalidad construida a partir de la distinción entre cuerpo y alma, así como de una orientación moral en la que virtud y pecado se oponen mutuamente. Tal mentalidad se acompaña de una constante significación del cuerpo, la sexualidad, las relaciones sociales, las prácticas comunitarias y, en general, de una experiencia vivida en la que no hay distinción entre la cultura de género y la cultura religiosa de la que estas mujeres son, simultáneamente, depositarias, reproductoras y protagonistas.

“En términos categoriales, me permito suscribir la idea de que la mujer católica (abstracción conceptual) vive una forma particular de cautiverio; la de la mentalidad religiosa. Más allá de ser creyentes o practicantes, las mujeres católicas en concreto viven sumergidas en una forma de pensar en la que los valores morales y éticos promovidos por el catolicismo son normas de vida a partir de las cuales naturalizan y legitiman, para sí mismas y para los demás, la subordinación generalizada en que transcurren sus existencias, asumiendo que el fundamento elemental de todo lo experimentado es su ser sexuado inferior, impuro, culpable de la expulsión del Paraíso y responsables, en consecuencia, de que la vida de los otros se apegue a las buenas conductas que permiten la reproducción interminable del orden social.” (Op. Cit.: 80).

Conviene precisar que no existe una forma-de-ser-católica homogénea entre las mujeres con quienes realicé esta investigación. Con base en sus propias auto y heterodesignaciones, pude identificar por lo menos tres modalidades de católicas; las “creyentes”, las “católicas” y las “renovadas”, que compiten entre sí pero al mismo tiempo comparten los espacios de las asociaciones de fieles, buscando con mayor o menor interés formar parte de sus mesas directivas para encabezar las respectivas fiestas devocionales.

2. Para documentar los procesos de naturalización e invisibilización de los que son objeto las mujeres tanto en el contexto institucional de la Iglesia Católica como al interior de la organización de género local, estudié el ciclo de vida de las mujeres católicas, desde el nacimiento hasta el “cabo de año”, ritual con el que se cierra el periodo iniciado con la muerte física un año exacto después del deceso. Abordé ese ciclo desde la perspectiva de la formación simultánea de las mujeres

como sujetas de género, como católicas y como integrantes de su comunidad. Para ello, establecí las coordenadas entre los momentos de la vida identificados culturalmente, el aprendizaje de la doctrina católica a través del catecismo y la celebración de los sacramentos como rituales que sancionan el paso de una edad-estado al siguiente.

3. Respecto a la historización, analicé la simultaneidad del proceso de formación genérica de las mujeres con la pertenencia a las asociaciones de fieles, organizaciones que las colocan en el interior de la institución católica en posiciones de subordinación por ser mujeres, pero también por ser rurales, adscritas a una pequeña parroquia, con recursos financieros limitados, lo cual les dificulta el ascenso de posiciones dentro de la estructura jerárquica de esas asociaciones, de alcance mundial. Asimismo, destaqué el carácter profundamente conservador de las pastorales a las que han estado expuestas estas mujeres durante buena parte del siglo veinte y lo que ha transcurrido del veintiuno, mostrando cómo, a pesar de que Renovación Carismática compitió con la pastoral más apegada a las directrices vaticanas, comparte con ésta la perspectiva de apoyar la participación social de las mujeres pero no su empoderamiento, además de fortalecer el familismo, el comunitarismo y la negación de la autonomía.

A pesar de ello, debido a que encabezar una fiesta devocional forma parte de los requisitos para participar de la estructura de prestigio en que se sustenta la diferenciación social de la población local, mostré que fungir como encargadas de una de las fiestas encomendadas a las asociaciones de fieles permite a las mujeres adquirir y desarrollar poderes que, si bien no las colocan en posiciones simétricas respecto a los hombres, si generan la “ilusión de equivalencia” entre unas y otros, tendiendo con ello un velo que les impide reaccionar ante la dominación de que son objeto. En el proceso de develarlas, mostré que en el centro de las acciones pedagógicas religiosas se encuentra la configuración de dispositivos de género que permiten controlar a las mujeres a través de la construcción del pecado, referida de manera directa a sus cuerpos y sexualidades, a sus acciones, al carácter de sus relaciones inter e intragenéricas pero, sobre

todo, a las decisiones que llegan a tomar en el curso de su vida y que atentan contra el orden de género prevaleciente.

Con base en todo ello, documenté la tesis según la cual, la pertenencia de las mujeres a las asociaciones de fieles las dota de un *ubi* subordinado y contradictorio. Asimismo, sustenté la hipótesis de que

“...la inscripción de las mujeres en las asociaciones religiosas, desde la más temprana infancia hasta la muerte, las dota del *ubi* social, político y simbólico desde el cual se convierten en interlocutoras, conscientes de ello o no, de un orden social que trasciende el ámbito familiar y comunitario, definiendo para ellas una forma específica de ciudadanía y de calidad de vida, profundamente corporativa y subordinada, pero, de manera contradictoria, potenciadora de su agencia desde posiciones conservadoras. Este *ubi* está en el centro de la lucha por la hegemonía local entre distintas fuerzas políticas que centran su atención en la disputa por el control de las mujeres, con lo que las colocan en una relación con el Estado definida a partir de su posición como católicas.” (Ibid: 5).

En las Reflexiones Finales del trabajo, pensando en posibilidades de transformación de esta situación de protagonismo dentro de la subordinación que viven las mujeres católicas en el contexto comunitario local, reconozco que viven la religión como un recurso para obtener autoestima, aún cuando sea dentro de mentalidades profundamente conservadoras; en ese sentido, se requiere poner al alcance de estas mujeres otras opciones para la vida que contrarresten las restricciones que les impone el cautiverio de la mentalidad religiosa. A ello podría coadyuvar, además de la concatenación con otros procesos, la ampliación de la acepción étnica local de los derechos políticos. Lo planteo en los siguientes términos:

“Con la forma sincrética de participación en el ciclo ritual y festivo del pueblo que he descrito en esta tesis, las mujeres tepeyanquenses⁵⁷ mantienen vigente la tensión entre conservación de la hegemonía de los grupos locales de interés y reto a la hegemonía de la iglesia a través de la imposición de un código cultural, el *cargo*, a una forma de organización institucional que, si bien se define como respetuosa de la religiosidad popular, lleva siglos tratando de domeñarla. Al mismo

⁵⁷ Gentilicio aplicado a las habitantes de la localidad rural del suroeste del estado de Tlaxcala (México) en la que realicé la investigación.

tiempo que las mujeres se posicionan junto a los hombres para mantener vigente este elemento de la etnicidad local, también se colocan frente a ellos en lo que toca a la orientación de género de esa hegemonía, pues consideran que encabezar una fiesta devocional es un privilegio al cual tienen el derecho de acceder por formar parte de la comunidad. En esa acepción étnica de los derechos políticos de las mujeres se ubica una potencialidad más de cruce de la identidad religiosa, materializada en la participación social, que, asociada con la ampliación de los horizontes que constituyen el mundo de las tepeyanquenses, pudieran contribuir a desmontar ese cautiverio.” (Ibid: 331).

Refiero esta investigación centrada en las mujeres católicas como ejemplo del abordaje de una experiencia de género en la que éste se concatena con distintos órdenes culturales (la religión, la pertenencia comunitaria, la participación social) que involucran articulaciones complejas en las cuales se producen las coyunturas, las fisuras y los intersticios a través de los cuales las mujeres pueden desplegar poderes, obtener autoridad y reconocimiento social, autoestima y bienestar para la vida, siempre dentro de los márgenes que les delimita el orden social patriarcal en el que se desenvuelven. Esto constituye una llamada de alerta respecto a que la participación social de las mujeres no necesariamente las conduce a una transformación radical de su condición de género si no va acompañada de los aprendizajes, las prácticas y las acciones que les permitan comprender las razones de su desigualdad, permitiéndoles atisbar otros horizontes de vida posibles.

5. Conocimientos feministas

La perspectiva de una sociedad sin opresión para las mujeres no es espontánea. Por el contrario, es uno de los resultados de la conformación histórica del feminismo, por lo que conviene recordar que éste es una filosofía, una teoría y una política destinadas a visibilizar, analizar, explicar, desmontar y erradicar dicha opresión. Tal como lo propone Marcela Lagarde (1996), constituye al mismo tiempo una cultura y una concepción del mundo. Su lógica es la de un pensamiento complejo, de raigambre ilustrada, capaz de conocer y de producir un conocimiento particular sobre la realidad, centrado en la experiencia de las mujeres⁵⁸. En consonancia con lo que he expuesto hasta ahora, habremos de preguntarnos si hay una orientación que permita calificar a ese conocimiento como feminista.

Para esclarecer lo anterior, conviene preguntarnos ¿qué es el conocimiento? Marta Lamas (2003) afirma que es

“...la posibilidad de pasar de un tipo de percepción a otro, de ampliar la mirada. La invisibilidad de cierto rasgo cultural se hace evidente al posicionarse en otro ámbito. Por ello, al percibir nuevas cuestiones, es posible efectuar un proceso transformativo. Si la gente cambia de forma rutinaria la base de su percepción, crea órdenes, escalas, niveles. El hecho de cambiar de perspectiva introduce posibilidades epistemológicas distintas.” (2003: 330).

Se pueden derivar varias implicaciones de la acepción anterior. La más inmediata coloca al conocimiento en el campo de las producciones humanas; en consecuencia, es social y es cultural. La segunda derivación atañe a las consecuencias de ampliar la mirada. Esto quiere decir que un mismo objeto puede ser percibido e interpretado de diferentes maneras, pues la posición de quien lo observa genera la particularidad de su percepción. Ahora bien, como he insistido a lo largo del libro, quien observa nunca es un agente neutral, por el contrario, es

⁵⁸ Shulamit Reinharz también planteaba en la década de 1990 que asistíamos a la construcción de una cultura feminista, aunque en su perspectiva se trataba más de un Renacimiento Feminista (1992: 269).

una persona cuyo primer referente de autoafirmación es el género al cual se adscribe. Entonces, el género es la primera ubicación que incide en la percepción que alguien tiene de un objeto. Ésta, que es la tercera implicación que me interesa destacar, es una afirmación derivada de la teoría de género inscrita en la teoría feminista, en íntima relación con la epistemología que le es pertinente. Sin embargo, es indispensable explicitar que el conocimiento al que aludo no es el que resulta espontáneamente de “darnos cuenta” de algo, sino del conocimiento cuyo fundamento es la investigación, el ejercicio intelectual, el seguimiento riguroso de procedimientos intencionalmente diseñados para proponer explicaciones sobre aquello que nos inquieta y que queremos dilucidar. Me refiero, entonces, al conocimiento científico feminista.

La revolución del pensamiento que introdujo el feminismo fue orientar esa percepción hacia el reconocimiento de lo oculto y silenciado detrás de los conocimientos instituidos como verdaderos, aquellos derivados del hacer científico. Sin embargo, con el paso de las décadas la epistemología feminista ha ido más allá de la percepción al explicar cómo se produce conocimiento, quiénes y en qué circunstancias lo producen, con qué fines y con qué orientaciones hegemónicas lo han hecho.

Ese tránsito ejecutado desde la perspectiva feminista no está marcado por los signos de la pretensión hegemónica, es decir, varias autoras han explicitado que el conocimiento al cual aspiran es necesariamente parcial, inacabado, con una clara intencionalidad política⁵⁹. Tiene estas características debido a que se reconocen los efectos de varios niveles de complejidad en la producción del conocimiento, entre los que cabe mencionar: la diversidad de las mujeres; la complejidad social; la multifactorialidad de la opresión que se ejerce sobre las mujeres; la multifactorialidad de fenómenos que afectan de manera desigual a mujeres y hombres; la heterogeneidad de las disciplinas científicas, tanto en el plano teórico como en el metodológico; la inequidad de género que impera al interior de las instituciones científicas, así como el alejamiento relativo de éstas

⁵⁹ Deberé reiterar aquí que el referente de esta apreciación es la pretensión hegemónica de que el conocimiento científico tiene entre sus características la generalidad, la universalidad y la neutralidad valorativa.

respecto a distintos niveles organizativos de la sociedad civil. A todo ello contribuye el asentamiento en las mentalidades de la percepción de la ciencia como un campo autónomo y no como una práctica cultural. En ese sentido, la parcialidad del conocimiento feminista se refiere a que establece cortes analíticos en las intersecciones de todos los elementos enunciados, a partir de los que son los principales intereses disciplinarios e interdisciplinarios respecto a los cuales las investigadoras feministas desarrollan su práctica profesional.

En la discusión sobre el conocimiento que se produce desde una perspectiva feminista, interviene una pregunta cuya respuesta no es unívoca: ¿es posible hablar de una ciencia feminista? Quizás habría que responder a la manera de Margret Eichler: depende. Depende de las posiciones teóricas y filosóficas suscritas por las propias feministas. Depende del desempeño de las investigadoras feministas como “insiders” o “outsiders” en las discusiones con investigadoras feministas, no feministas y antifeministas. Depende de sus propias aspiraciones respecto a constituir la o no.

Si atendemos de manera cuidadosa a la situación actual, quizás debemos reconocer que nos encontramos en un momento liminal de la elaboración feminista sobre la ciencia, discontinuo en el tiempo y en los alcances de sus propuestas. Por un lado, buena parte de los esfuerzos de las investigadoras feministas se han centrado en desmontar el androcentrismo en la ciencia e incidir de manera decisiva en su reorientación para transformarla en un espacio de producción de conocimientos que abonen la consecución de condiciones de libertad e igualdad para todas las personas. Por otro lado, reflejo de la certidumbre de importantes grupos de feministas respecto a que lo importante no es transformar lo ya existente sino crear un mundo y una humanidad nueva, fuera del orden patriarcal, la postura de otras autoras es pensar en una ciencia completamente nueva, femenina y feminista, en la que se amplíe la afirmación de los más diversos conocimientos, buscando el equilibrio entre las personas, el medio ambiente y la tecnología no depredadora.

A estos esfuerzos por delimitar el carácter de lo que la ciencia es y podría ser se han sumado las feministas de los países no hegemónicos, para quienes la

erradicación de la opresión de género de las mujeres es una dimensión respecto a otras con las que se refuerza mutuamente: las opresiones étnicas, sexuales, de clase, raciales, religiosas, políticas. Para ellas, la ciencia debería ser humana, comprendiendo las diferencias, la diversidad, la heterogeneidad y la multiplicidad de horizontes posibles⁶⁰.

En este contexto, la contradicción al interior del feminismo no es defectiva. Por el contrario, es la relación que está permitiendo la ampliación de puntos de vista –una de las aspiraciones iniciales de las epistemólogas feministas- y, sin duda, la redefinición de la ciencia como efecto de la incorporación de los aportes de investigadoras feministas de distintas latitudes. En ello concurren también investigadoras e investigadores no feministas que cuestionan a la ciencia hegemónica. Así, la discusión en torno a la ciencia y al conocimiento que de ella se deriva forma parte de una movilización intelectual y política más amplia que, si hacemos eco del pensamiento de Seyla Benhabib, forma parte de los diálogos culturales complejos⁶¹ que caracterizan el momento actual.

Dadas estas condiciones, sí hay un punto en el que se localiza un cierto consenso entre las investigadoras feministas: están aportando conocimientos novedosos a partir de llevar el feminismo a la ciencia. En ese sentido, y aún cuando suene tautológico, podemos afirmar que se trata de conocimientos feministas en los que destaca su carácter situado e implicado.

Los conocimientos situados

En capítulos anteriores mencioné que entre las autoras que ofrecen profundas reflexiones en torno al conocimiento desde una perspectiva feminista sobresale Donna J. Haraway (1995), quien consolidó la concepción del conocimiento feminista como un *conocimiento situado*. La autora arraiga la reflexión alrededor del conocimiento feminista en la materia de la crítica a la objetividad positivista. Para ella, la objetividad debería referir a “...proyectos de ciencia feminista

⁶⁰ Un libro de consulta obligada para esclarecer estos posicionamientos en *Third World Women and the Politics of Feminism*, editado por Chandra Talpade Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres (1991).

⁶¹ Seyla Benhabib (2006) acuña esta caracterización para reflejar las distintas polémicas en torno al universalismo, el relativismo, el multiculturalismo, la ética, la moral, lo valorativo, las identidades, la autonomía, la independencia y la autoafirmación, así como su presencia en los que llama mundos vitales.

paradójicos y críticos...” (1995: 324) que se encarnen en conocimientos derivados de la localización y la particularidad del sujeto cognoscente. Se trata de conocimientos parciales porque derivan del sujeto y su cuerpo; del proceso histórico, cultural y semiótico que lo ha generado; de la manera específica en que sintetiza al menos tres elementos de su materialidad e historicidad: el género, la raza y la clase, agregando la etnia en el caso de América Latina.

En su perspectiva, la localización va de la mano de la comunicación, de tal forma que en el acto enunciativo del conocimiento se rompe la dicotomía sujeto-objeto puesto que uno y otro se denotan mutuamente. Coloca a los cuerpos en el punto de ruptura de esa dicotomía puesto que el sujeto no existe sin una corporeidad generadora de significación. Incluye al poder como un elemento indispensable en la explicación de la generación del conocimiento. También rompe el binarismo entre conocimiento científico y saberes, pues la producción de conocimiento se constituye en acto colectivo para el cual

“...Necesitamos el poder de las teorías críticas modernas sobre cómo son creados los significados y los cuerpos, no para negar los significados y los cuerpos, sino para vivir en significados y en cuerpos que tengan una oportunidad en el futuro” (1995: 322).

Siendo así, los conocimientos situados son también conocimientos responsables que no pueden ser reducidos a la mirada relativista: por el contrario, son su alternativa.

“...la alternativa al relativismo no es totalización y visión única, que es siempre finalmente la categoría no marcada cuyo poder depende de una estrechez y oscurecimiento sistemáticos. La alternativa al relativismo son los conocimientos parciales, localizables y críticos, que admiten la posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología...” (Op. Cit.: 329).

En una línea de reflexión paralela, Rosi Braidotti otorga al género un lugar fundamental en la identificación de lo que significa un conocimiento situado, abordando dos niveles: en el primero lo coloca como un desafío teórico porque “...Introduce la variable de la diferencia sexual en el corazón mismo de la investigación teórica...” (2000: 208), mientras que en el segundo afirma:

“Que uno no pueda hablar en nombre de la humanidad en su conjunto, que la posición intelectual o académica no pueda pretender representar valores universales, sino más bien valores extremadamente específicos –de clase, de raza, de edad, específicos de cada sexo- no debe confundirse con una declaración relativista. Reconocer la parcialidad de las enunciaciones científicas, su necesaria contingencia, su dependencia de mecanismos concretos que están muy determinados por factores históricos y socioeconómicos, no tiene nada que ver con el relativismo. Antes bien, es una actitud que marca un cambio significativo en la ética del estilo discursivo e intelectual. Que se repudie el universalismo anticuado para prestar mayor atención a la complejidad de los ‘saberes situados’ augura una mayor flexibilidad en la investigación, especialmente en el campo de las humanidades, así como una nueva sensibilidad ante las diferencias.” (Op. Cit.: 209).

Las argumentaciones de Rosi Braidotti refuerzan la idea de que la riqueza de los conocimientos situados se encuentra, precisamente, en su parcialidad. Al negar la capacidad de abstracción y generalización total de un conocimiento, se abren las puertas a que el conocimiento objetivo sobre un fenómeno se conforme de la pluralidad de puntos de vista parciales. En palabras de Donna J. Haraway, “...la objetividad feminista significa, sencillamente, *conocimientos situados*.” (Ibid: 324. Cursivas en el original).

Los conocimientos implicados

Las consideraciones sobre la investigación feminista tienen un referente consensuado en el reconocimiento de que ésta pretende aportar conocimientos con los que las científicas e investigadoras, en tanto que sujetos cognoscentes, pretenden enriquecer el bagaje de su ámbito de desempeño científico y al mismo tiempo aportar recursos para erradicar la opresión de las mujeres como género. En consecuencia, los conocimientos feministas llevan la marca de la participación política de las investigadoras en la transformación del mundo. Desde mi punto de vista, ello hace que los conocimientos situados también estén implicados en esa construcción.

En el momento actual, una de las implicaciones centrales es el empeño de conducir parte de la investigación feminista a apuntalar el reconocimiento, el ejercicio y la ampliación de los derechos humanos de las mujeres. En la consecución de este objetivo, ambas prácticas culturales y políticas se imbrican con la fuerza lograda por el movimiento feminista al haber logrado colocar sus demandas en el ámbito de los acuerdos internacionales a partir de los cuales los gobiernos nacionales se han comprometido a impulsar políticas de igualdad, la aplicación de políticas de transversalidad en el desempeño gubernamental, así como el apoyo a los proyectos educativos y científicos que contribuyan a eliminar las brechas que alejan de manera desigual a mujeres y hombres de los benefactores del desarrollo humano y sustentable⁶². En esta confluencia, los derechos humanos de las mujeres son referentes de los cuales se desprende una agenda de investigación de la que participan tanto las especialistas académicas como feministas políticas y activistas⁶³.

Sin embargo, el carácter implicado de los conocimientos feministas antecede el cumplimiento de esa agenda, así como los acuerdos institucionales que la sustentan. Las investigadoras feministas están profundamente comprometidas con el desarrollo de protocolos que les permitan aportar conocimientos en todas las áreas científicas, tecnológicas y humanísticas. El propósito inicial de llevar el feminismo a la ciencia sigue siendo irrenunciable, habida cuenta de que el desmontaje de la ciencia androcéntrica es desigual en cada una de esas áreas, por países e incluso por instituciones que cobijan la investigación. En el momento actual, estos esfuerzos se combinan con la ampliación de la matrícula universitaria femenina, la educación feminista (consistente en impartir cursos universitarios de teoría feminista y teoría de género) y la multiplicación de publicaciones de autoras feministas.

La trayectoria de estos procesos es notablemente desigual en América Latina, no sólo entre los países que la conforman, sino al interior de éstos. La

⁶² Para una amplia elaboración al respecto, véase Marcela Lagarde, 1996.

⁶³ Ejemplos interesantes de la manera como se definen temas de investigación a partir de los derechos humanos de las mujeres se encuentran en la compilación de Virginia Maquieira (2006) que los ubica en el contexto de la globalización.

historia de las sociedades latinoamericanas determina esos ritmos desacompañados, por lo que parte del compromiso político de las investigadoras y académicas feministas del subcontinente se centra en ampliar los espacios de investigación, docencia, divulgación científica y vinculación social que permitan a los feminismos latinoamericanos extenderse e influir en la producción de conocimientos situados e implicados que den cuenta de las profundas contradicciones en las que se arraiga y disemina la opresión de las mujeres con todas sus condiciones adscriptivas: etarias, parentales, sexuales, étnicas, clasistas, religiosas y políticas. Con ello, es muy probable que, por el momento, el compromiso político de las investigadoras latinoamericanas se centre en tres líneas de trabajo: a) contribuir al reconocimiento de la diversidad de los sujetos cognoscentes, en consonancia con la propia composición social de nuestros entornos; b) lograr que la ciencia sea un ámbito participativo, plural, desgenerizado y descolonizado; c) producir tecnologías no intrusivas ni depredadoras⁶⁴.

Conocimiento, valores y ética

En las consideraciones sobre las características del conocimiento feminista, el desmontaje de la objetividad androcéntrica va de la mano de la inmersión en las implicaciones de la connotación de verdad que la acompaña, además de la crítica a la pretensión de neutralidad valorativa que presenté con anterioridad.

Para la ciencia convencional, el criterio de verdad está ligado al de exhaustividad. Esto es, existe la posibilidad de llegar al conocimiento verdadero una vez que se ha agotado la exploración de todos los efectos valorativos que podrían tergiversarlo. En ese sentido, la verdad es intrínseca a la máxima abstracción, con la cual se despoja al objeto de todas sus apariencias para quedarnos con lo que realmente es.

El anterior es, sin duda, un terreno farragoso. Las epistemólogas y filósofas de la ciencia feministas han hecho análisis exhaustivos de la falsedad de la verdad, puesto que su declaración esconde sesgos y legitimaciones derivadas del

⁶⁴ Para ejemplificar estas afirmaciones, véase Norma Blazquez Graf y Javier Flores, 2005.

bagaje cultural en el que se sitúa quien produce el conocimiento. Por ello postulan que, en los hechos, lo que se detecta es una variedad de verdades, todas ellas transitorias y políticas⁶⁵. Asimismo, subrayan la importancia de no eludir el reconocimiento de los valores que subyacen al conocimiento sino, por el contrario, interpretarlos e identificar su presencia en los resultados de la investigación.

Martha I. González García presenta una interesante mirada respecto a la clasificación de los valores en ciencia propuesta por Helen Longino, clasificación que pasa por los valores contextuales y los valores constitutivos para convertirse en valores epistémicos y no epistémicos:

“...Los valores constitutivos son la fuente de las reglas que determinan lo que constituye una práctica o un método científico aceptable. Los valores contextuales, por su parte, pertenecen al ambiente social y cultural en el que la ciencia se lleva a cabo y son valores personales, sociales y culturales. Más tarde (Helen Longino) reformulará la distinción como valores epistémicos y valores no epistémicos...

“Por ‘valores epistémicos’, se entiende entonces habitualmente aquellos elementos de juicio tradicionalmente adscritos al método científico y sus procedimientos racionales. Entre ellos están: evidencia empírica, simplicidad, poder predictivo, coherencia teórica, poder explicativo... Por otra parte, los ‘valores no-epistémicos’ suelen consistir en elementos tradicionalmente excluidos de la racionalidad científica. Entre ellos están intereses, valores individuales o sociales, disponibilidades instrumentales, imperativos técnicos, sesgos ideológicos y políticos (por ejemplo, de género).” (2005: 586)

A pesar de que ésta resultó ser una clasificación polémica, la estimo muy útil para mostrar que en la ciencia y sus aportes intervienen valores de diversa índole, valores que se entrecruzan por lo que se convierten en objeto de estudio en sí mismos. Asimismo, siguiendo a Helen Longino (1990), el objetivo de reconocerlos no es apuntar a una ciencia libre de valores, por el contrario: de lo que se trata es de recuperar aquellos que garantizan el mejor desenvolvimiento de la ciencia. Con este horizonte, el aporte radical consiste en llevar los valores feministas a la ciencia para trasladarlos de la periferia al centro del conocimiento. Dichos valores son los que aluden al mejoramiento de las condiciones de vida, la

⁶⁵ Véase Virginia L. Olesen, 2000.

eliminación de las desigualdades de cualquier índole y el respeto irrestricto de los derechos humanos de las personas. Así, la libertad, la justicia, la vida libre de violencia, la equidad y la no discriminación se traducen en agendas académico-políticas, prácticas profesionales y acciones que buscan permear el hacer científico. Estos valores, así como los estrictamente epistemológicos y científicos, como lo explicita Helen Longino,

“Son valores feministas no porque los compartan *todas las mujeres*, ni *todas las feministas*, ni siquiera porque sean apoyados *desde* un grupo feminista. Son valores feministas porque contribuyen a lograr los objetivos feministas. Pero, en realidad, son valores que todos y todas deberíamos compartir: son deseablemente universales. Nos permiten darnos cuenta de que podemos afectar el curso del conocimiento, favorecer o perjudicar determinados programas de investigación científico-tecnológicos, según nuestros compromisos y valores político-ideológicos y que éstos no son, en absoluto, periféricos.” (Helen Longino, citada por Carmé Adán, 2006: 63).

Vista así, el esclarecimiento de los valores presentes en la investigación, en interacción unos con otros, apunta a otras líneas de reflexión indispensable: la concerniente a los criterios de validación del conocimiento desde la perspectiva feminista, y la ética que promueven las investigadoras feministas. En relación con los criterios de validación, volvemos al planteamiento señalado capítulos anteriores respecto a la responsabilidad de la comunidad epistémica en la construcción de la objetividad y, en consecuencia, en la validación del conocimiento. De tal suerte que no basta con que un conocimiento sea producto de un procedimiento riguroso para que sea válido: se requiere además que haya consenso en torno a su pertinencia científica, epistemológica y política.

Por esas razones, las autoras feministas insisten en que la investigación que se realiza desde el feminismo lleva consigo una ética y una responsabilidad. En la ética se fusionan la sintonía con las mujeres y el ejercicio profesional, esto es, feminismo y ciencia. Respecto a la primera, Graciela Hierro hizo una afirmación que sintetiza muy bien lo que otras autoras plantean en relación con la investigación: “...La idea central de la ética feminista -...- es la siguiente: *la eliminación de la opresión femenina es el deber moral de las mujeres...*” (2003:

131). Llevada a los hechos, la eliminación de la opresión de las mujeres supone que las investigadoras feministas se reconozcan y reconozcan a las otras como sujetos: en esa medida, la ética a observar en la investigación parte de eliminar la objetivación de las mujeres y la invisibilización de lo femenino. De ahí que la responsabilidad social que adquieren gire en torno a no realizar prácticas que violenten a las mujeres o las pongan riesgo. Ambas pretensiones requieren honestidad, respeto y creatividad por parte de las investigadoras, convocándolas a ser sumamente cuidadosas en sus afirmaciones, en la manera como escriben y en los usos que le darán tanto a la información como a las publicaciones y a todo tipo de productos en los que viertan los resultados de la investigación.

Para cerrar este capítulo, permítaseme recordar que la producción de conocimiento tiene lugar en la confluencia del trabajo disciplinario con la teoría. En ese sentido, las feministas investigamos para conocer y conocemos para transformar.

El diagnóstico “Mujeres organizadas en organizaciones de mujeres: Avances, logros y limitaciones en su trabajo por la formación en género, salud, alternativas económicas y ciudadanía de las mujeres”. Un ejemplo de contribución guatemalteca al conocimiento feminista.

Esta investigación diagnóstica es el referente dentro del cual tiene sentido la escritura de este libro. Con ella, un equipo de investigadoras coordinado por Maya Alvarado e Irma Chacón, y conformado por Guisela López, María Batrés, Josefina Tamayo, Kimy De León, Karla De León, Elizabeth Pérez, Paula Del Cid y Elizabeth Pérez, se dio a la tarea de averiguar cuáles han sido las experiencias de mujeres guatemaltecas participantes en distintas organizaciones de mujeres cuyo propósito fundamental es trabajar por la erradicación del conjunto de condiciones que definen la situación de opresión generalizada en la que vive la mayor parte de la población femenina de esta nación centroamericana.

El núcleo de la investigación consistió en identificar a las organizaciones que se definieron a sí mismas como feministas o comprometidas con las causas de las mujeres para relevar las experiencias organizativas, de formación y de

participación política de sus integrantes, considerándolas como sujetas que, al trabajar por otras mujeres, simultáneamente se constituyen a sí mismas como sujetas políticas.

Habiendo llevado a cabo la investigación empírica en cuatro departamentos del país (Quetzaltenango, Totonicapan, Sololá y San Marcos), las investigadoras – quienes se identifican a sí mismas como feministas- decidieron llevar a cabo una indagación diagnóstica tomando como ejes cuatro temas centrales en los que se articulan las perspectivas feministas en torno a la construcción de los derechos humanos de las mujeres: la formación en género, la salud, las alternativas económicas y la ciudadanía. El objetivo central fue identificar los avances, logros y limitaciones que las mujeres organizadas han debido enfrentar en los procesos de empoderamiento, propios y de las mujeres con quienes trabajan cotidianamente, enfatizando sus líneas de acción prioritarias, a fin de identificar los elementos que permitirán fortalecer esos dobles esfuerzos, potenciando los éxitos y enfrentando de manera asertiva aquéllos que forman parte de las resistencias patriarcales que les impiden avanzar tal como ellas quisieran.

Las interlocutoras principales tanto de las investigadoras como de las mujeres con quienes realizaron la investigación son las agencias de cooperación internacional, en la medida en que se pretende que este diagnóstico tenga resonancia en el diseño de las políticas de financiamiento así como en las líneas prioritarias de apoyo a la formación de mujeres feministas de la región, de fortalecimiento de sus capacidades y de respaldo a su desempeño como sujetas de derechos.

Por considerar que las mujeres que forman parte de las organizaciones de mujeres (sujetas de la investigación) están transitando por un proceso de conformación de ellas mismas como sujetas políticas, las investigadoras construyeron un andamiaje teórico basado en los aportes feministas al análisis de los derechos humanos de las mujeres, el empoderamiento, la ciudadanía y la constitución del sujeto político feminista. La hipótesis del diagnóstico se centró en afirmar que estos conceptos aluden a procesos sociales concatenados que están contribuyendo a fortalecer a las mujeres en múltiples dimensiones (como sujetas

políticas feministas, como sujetas de derechos, como ciudadanas y como sujetas de género). Caracterizaron a las organizaciones de mujeres como las unidades de análisis de esta pesquisa y aplicaron una combinación de técnicas (entrevistas, observación participante, elaboración de bases de datos) para obtener información relevante.

A partir de estos planteamientos, las investigadoras han hecho importantes aportes al conocimiento de la situación tanto de las mujeres organizadas como de las organizaciones de mujeres en Guatemala. El primer resultado a destacar es la identificación sistemática de mujeres que lideran procesos en los cuatro departamentos en que realizan sus actividades organizacionales, lo cual nos permite saber quiénes son, en qué áreas de trabajo se han especializado, cuáles son sus experiencias así como sus expectativas a futuro. Asociado a ello, sabemos también cuántas organizaciones de mujeres trabajando con, por y para las mujeres hay en esas delimitaciones geopolíticas, permitiéndonos apreciar, como las propias autoras afirman, que su característica más relevante es la diversidad, tanto en su composición como en las líneas y formas de trabajo. Asimismo, sus relaciones con el Estado y sus instituciones presentan matices de acuerdo con sus orientaciones temáticas y posiciones políticas. También se corroboró la idea de que la mayoría de ellas no son autosustentables sino que tienen una fuerte dependencia presupuestal de financiamientos externos, lo cual impacta los alcances de sus acciones.

El corte temporal que adoptaron las investigadoras fue la firma de los Acuerdos de Paz (1996), hecho histórico para la sociedad guatemalteca en su conjunto, y en particular para la historia de las mujeres puesto que generó condiciones para vindicar demandas de género específicas, siempre enlazadas con la condición étnica y los efectos del conflicto armado. De entonces a la fecha, el contexto ha cambiado, pues se han incorporado nuevos elementos, como el incremento de la migración, del narcotráfico y de los procesos de integración económica regional, los cuales traen consigo nuevos imperativos para el desarrollo pleno de la vida de las guatemaltecas en tanto que ciudadanas sujetas de derechos. Estas nuevas condiciones son hechas patentes por las mujeres

entrevistadas, quienes detallan los problemas locales que tienen mayor influencia en su situación, contribuyendo con ello de manera decisiva a que la investigación diagnóstica se perfilara claramente con su mirada. Desde esa perspectiva, se puede considerar que este diagnóstico expresa una modalidad de punto de vista feminista situado en el contexto de la historia reciente de la sociedad guatemalteca.

Los resultados de esta investigación feminista se vertieron en cuatro diagnósticos temáticos y un documento general en el que se reúnen los principales hallazgos de cada una de esas líneas, así como propuestas y recomendaciones críticas para el fortalecimiento de las organizaciones de mujeres. Para esta exposición de conjunto, las autoras explicitan:

“...el equipo de investigación partió del supuesto de que, las concepciones de **ciudadanía** que manejan las mujeres organizadas en organizaciones de mujeres, son parte del mecanismo a través del cual ellas identifican la desigualdad social que las atraviesa como efecto de condiciones de subordinación de género, etnia y clase que les impide acceder a **derechos inherentes a su condición humana como la salud integral y/o las alternativas económicas** que les brinden autonomía. La **formación en género** se constituye en estrategia de las mujeres organizadas que posibilita el acceso a sus derechos humanos como mujeres y las fortalece en el proceso de empoderamiento para constituirse como sujetas políticas con capacidad de propuesta y acción desde dentro y hacia fuera del **movimiento de mujeres**.

“En cada uno de los cuatro estudios que constituyen este diagnóstico, este supuesto se comporta de manera diferenciada, y con mayor o menor impacto, según sea la influencia de otros factores internos y externos como el momento del proceso personal u organizacional en el que se realiza la entrevista, la región, las historias de vida, otros.” (Fundación Guatemala-Horizont3000, 2007: 39-40. Negritas en el original).

En el análisis de la Formación en Género, las investigadoras encuentran que el principal logro ha sido apuntalar la conciencia de subordinación por parte de las mujeres organizadas, quienes a su vez se desempeñan como formadoras de otras mujeres, y aclaran que “...En algunos casos esta toma de conciencia se

vincula a un posicionamiento feminista, plenamente identificado con la causa de las mujeres.” (Op. Cit.: 40). Asimismo, se observaron casos en los que las mujeres formadoras enfocan “...la formación de género como una opción de participación política tendiente al empoderamiento y ejercicio de la ciudadanía de las mujeres...” (Ibid: 40-41). Entre los principales obstáculos, las autoras identifican que la dependencia económica de las organizaciones respecto a los recursos económicos externos limita la ampliación de la autonomía de las mujeres, por lo que se genera un desfase entre su conciencia de subordinación y sus posibilidades objetivas de tomar decisiones libres.

En cuanto a la Salud de las mujeres organizadas, las investigadoras encontraron una clara vinculación entre el trabajo que éstas realizan en ese campo y la concepción de que forma parte indiscutible de las demandas de género en el marco de los derechos humanos y el empoderamiento de las mujeres. Sin embargo, sus acciones tienden a sustituir la desatención que recibe la salud de las mujeres por parte del Estado.

Las Alternativas Económicas que han adoptado las mujeres organizadas resultan todavía contradictorias en relación con su empoderamiento, toda vez que representan avances en la generación de recursos propios, pero al mismo tiempo han traído consigo el incremento de las jornadas laborales de las mujeres junto con debilidades organizativas, técnicas y económicas de sus organizaciones. Por otra parte, esos recursos son destinados casi siempre en su totalidad a gastos familiares y no a beneficios personales de las mujeres que los generan. Esto se vincula directamente con la concepción prevaleciente de que la subordinación de las mujeres responde a una carencia de poder económico, sin identificar que forma parte de un proceso de subordinación integral.

Una situación semejante se aprecia en cuanto a la construcción de la ciudadanía de las mujeres organizadas, pues se detectaron avances en cuanto a las capacidades de elección y decisión, pero en un contexto en el que no hay una percepción generalizada ni integral de las mujeres como sujetas de derecho.

En el apartado final de esta investigación diagnóstica, dedicado a las Propuestas y Recomendaciones, destaca la identificación de un conjunto de instancias cuyas acciones inciden en las posibilidades de empoderamiento de las mujeres insertas en organizaciones de mujeres, así como en el fortalecimiento de éstas. Así, las autoras enfocan a las propias organizaciones de mujeres, al Estado y a las agencias de cooperación internacional como instancias en interacción para propiciar la potenciación de esas organizaciones. En esa perspectiva, se concreta la intencionalidad política de la investigación realizada, dirigida a elaborar propuestas que atiendan al proceso integral de empoderamiento de las mujeres. Con ello, puedo afirmar que se presenta como una investigación feminista que contribuye al conocimiento de la situación de las mujeres organizadas en Guatemala, así como a la identificación de vías adecuadas para participar en la transformación social que se requiere para eliminar las condiciones que sustentan su opresión.

Comentarios finales

A lo largo de este libro he destacado las vías por las que se ha venido conformando la investigación feminista como una manera novedosa de producir conocimiento, en la que se vinculan los intereses académicos con la intención política de aportar recursos conceptuales que apoyen la erradicación de la opresión de las mujeres en todas aquellas dimensiones de la vida social que le sirven de sustento.

Asimismo, destaqué los aportes de las epistemólogas y filósofas de la ciencia feministas a la conformación de un aparato crítico que visibiliza a las mujeres, al mismo tiempo que devela los sesgos de género que han permitido la reproducción de su subordinación en el campo científico.

Me interesa ahora subrayar la relevancia de pensar en que la epistemología feminista es un campo vasto que centra su atención en las mujeres y lo femenino. Esta postura es el contexto amplio en el cual adquiere sentido la investigación que incorpora la perspectiva de género. Sin pretender hacer delimitaciones ortodoxas, considero pertinente subrayar que esta perspectiva está incluida en la primera, no la sustituye. Hago este planteamiento en respuesta a la pregunta que siempre surge cuando se cuestiona a la investigación feminista el que privilegie el estudio de la experiencia de las mujeres, preguntando a continuación: ¿y dónde están los hombres?

Esta pregunta, orientada las más de las veces por los prejuicios androcéntricos y sexistas que persisten en el ámbito académico, pretende evidenciar que centrar la atención en las mujeres lleva consigo una suerte de sexismo inverso. Sin embargo, desde la perspectiva feminista no es así. Primero, porque se trata de indagar la experiencia oculta de la mitad de la humanidad. Segundo, porque la perspectiva de género permite explorar el conjunto de las experiencias humanas a través de los diversos sujetos de género que la

constituyen, además de ser aplicable al estudio de objetos de estudio en cuyo análisis han quedado troquelados los prejuicios excluyentes propios de los sesgos de género que he expuesto a lo largo del libro.

En ese sentido, es necesario recuperar la idea de que el género, la teoría de género y la perspectiva de género son elaboraciones conceptuales que se han desarrollado dentro de la teoría feminista, por lo que la investigación feminista no es excluyente sino que establece prioridades de conocimiento en virtud de lo hasta ahora conocido. Que, por cierto, no ha sido la experiencia de las mujeres en toda su extensión, con un análisis profundo de su particularidad ni con una explicitación de los enormes vacíos que se detectan en las distintas áreas del conocimiento científico al dejarla fuera, abordarla de manera tangencial o a través de la supergeneralización que signa buena parte de los conocimientos de pretensión neutral.

La investigación feminista es incluyente también en el orden intragenérico, pues rompe con la dicotomía mujer-hombre y pluraliza el concepto Mujer, de tal forma que elabora un pensamiento amplio en relación con la condición, la situación y la posición de género de las mujeres, adjetivándolas. Ello es el resultado de un doble movimiento: por un lado, la incorporación crítica de las mujeres “otras” a las comunidades epistémicas, señalando los sesgos jerárquicos mostrados por las investigadoras respecto a las mujeres que ocupan posiciones sociales subalternas, y por otro el reconocimiento de la particularidad de distintos grupos de mujeres por parte de las investigadoras feministas.

En relación con estas aseveraciones, se evidencian importantes desafíos para la investigación feminista, para cuya enumeración sigo de cerca a Rosi Braidotti (2000):

- a) Continuar la transformación de la ciencia para que efectivamente sea inclusiva y respalde las propuestas sociales libertarias.
- b) Ampliar la difusión de los aportes de la intelectualidad feminista.
- c) Expandir la transmisión de las formas feministas de conocer a través de la formación de estudiantes, estimulando los intercambios intergeneracionales (Op. Cit.: 229).

- d) Ampliar la enseñanza de las genealogías de las teorías feministas, entre otras razones porque, como lo expone la autora referida,
“...Que se les permita a las mujeres enseñar y estudiar sus propias tradiciones culturales, que la mujer sea la medida de conocimiento, es más que un bienvenido alivio después de haber vivido el estilo monótono de la erudición androcéntrica. Es causa de júbilo y de estímulo intelectual. (Ibid: 229-230).
- e) Fortalecer las redes de académicas e investigadoras feministas, propiciando un conocimiento cada vez más amplio, profundo y crítico de sus obras.
- f) Establecer, mantener o recuperar, según sea el caso, las relaciones de mutua influencia entre las instancias feministas académicas, políticas y sociales.
- g) Trabajar simultáneamente dentro y fuera de los ámbitos feministas para multiplicar la incidencia de sus propuestas de transformación social, basadas en conocimientos científicos profundos, críticos e ilustrados de las condiciones que sustentan la dominación patriarcal.

Estos desafíos ofrecen orientaciones particulares en América Latina. La aparente demora del arribo de las reflexiones epistemológicas y metodológicas propias de la investigación feminista a las academias latinoamericanas responde a múltiples factores, entre los cuales la violencia institucional, los movimientos armados, la dependencia científica y tecnológica, junto con los enormes déficits en materia de desarrollo humano que padece la mayoría de la población, no son asuntos menores. Sin embargo, es preciso reconocer también que quizás estemos ante una evidencia de invisibilización de la obra de las autoras feministas debida a las dificultades de publicación, difusión y movilidad interinstitucional que se observa en los países del área. Esta sospecha es un argumento más que convincente para estimular la investigación feminista, así como para convocar a las instituciones y a las agencias de cooperación a que redoblen los apoyos para que esto sea posible.

Por otra parte, en las dos últimas décadas hemos presenciado la emergencia de mujeres intelectuales indígenas, afrodescendientes, lesbianas, con discapacidades, cuya presencia trae consigo nuevos signos así como nuevos

desafíos para la conformación de las comunidades epistémicas. Su presencia ha venido acompañada de nuevas agendas de investigación, metodologías novedosas, una enorme creatividad en torno a los métodos y las técnicas de investigación y, sobre todo, en cuanto a estilos de investigación. Con ellas se amplían los espacios de elaboración conceptual y se acelera la diseminación de las feministas en las academias. Sin embargo, la obra de muchas de ellas es de circulación restringida, aún cuando han convertido a la comunicación virtual y el movimiento en redes en recursos fundamentales para vincularse más allá de sus ámbitos de trabajo más inmediatos.

Esta situación, sin ser privativa de América Latina, sirve de apoyo a la aseveración de que la enorme potencialidad de la investigación feminista contemporánea radica en la heterogeneidad de las mujeres que participamos en ellas. Esta circunstancia enriquece el llamado a reunir diversos puntos de vista en la elaboración del conocimiento feminista. Al mismo tiempo, nos conduce a vindicar nuestra pasión por la ciencia, no en su carácter androcéntrico, sino como topía y proyecto civilizatorio que allana el camino hacia la conformación de otros mundos posibles. Por ello, desde nuestra diversidad, nuestras diferencias y nuestras particularidades, las investigadoras feministas estamos comprometidas a profundizar los estudios empíricos y la elaboración de teoría, siempre en consonancia con el propósito de construir las libertades a las que aspiramos, para las mujeres y para la humanidad en su conjunto.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Lila: "Writing against Culture", in Lewin, Ellen (ed. by): *Feminist Anthropology. A Reader*. United Kingdom. Blackwell Publishing. 2006.
- Adán, Carme: *Feminismo y conocimiento. De la experiencia de las mujeres al cúborg*. A Coruña. Spiralia Ensayo. 2006.
- Aisenson Kogan, Aída: *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido*. México. Fondo de Cultura Económica. 1981.
- Amorós, Celia: *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para la lucha de las mujeres*. Madrid. Ediciones Cátedra. 2005.
- *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Madrid. Ediciones Cátedra. 1997.
- *Feminismo: igualdad y diferencia*. México. Colección de Libros del PUEG. Universidad Nacional Autónoma de México. 1994.
- Benhabib, Seyla: *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires. Katz Editores. 2006.
- Benhabib, Seyla y Drucilla Cornell: *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío*. Valencia. Edicions Alfons El Magnànim-Institució Valenciana d'Estudis I Investigació. 1990.
- Blazquez Graf, Norma: *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*. México. CEIICH, Universidad Nacional Autónoma de México. 2008.
- Blazquez Graf, Norma y Javier Flores (eds.): *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. México. CEIICH, Universidad Nacional Autónoma de México-UNIFEM-Plaza y Valdés Editores. 2005.
- Braidotti, Rosi: *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires. Editorial Paidós. 2000.
- Burin, Mabel: "Subjetividad femenina y salud mental", en Pérez-Gil Romo, Sara Elena, Juan Carlos Ramírez Rodríguez y Patricia Ravelo Blancas (coords.):

- Género y salud femenina. Experiencias de investigación en México.* México. CIESAS-UdeG-INNSZ. 1995.
- Bustos Romero, Olga y Norma Blazquez Graf (coords): *Qué dicen las académicas acerca de la UNAM.* México. Colegio de Académicas Universitarias, UNAM. 2003.
- Butler, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad.* México. PUEG-UNAM. 2001.
- Castañeda Salgado, Martha Patricia: *Las mujeres católicas en las asociaciones religiosas. Fiestas, poderes e identidades.* Tesis de Doctorado en Antropología. Universidad Nacional Autónoma de México. 2007.
- “Mujeres, subjetividad y salud mental. Perspectivas desde la teoría feminista”, en Favela Gavia, Margarita y Julio Muñoz Rubio (coords.): *Jornadas Anuales de Investigación 2005.* Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. UNAM. 2006a.
- “La antropología feminista hoy. Algunos énfasis claves”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales.* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. Año XLVIII, Núm. 197. Mayo-agosto de 2006b.
- Colás Bravo, Pilar: “Investigación Educativa y Crítica Feminista”. http://www.uhu.es/agora/digital/numeros/06/06-articulos/monografico/html_6/pilar_colas...
- Cook, Judith A. and Mary Margaret Fonow: “Knowledge and Women’s Interests: Issues of Epistemology and Methodology in Feminist Sociological Research”, in Nielson MacCarl, Joyce: *Feminist Research Methods. Exemplary Readings in the Social Sciences.* San Francisco. Westview Press. 1990.
- De Barbieri, Teresita: “Acerca de las propuestas metodológicas feministas”, en Bartra, Eli (comp.): *Debates en torno a una metodología feminista.* México. UAM-Xochimilco. 1998.

- “Certezas y malos entendidos sobre la categoría género”, en Guzmán Stein, Laura y Gilda Pacheco Oreamuno (comp.): *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*. Costa Rica. IIDH-ASDI-Comisión de la Unión Europea. 1997.
- De Beauvoir, Simone: *El Segundo Sexo*. Buenos Aires. Ed. Siglo Veinte. S.f. 2 volúmenes.
- De Lauretis, Teresa: *Alicia ya no*. Madrid. Editorial Cátedra. 1992.
- “La tecnología del género”, en Ramos Escandón, Carmen (comp.): *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*. México. UAM-Iztapalapa. 1991.
- Del Valle, Teresa: “Contribuciones, significatividad y perspectivas futuras de la Antropología Feminista”. *Actas del IX Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español*. Barcelona. Septiembre de 2002.
- “Procesos de la memoria: cronotopos genéricos”, en *Perspectivas feministas desde la antropología social*. Barcelona. Ariel. 2000.
- *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid. Ediciones Cátedra. 1997.
- Díaz, Capitolina: “Investigación feminista y metodología. Algunos problemas de definición”, en Radl Philipp, Rita Ma. (ed.): *Mujeres e institución universitaria en Occidente. Conocimiento, investigación y roles de género*. España. Universidade de Santiago de Compostela. 1996.
- Eichler, Margrit: “Feminist Methodology”. *Current Sociology*. April 1997, Vol. 45(2). SAGE Publications (London, Thousand Oaks, CA and New Delhi).
- Fundación Guatemala-Horizont3000: *Mujeres organizadas en organizaciones de mujeres: Avances, logros y limitaciones en su trabajo por la formación en género, salud, alternativas económicas y ciudadanía de las mujeres. Investigación diagnóstica en 38 organizaciones de mujeres de la Región Occidental de Guatemala (Quetzaltenango, Totonicapán, Sololá y San Marcos)*. Guatemala. Fundación Guatemala-Horizont3000. 2007.

- García de León, María Antonia: *Élites discriminadas. (Sobre el poder de las mujeres)*. Barcelona. Anthropos. 1994.
- Gebara, Ivone: "Teología de la liberación y género: ensayo crítico feminista", en Marcos, Sylvia (ed.): *Religión y género*. Madrid. Editorial Trotta. 2004.
- Goldsmith Connolly, Mary: "Feminismo e investigación social. Nadando en aguas revueltas", en Bartra, Eli (comp.): *Debates en torno a una metodología feminista*. México. UAM-Xochimilco. 1998.
- González García, Mata I. y Eulalia Pérez Sedeño: "Ciencia, tecnología y género". *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*. Núm. 2. Enero-Abril 2002. (<http://www.campus-oei.org/revistactsi/numero2/varios2.htm>)
- Gregorio Gil, Carmen: "Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representaciones y relaciones de poder", en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana. Ed. Electrónica*. Volumen 1, Número 1. Enero-Febrero 2006.
- Haraway, Donna J.: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid. Ediciones Cátedra. 1995.
- Harding, Sandra: *Is Science Multicultural? Postcolonialisms, Feminisms, and Epistemologies*. Bloomington. Indiana University Press. 1998a.
- "¿Existe un método feminista?", en Bartra, Eli (comp.): *Debates en torno a una metodología feminista*. México. UAM-Xochimilco. 1998b.
- *Ciencia y feminismo*. Madrid. Ediciones Morata. 1996.
- (ed.): *Feminism & Methodology. Social Science Issues*. Bloomington. Indiana University Press. 1987.
- Hartsock, Nancy: "The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism", en Sandra Harding (ed.): *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual & Political Controversies*. New York and London. Routledge. 2004.
- Hekman, Susan: *Gender and Knowledge. Elements of a Postmodern Feminism*. Cambridge. Polity Press. 1990.

- Hierro, Graciela: "Epistemología ética y género". *Creatividad feminista*.
http://www.creatividadfeminista.org/articulos/2004/fem04_gracielahierro.htm
----- *Ética y feminismo*. México. UNAM. 2003 (1985).
- Keller, Evelyn Fox: *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia. Alfons el Magnànim. 1991.
- Lagarde, Marcela: "Antropología, género y feminismo", en Gutiérrez Castañeda, Griselda: *Feminismo en México. Revisión histórico-crítica del siglo que termina*. México. PUEG-UNAM. 2002.
- *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Madrid. Horas y Horas La Editorial. 2000a.
- Seminario "Temas selectos de antropología social: Tendencias actuales de género y antropología". México. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. 2000b (Notas personales del seminario).
- "Identidad de género y derechos humanos", en Guzmán Stein, Laura y Gilda Pacheco Oreamuno (comp.): *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*. San José de Costa Rica. IIDH-ASDI-Comisión de la Unión Europea. 1997.
- *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid. Horas y Horas La Editorial. 1996.
- *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México. UNAM. 1990.
- Lamas, Marta: "Cultura, género y epistemología", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.): *Los estudios culturales en México*. México. INI-CNA-FCE. 2003.
- León, Magdalena y Carmen Diana Deere: *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Colombia. TM Editores. UN-Facultad de Ciencias Humanas. 2000.
- Longino, Helen: *Science as Social Knowledge*. New Jersey. Princeton University Press. 1990.
- López Pardina, Teresa: "La noción de sujeto en el humanismo esencialista", en Amorós, Celia: *Feminismo y filosofía*. Madrid. Editorial Síntesis. S.f.

Luna, Lola G.: "La historia feminista del género y la cuestión del sujeto". *Creatividad Feminista*.

http://www.creatividadfeminista.org/articulos/fem_2003_lolaluna.htm

Maffía, Diana: "Epistemología feminista: por otra inclusión de lo femenino en la ciencia", en Blazquez Graf, Norma y Javier Flores (eds.): *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. México. CEIICH, Universidad Nacional Autónoma de México-UNIFEM-Plaza y Valdés Editores. 2005.

----- "Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica".
http://www.institutoarendt.com.ar/salon/contra_las_dicotomias.PDF. S.f.

Maquieira, Virginia (ed.): *Mujeres, globalización y derechos humanos*. Madrid. Ediciones Cátedra. 2006.

Maquieira D'Angelo, Virginia, et.al. (eds.): *Democracia, feminismo y universidad en el siglo XXI*. Madrid. Universidad Autónoma de Madrid. 2005.

Massó Guijarro, Ester: "Género y ciencia. Una relación fructífera". *Gazeta de Antropología*. No. 20. 2004.

http://www.ugr.es/pwla/G20_06Ester_Masso_Guijarro.html

Massolo, Alejandra: "Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México, en Lulle, Thierry, Pilar Vargas y Lucero Zamudio (coords.): *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. España. Anthropos-IFEACIDS. 1998.

Michel, Andrée: *El feminismo*. México. Fondo de Cultura Económica. 1983 (1979).

Mies, Maria: "¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista? El debate en torno a la ciencia y la metodología feministas", en Bartra, Eli (comp.): *Debates en torno a una metodología feminista*. México. UAM-Xochimilco. 1998.

Mohanty, Chandra Talpade, Ann Russo and Lourdes Torres (edited by): *Third World Women and the Politics of Feminism*. Bloomington and Indianapolis. Indiana University Press. 1991.

Moia, Martha I.: *El no de las niñas. Feminario antropológico*. Barcelona. LaSal Edicions de les Dones. 1981.

- Moore, Henrietta: *Feminism and Anthropology*. Minneapolis. University of Minnesota Press. 1990.
- Navarro, Mercedes: "Religión, sexualidad y violencia: lectura bíblica feminista de textos del Génesis", en Marcos, Sylvia (ed.): *Religión y género*. Madrid. Editorial Trotta. 2004.
- Nelson, Lynn H.: *Who Knows. From Quine to a Feminist Empiricism*. Philadelphia. Temple University Press. 1990.
- Nicholson, Linda J. (ed.): *Feminism/Postmodernism*. New York and London. Routledge. 1990.
- Nielson MacCarl, Joyce (ed.): *Feminist Research Methods. Exemplary Readings in the Social Sciences*. San Francisco. Westview Press. 1990.
- Nussbaum, Martha: *Las mujeres y el desarrollo humano. El enfoque de las capacidades*. Barcelona. Herder. 2002.
- Olensen, Virginia L.: "Feminisms and Qualitative Research at and into the Millenium", en Denzin, Norman K. and Yvonna S. Lincoln (eds.): *Handbook of Qualitative Research*. Second Edition. California. Sage Publications, Inc. 2000.
- Olivera Bustamante, Mercedes (coord.): *De sumisiones, cambios y rebeldías. Mujeres indígenas de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez. CONACYT-UNICACH-UNACH. 2004.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C.: "De una epistemología masculina (razón instrumental) a epistemologías femeninas (cuerpo sensible)", en Blazquez Graf, Norma y Javier Flores (eds.): *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. México. CEIICH, Universidad Nacional Autónoma de México-UNIFEM-Plaza y Valdés Editores. 2005.
- Pérez Sedeño, Eulalia: "Objetividad y valores desde una perspectiva feminista", en Blazquez Graf, Norma y Javier Flores (eds.): *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. México. CEIICH, Universidad Nacional Autónoma de México-UNIFEM-Plaza y Valdés Editores. 2005.
- Reinharz, Shulamit: *Feminist Methods in Social Research*. Oxford University Press. 1992.

- Tamez, Elsa: "Hermenéutica feminista latinoamericana. Una mirada retrospectiva", en Marcos, Sylvia (ed.): *Religión y género*. Madrid. Editorial Trotta. 2004.
- UDUAL: "Recomposición de la matrícula universitaria en México a favor de las mujeres. Repercusiones educativas, económicas y sociales", en *Feminización de la matrícula de educación superior en América Latina y el Caribe*. México. Unión de Universidades de América Latina- IESALC. S.f.
- Valcárcel, Amelia: "La memoria colectiva y los retos del feminismo", en Amelia Valcárcel, Ma. Dolors Renau y Rosalía Romero (eds.): *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI*. Instituto Andaluz de la Mujer. S.f.
- Westkott, Marcia: "Feminist Criticism of the Social Sciences", in Nielson MacCarl, Joyce (ed.): *Feminist Research Methods. Exemplary Readings in the Social Sciences*. San Francisco. Westview Press. 1990.

